



DIARIO DE LA MARINA



LA HABANA, 30 DE OCTUBRE DE 1938

Suplemento Dominical

En Este
Número:



Orientaciones
Sobre la
temperancia
por Max de Abad



VISION DE
OTOÑO
de Nueva York
por Isabel Taves



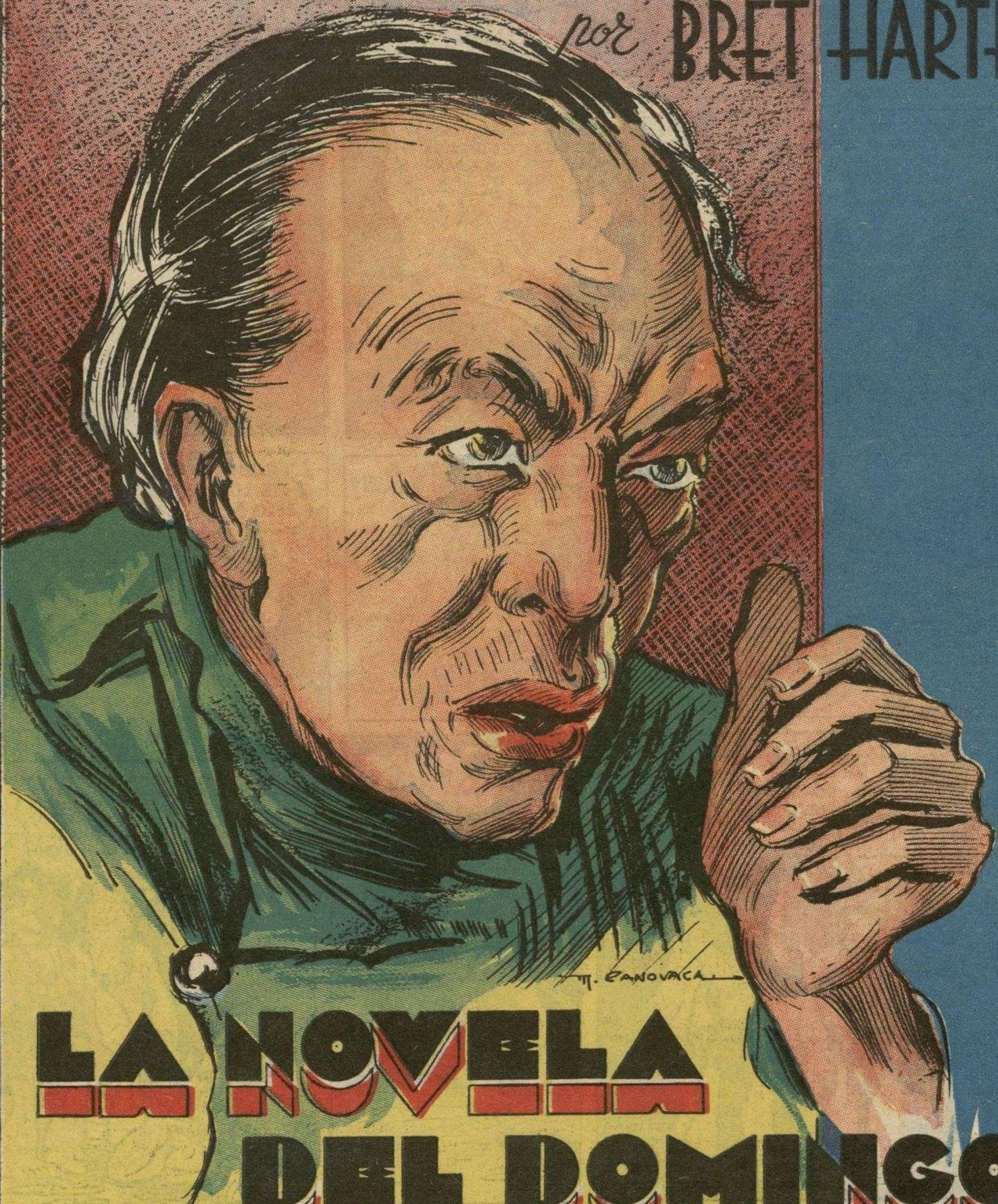
Sally
aprende Una
Lección
Cuento Breve
por Mary Helen Lane



Historietas
en Colores,
Humorismo y
lecturas Ajenas

MARUJA

por BRET HARTE



LA NOVELA DEL DOMINGO

EL AGENTE TRUCUTÚ DESCUBRE ACCIDENTALMENTE LAS JOYAS REALES MIENTRAS BUSCA AL DESAPARECIDO FUGUCHÉ.

¡CACHÓN DE LOS CACHONES!

TRUCUTÚ

¿CONQUE USTEDES SON LOS LADRONES, EH?

FUGUCHÉ PUEDE ESPERAR A QUE LOS LLEVE A PRESENCIA DE GUZIGÚ.



¡CACHÓN, ME DA PENA ABANDONAR A FUGUCHÉ, PERO VOLVERÉ EN SEGUIDA A BUSCARLO!



¡SE VA A PONER FURIOSO EL INFELIZ CUANDO SEPA HE SOLUCIONADO EL MISTERIO DE LAS JOYAS!



¡BUENO, SÚJETENSE! ¡ARRÉ, DOÑA ISÁURA!



¡JEY! ¡TRUCUTÚ! ¡VOTO A SANES! ¡ESPERAME!



¡TRUCUTÚ ESPERA! ¡ME LLEVAS LO MÍO!

¡ENCONTRÉ LAS JOYAS Y DESCUBRÍ A LOS LADRONES, PERO INÚTILMENTE!



¡TODA LA GLORIA LA LLEVA TRUCUTÚ! ¡Y SIN MOVER DEDO!

POCO DESPUÉS, EN EL PALACIO REAL DE GUZILANDIA..

TRUCUTÚ, DESEO FELICITARLE POR SU HEROISMO LE HACE VD. HONOR A LAS FUERZAS DE LA LEY Y EL ORDEN.

¡SÓLO CUMPLÍ CON MI DEBER!

¿DÓNDE ESTÁ FUGUCHÉ?

¡EL POBRETE!, ES UN YIMÁN MALÍSIMO! ¡SE HA PERDIDO SOLO!



BONG!

V.T. Haulie



¡ESTO ES MUY RARO! ¡TRUCUTÚ NO QUEADO POR LA PLACA DE YIMÁN DE FUGUCHÉ! ¿QUE SIGNIFICARÁ?

¡A MI ENTENDER, FUGUCHÉ NO SE HA PERDIDO, PERO AHORA VA A SER MUCHO MÁS DIFÍCIL ENCONTRARLO!

FRAGMENTOS

DE LAS ÉPOCAS PREHISTÓRICAS

EL MEGANEURÓN EL INSECTO MÁS GRANDE CONOCIDO HASTA LA FECHA.



ESTE INSECTO DE FORMA DE DRAGÓN EN CONTRASTO CON LOS ESTRATOS CARBONÍFEROS DE BÉLGICA DE HACE 250 MILLONES DE AÑOS, TENÍA ALTA QUE SE EXTENDÍA HASTA 29 PULGADAS.



LAS PRIMERAS TENTATIVOS DE RECONSTRUCCIÓN DE LOS ORGANISMOS FÓSILES, BASADAS EN LA LEYENDA, RESULTABAN VERDADERAMENTE CURIOSAS, EN EL 1663 SE INTENTO RECONSTRUIR UN FÓSIL Y EL RESULTADO FUE UN UNICORNIO HECHO DE HUESOS DE ELEFANTE. EL CUERNO DEL CRÁNEO NO ERA SINO UN COLMILLO DE PAQUIDERMO.

EN EGIPTO HAY MÁS DE 70 PIRÁMIDES.

MARUJA POR BRET HARTE



I

la luz creciente de la mañana co-
 ababan a dibujarse las polvorientas y
 masas rodadas de la carretera de San
 por ambos lados de ésta los cam-
 de trigo y avena despertaban ex-
 tiéndose hasta confundirse con el
 je. Hacia el este y el sur retirában-
 las estrellas ante el avance del nuevo
 en el oeste parpadeaban unas cuán-
 aún, entre las pobladas cimas de la
 da, donde parecía haberse empere-
 la noche. A lo lejos, algunos pája-
 oscuros volaban despacio, a ras
 tierra; más allá, un coyote gris, sor-
 dido por el amanecer andaba tor-
 ente, y algo más cerca, un vaga-
 do cruzaba el camino, hundiéndose
 el polvo, en aquella noche sin rocío,
 a saltar el tapial y buscar un alber-
 distante.

Parante algún tiempo, el hombre y la
 conservaron el mismo paso y la
 una dirección, con extraña semejan-
 de apariencia y expresión; el coyo-
 con el aspecto de su más civilizado
 ofensivo congénere, el perro, tan
 esto para los caminantes ordinarios;
 ambos, mostrando las mismas ca-
 racterísticas de perezosa vagancia, y se-
 desorden; el coyote, agachándose, a
 o de andadura, inquieta y furtiva-
 te, cosas que corrían parejas con el
 o evasivo y las miradas esparcidas
 vagabundo. Ambos eran jóvenes y
 ramente vigorosos, pero mostraban
 misma falta de inclinación, vacilan-
 y torpe, hacia un esfuerzo directo.
 continuaron durante media milla,
 parados e inconscientes el uno del
 o, hasta que las superiores facultades
 del bruto, advirtiéndole la proximal-
 el de una civilización agresiva, hicie-
 le desviarse repentinamente hacia la
 trecha, cinco minutos antes de que el

ladrido de los perros obligase al hom-
 bre a echarse hacia la izquierda, para
 no poner los pies en la cultivada pro-
 piedad que ante él se extendía.

La dirección que tomó le condujo a
 uno de los estrechos arroyuelos que par-
 tiendo de la cañada, iban a morir en la
 ardorosa planicie. La raquíta corrien-
 te hallábase bordeada por sauces y ali-
 sos, que sombreaban un sendero prac-
 ticable a través de la maleza y espesu-
 ra de los bosques. Continuó así, como
 sin rumbo, parándose de vez en vez pa-
 ra contemplar distintos objetos en for-
 ma vaga, mecánica, como si tratase de
 prolongar sus horas de holganza, más
 bien que guiado por cualquier instinto
 de curiosidad, y para hundir en los es-
 casos charcos de agua unas pocas cor-
 tezas de pan extraídas de sus bolsillos.
 Aún esto, más parecía hacerlo por una
 coincidencia material en el pan y el
 agua que por los apremios del hambre.
 Llegó, por fin, a una pequeña concavi-
 dad de la montaña, cubierta de trébol
 silvestre e impregnada de resinosos olo-
 res. Allí se deslizó bajo una mata y se
 dispuso a dormir. Aquel acto demostró
 estar ya familiarizado con los hábitos
 locales de su clase, que aprovecha las
 noches inagotables, secas y estrelladas,
 para sus correrías, mientras pasa las
 horas de sol ardiente dumiendo o des-
 cansando bajo alguna sombra junto
 al camino.

Durante este tiempo la luz se apre-
 suraba, descubriendo gradualmente la
 forma y limitación de la adyacente pro-
 piedad. Una avenida abierta en un bos-
 que, con honores de parque, destacán-
 dose limpia entre la maleza de helechos
 gigantescos propios de la localidad, con-
 ducía a la entrada de la cañada. Allí
 comenzaba un vasto terraplén de cé-
 ped, salpicado de enormes macizos de
 flores, que rivalizaban en color y profu-
 sión, entre los que se elevaban las pa-

rras, repletas de nuevo fruto, y las
 plantas trepadoras, que ocultaban las
 pilastras, la balaustrada y hasta la gran
 fachada de una mansión enorme y do-
 minante. Pero la delicadeza de las flo-
 res, que trepaban hasta los capiteles de
 las columnas y, a veces, hasta la mis-
 ma vetiente del tejado, y la opulencia
 del color deslumbrante del follaje tro-
 pical, no podían impedir al edificio re-
 velarse con imperiosa dignidad de ta-
 maño y espacio. Mucho de esto debía-
 se, en parte, al hecho de que la casa pri-
 mitiva (una vivienda de adobe, de no
 grandes pretensiones, que databa de la
 antigua dominación española) habíase
 conservado intacta, cercada por una
 gran defensa de madera, obscuramente
 rojiza; la casa conservaba todavía su
 patio interior, rodeado de galerías ba-
 ja, mientras otras dependencias, de ma-
 yores proporciones que la principal, ha-
 bíanse edificado, no como alas y pro-
 yecciones, sino añadidas por ambos la-
 dos, cambiando así su rígida forma cua-
 drangular por la de un vago paralelo-
 gramo. Mientras el patio conservaba la
 concepción española de una estancia
 fresca, un gran peristilo de galería, en
 la parte sur, era una concepción hecha
 al gusto americano, y su anchura pro-
 porcionaba sombra profunda a las ha-
 bitaciones interiores. Aquella penumbra
 enclaustrada quebrábase por el rojo
 fuego de las flores pendientes del teja-
 do, por el resplandor dorado de los jaz-
 mines, que trepaban por las pilastras,
 y por los ondeantes heliotropos, que
 rompían sobre sus basas como un mar
 púrpuro. Jamás en parte alguna ma-
 nifestóse tan vivamente la opulencia de
 aquel clima de floración. Hasta los ro-
 sales castellanos, que crecían como pa-
 rras a lo largo de la fachada este; las
 fucsias, que alcanzaban en el patio la
 dignidad de árboles, o las enormes pa-
 sionarias, que cubrían los bajos muros
 del oeste, cantando una y otra vez su
 historia mística, palidecían ante la glo-
 ria apasionada de la galería que daba
 al sur.

Conforme el sol subía, la parte de
 aquella tranquila vivienda, quimérica-
 mente bañada por el astro rey, parecía
 despertar. Unos cuantos peones y cria-

dos hoigazanes aparecieron a la entra-
 da del patio, sin duda aguijoneados po-
 la servidumbre, más madrugadora, de
 los jardines y establos. Pero la fachada
 sur del edificio no parecía haberse acos-
 tado todavía; las luces brillaban aún
 parcamente en el gran salón de baile;
 una bandeja llena de vasos descansaba
 sobre la balaustrada, cerca de una de
 las ventanas francesas; y más allá es-
 taba caído un abanico amarillo y a me-
 dio cerrar, como una hoja seca. Mezcla-
 das con el ruido producido sobre la gra-
 villa por el rodar de un arruaje, oían
 se voces y risas; en éste podían perci-
 birse varias figuras embozadas, humi-
 lladas sus cabezas para evitar el avan-
 ce directo del sol.

Cuando el carruaje se alejó, cuatro
 hombres asomáronse a la galería, cu-
 briéndose los ojos con la mano, a guisa
 de visera. Uno de ellos vestía aún tra-
 je de etiqueta, y otro, uniforme de ca-
 pitán de artillería; otros habían cam-
 biado sus ropas de gala; el más viejo
 del grupo llevaba puesto un extrava-
 gante traje de paño, a dos tintas, cual
 los que suelen ofrecer los viajeros de
 la Gran Bretaña, como una gentil con-
 cesión, a la civilización inferior, aunque
 más florida. Sin embargo, miró al sol
 entusiasmado, e hizo notar, con acento
 escocés, lo extraordinariamente clara que
 estaba la mañana, limpia de nubes, de
 niebla y de humedad. El joven en traje
 de etiqueta asintió a tal observación,
 y añadió, en un inglés afrancesado, que
 la cama era un insulto y una ingratitud
 para la dueña de la casa, que había
 puesto a su disposición aquellos encan-
 tadores jardines y paseos; que nada exis-
 tía más hermoso que el rocío que cente-
 lleaba en las rosas y el canto matutino
 de los pajarillos.

Los otros jóvenes hicieronle notar el
 hecho de no existir rocío en California
 y de no cantar los pájaros en aquella
 parte del país. El joven extranjero es-
 cuchó aquel aserto con pena y asom-
 bro, sintiendo apasionado remordimien-
 to por su propia ignorancia. Pero, no
 obstante, como el día era encantador,
 ¿por qué su amigo, el capitán, no ha-
 bía de aceptar la invitación del inglés
 a dar un paseo?

El galante capitán, desgraciadamen-
 te, pensó que, si salía a pasear vestido
 de uniforme, preguntaríanle los vian-
 dantes en qué circo y localidad iba a
 trabajar, si no le emprendían a tiros
 los que formaban el contingente depor-
 tivo extranjero, confundiéndole con al-
 gún raro pájaro de California. En aque-
 llas circunstancias, optó por dar un pa-
 seo alrededor de la casa, hasta que su
 coche estuviese preparado.

El joven extranjero lamentó tener que
 retirarse momentáneamente a cambiar
 de traje, y, al asomarse de nuevo a la
 ventana, observó que el oficial bajaba
 con aire negligente la escalinata de la
 galería y se internaba en la espesura.
 —Han estado espíandose durante una
 hora —dijo el otro joven que había que-
 dado en la galería—. ¿Por qué será?
 La pregunta, sin ser confidencial, pa-

reció tan claramente ser la primera sentencia de una conversación natural, que el escocés, aunque se había quitado un peso de encima, respondió con precaución:

—Es claro, como el sol que nos ilumina, que el capitán Carroll y Garnier tienen vivos deseos de conocer lo que cada uno de ellos hace o piensa hacer esta mañana.

—Entonces, ¿por qué se han separado? —preguntó el otro.

—Una simple enajenación. Garnier está en este momento contemplando a Carroll a través de la ventana, y Carroll lo sabe.

—¿Cómo! —exclamó el escocés, con alegre curiosidad—. ¿Es un desafío? Su ponga que no será cosa seria; no creo vayan a esgrimir el revólver o el cuchillo de monte antes del almuerzo, ¿eh?

—¡No! —contestó riendo el joven—. Haciendo justicia a Maruja, la muchacha convierte a los hombres en demasiado absurdos para que riñan. Ya veo que usted no lo comprende. Usted es extranjero, yo soy un antiguo concurrente a la casa y se lo explicaré. Ambos están enamorados de Maruja, o, peor que eso, ambos creen firmemente que Maruja está enamorada de ellos.

—Pero Maruja es la hija mayor, ¿no es así? —dijo el escocés—. Y, según me ha dicho una de las muchachas, tengo entendido que el capitán ha bajado del fuerte para hacer la corte a la bella Amita.

—Es posible, pero eso no quita para que Maruja coquetea con él.

—¿No estará usted equivocado, señor Raymond? En verdad que no vi jamás más mozueta más modesta, tranquila y seria.

—Eso es debido a que, mientras le ha concedido a usted dos vales, usted ha llevado la voz cantante, y ella no ha hecho sino escuchar.

El hombre de más edad enrojeció por un instante; pero se repuso al punto, soltando una carcajada.

—Es posible, es posible que sea la muchacha una excepcional oyente.

—No es usted el primer hombre que la encuentra elocuente. Su amigo de usted, el banquero Stanton, que no habla más que de minas y valores, dice que es la única mujer que tiene alguna conversación; y se puede asegurar que jamás le dijo dos palabras durante todo el tiempo que permaneció sentado junto a él a la mesa. Pero le miraba como si lo hiciese. Hombres, mujeres y niños, todos la dan crédito por cualquier gracia que les agrada. ¿Por qué? Porque es lo bastante lista para no practicar ninguna de ellas como gracia. Yo no conozco mucha que sea menos y obtenga más. Por ejemplo, ¿no la llama usted bonita?

—¡Alto ahí, amigo mío! No vaya usted tan de prisa; no estoy preparado para decir que o lo es (repus) el escocés con buen humor, pero aún con seria precaución.

—Tampoco estaba usted preparado ayer y lo dijo. Maruja puede producir el efecto de la muchacha más linda de la reunión, sin comparaciones desafiadoras. Nadie piensa en ella, pero todos la experimentan.

—Usted, señor Raymond, es un entusiasta, un asiduo de la casa, y claro está, usted...

—A mí —dijo el joven con franqueza— me tocó el turno como a los demás. Fué hace dos años.

—Ya comprendo; no era usted casado.

—Perdone usted; por eso mismo, por que lo era.

El escocés le miró con curiosidad.

—Maruja es una heredera. Yo soy ingeniero de minas.

—Pero, querido amigo, yo creía que en su país...

—En mi país sí; pero estamos en un trocito de la vieja España. Esta tierra fué donada por Carlos V a los antecesores de doña María Saltonstall. Mi

re usted a su alrededor. Esta galería, esta gran cáscara de la antigua morada es obra del viejo Salem, el capitán pescador de ballenas con quien ella casó; es todo cuanto de americano tiene la propiedad. Pero el corazón de la casa, tanto como la vida que rodea al antiguo patio, es español. La familia de la dueña, los Estudillos y Gutiérrez, siempre miró la alianza con el capitán norteamericano como si trajese consigo una mejora de las tierras y acrecentase su valor en cuarenta veces; y desde su muerte siempre se opuso a toda intervención extraña. No quiere decir esto que eso hubiera sido razón de peso para Maruja si se hubiese enamorado de alguien; española de los pies a la cabeza, en pensamiento, gracia y semblante, hay en ella bastante de la sangre bruja del viejo Salem para desafiar las leyes y las autoridades. No existen hijos; es única heredera de la casa y de la hacienda, si bien, de acuerdo con la costumbre nativa, sus hermanas heredan



separadamente parte de la demás propiedad, que es muy grande.

—Entonces el capitán aún podría hacer un bonito negocio con Amita —dijo el escocés.

—Si no lo arriesgaba y perdía todo por Maruja. Hay en la sangre suficiente, viejos celos españoles para que hasta la gentil Amita jamás perdona su momentánea defeción.

La manera de decir esto, hizo pensar al escocés que Raymond hablaba así por triste experiencia. ¿Cómo pudo aquel joven atrayente, educado en el extranjero y hombre reputado en su profesión, haber fracasado en aprovecharse de ventajas que tan cerca tenía, y más siendo un evidete favorito?

—Pero con esa oposición por parte de sus parientes a otras posteriores alianzas con los compatriotas de usted, ¿por qué expone sus hijas nuestra an-

fitriona a su influencia fascinadora? —preguntó el escocés, mirando a su interlocutor.

—Las muchachas parecen gozar de la común libertad americana.

—Quizás estén dispuestas a perderla por el primer hombre que las pida en matrimonio. Pero la dueña española sobrevive aún en la familia, lo más espantosamente, por ser invisible. Es un hecho misterioso que tan pronto como alguien siente afecto por cualquiera de ellas, excepto Maruja, recibe alguna intimación de Pereu.

—¿Qué! ¿Ese individuo que parece un indio? ¿Ese criado?

—Perdone usted, es el mayordomo; un antiguo servidor de la casa, de toda confianza, quien está en «loco parentis». No sirve que la víctima apele a la dueña de la casa, pues ésta siempre se encuentra indisputada; ya conoce usted lo delicada que es su salud.

—¿Luego usted cree que nuestro amigo el capitán, no ha sido interrogado

chacha no delató indicación alguna por haber notado la presencia de... figura pequeña, vestida de... pálido la cual adolecía hasta de la durez de la línea femenina. El... perfecto de su rostro, la rectitud de espalda, una ligera infantilidad en el contorno de sus labios, sus manos... nutas y sus piecillos calzados con... dalias, eran indicaciones de una... tud sugestiva, fresca e inocente... nada más.

Olvidándose de sí mismo, el más... jo de los dos hombres oprimió a su... pañero contra el muro travesa... con burlona indignación, y murmu... su oído:

—¡Eh, amigo! ¡Mire a nuestra... sela! ¿No se avergüenza usted de... ner en juego tales ardidés con esa... chachita honrada y gentil? ¿Per... ha de ver usted tantas cosas... en una criatura que aún no ha... ue sus labios el pecho maternal... quetear ella con los hombres... aire casto y humilde! Me avergü... de usted, señor Raymond. La... cha no piensa más que en su... zo, pobrecilla, y no en aquel... dor. Como pronuncie usted otra... labra sacrilega le desenmascarar... eña. ¿No tiene usted piedad de... ventud y de la inocencia?

—Déjeme usted mover —gruñó... mond en voz baja— y yo le diré lo... que tiene. ¡Silencio, que nos miral...

Los dos hombres, compusieron... titud. En efecto, Maruja alzó su... hacia la ventana. Eran unos ojos... mosísimos, cargados con algo más... su propia belleza. Sus pupilas eran... les como el cielo, pero tenían la... otra inteligencia. El alma de Sab... ballenero, miraba a través de las... tas, oscurecidas por la pasión, h... dojas irresistibles.

La muchacha al reconocer a los im... hombres, sonrió con juiciosa int... dad e hizo un extraño movimien... cabeza por encima del brazado... res que sujetaba. Su boca, rec... curva alguna, se tornó repentin... encantadora al separar los labios... trar los dientes blanquísimos... miendo a su rostro una radiante... sa, que aún después de haberse... guido, pareció seguir iluminándola... ruja continuó su camino, y en... preciso momento Garnier aproxim... ella.

—Venga usted —dijo el escocés... giendo del brazo a Raymond—... a dar un paseo. No le estropee... juego a ese individuo.

—No; pero me temo sea ella... se lo estropee. ¡Vea usted, señ... chanan, cómo le ha entregado... res para que las lleve a la casa... tras ella espera allí al capitán!

—¡No sea usted malicioso! —... escocés, arrastrando a su comp... fiera de la galería, en dirección... avenida—. Guarde usted sus... ciones para la hora del almuerzo.

II

Mientras tanto, el joven oficial... había desaparecido entre la es... fuera o no espectador de la escen... traba señales de impaciencia. P... por una vereda agitado, azotando... re con la rama de un sauce, a... despojaba de las hojas en un ar... de nerviosidad, hasta que llegó... sitio poblado de siemprevivas, ... impidieron seguir adelante. Volv... un lado laberíntico que, por fin... dujo a un sitio abierto, donde... un cenador rústico, sombreado... nudoso y venerable peral. Este... formado por una fantástica emp... de ramas de oscuros madroños... la fuerte sensación de una selva... bría. Más, por raro contraste, sue... sa y bancos hallábanse espesamen... biertos por hojas de rosa march... mo sí, en sus juegos desenfrenad... hubiesen esparcido los niños. El

limpió de hojas uno de los ban-
y echó sobre él, cuan largo era;
de lanzar en derredor suyo una
ansiosa atusó el bigote con
nerviosos. De pronto se incorporó,
unos cuantos pétalos blancos incrus-
en sus espuelas doradas, y salió
estradamente a la luz del sol.

Indudablemente se había equivoca-
a su alrededor todo estaba tranqui-
sólo llegaba hasta él el débil
que producían en la avenida las
de un carruaje, pero nada más.
la mirada en el peral, y a pe-
ó hallarse preocupado, llamaron su
los vestigios de su extraordi-
vejez. Extremadamente retorcido,
con exageración, hallábase sos-
por fuertes estacas y flejes de
como si tratasen de servir de
a su senil decadencia. Trató de
resarse en varias iniciales y simbo-
ndamente grabados en su corte-
ra rugosos y borrados. Cuando vol-
hacia el cenador, notó por vez pri-
que el suelo ascendía detrás de
larga ondulación, al final de la
el terreno hallábase cubierto de ho-
de rosa, en la misma y singular
orción que en el cenador. Tuvo la
ción de hallarse ante una extraña
gentesca tumba y de que la misma
le había ocurrido al fantástico es-
ador de los pétalos blancos. Hallá-
aún contemplando la escena, cuan-
un crujido en la maleza hizo latir
su corazón expectante. Una sombra
pasó furtivamente, desapareciendo
espesura. Era un coyote. En cual-
otro momento la aparición extra-
naria de aquella viviente personifi-
ción de la selvaticidad, tan próxima a
centro habitado de humana civili-
ción, le hubiese llenado de asombro;
entonces no tenía más que un so-
pensamiento. ¿Vendría ella?

transcurrieron cinco minutos. Ya no
paraba en el cenador, sino que se pa-
a impaciente frente a la entrada de
infinito. Pasaron otros cinco minutos.
blemente estarían ella y sus her-
as esperando y riéndose de él en el
recto. Hizo además de internarse en
los tréboles y arrojó la varita a la
espesura. Sin embargo, pensó darla uno,
un momento más de plazo.

—Capitán Carroll!
aquella voz fué para él la más dulce
mundo; aún para un extraño hubie-
do irresistible el hechizo de su in-
ción musical. Maruja avanzaba ha-
él desde el cenador.

—Creía usted que iba a venir por
lado, donde todo el mundo podía
irme? —preguntó la muchacha rien-
No, vine por aquella espesura —
dijo, señalando la dirección con un
movimiento de su hombro flexible— y
he perdido mi zapatilla y mis ojos.
—¿Usted!

—Echó atrás el inseparable chal de blan-
que cubría su rubia cabellera, y mos-
tró una ramita de mirto que pendía,
y una guirnalda rota, sobre su fren.
El oficial quedó contemplándola en
silencio.

—Me agrada oír a usted pronunciar
mi nombre —dijo, con ligera duda en su
boca—. Repítalo.

—Carroll, Car-roll, Car-roll —murmuró
la muchacha para sí, como com-
placiéndose en escuchar su natural gor-
ro—. Es un bonito nombre. Suena como
un cántico. ¡Don Carroll! ¿eh? ¡El
capitán don Carroll!

—Pero mi nombre de pila es Enrique
—dijo él, débilmente.

—Enrique ya no es tan bonito. Don
Carroll está mejor. Pero lo que mejor
suena es capitán Carroll. Es lo que
siempre usaré: ¡El capitán Carroll!

—¿Siempre? —preguntó éste, enroje-
do como un muchacho.

—¿Por qué no?

—Confusamente, intentaba ver a tra-
vés de sus pestañas morenas; ella se
hallaba con aquella mirada acerada de
su padre.

—Bueno, capitán Carroll. No sería pa-
ra decirme su nombre, que ya sabía yo
que era lindo, para lo que usted me pi-
dió que nos viéramos cara a cara en
este día frío.

Y al decir esto le acarició con sus
pestañas y se cubrió los hombros con
el chal.

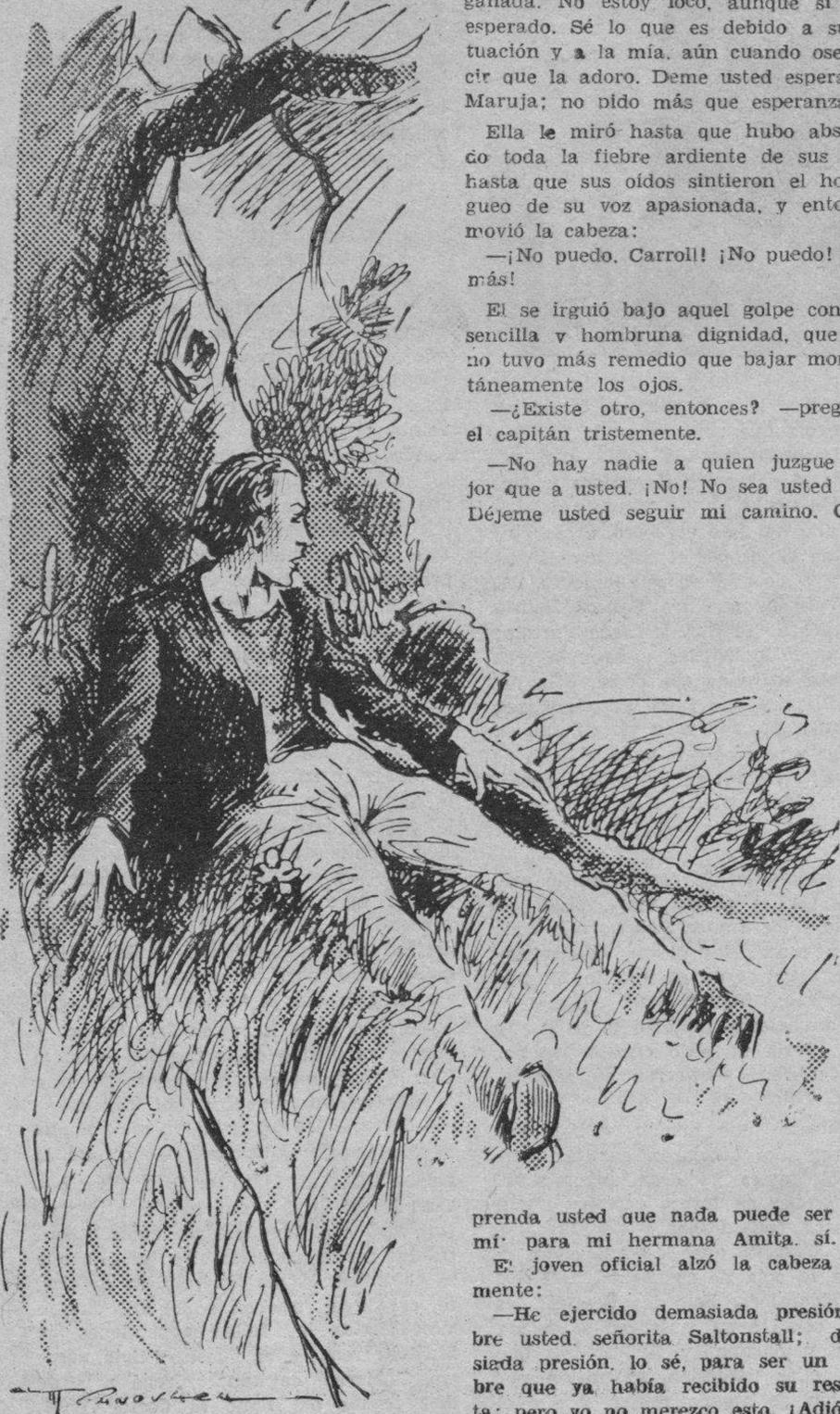
—Más propio hubiera sido —siguió di-
ciendo— hacerlo anoche entre las luces,
el baile y la música del salón. No será
para esto para lo que usted creará que
he dejado a mis huéspedes, escapando
de monsieur Garnier, tan galante pero
cuyo nombre no es bonito, y huyendo
de monsieur Raymond, que habla de mí
cuando no puede hablar conmigo. Dirán
que muy bien pudiera usted decirme
todo eso delante de ellos.

—Pero si ellos supiesen —respondió el
capitán, con rostro pálido y ojos bri-
llantes, acercándose a ella— que yo te-
ría algo que decir señorita Salton-
stall... algo... perdón, ¿he lasti-
mado su mano?... ¿habría alguno con
derecho a oponerse? Usted me cree sim-
pático, señorita; pero yo le ruego, le suplico
me lo diga antes de que yo sea más ex-
plícito.

—¿Quién pudiera tener derecho? —
dijo Maruja, retirando su mano pero
no sus peligrosos ojos—. ¿Quién se atre-
vería a prohibir el que usted me hable
de mi hermana? Ya le he dicho que
Amita es libre, como lo somos todas nos-
otras.

El capitán Carroll echó unos pasos
atrás, y la miró, sumamente turbado.

—¿Es posible que no lo comprenda
usted, señorita Saltonstall? —tartamú-



deó—. Aún sigue usted creyendo que es
Amita a quien yo...

Hizo una pausa, y añadió con apasio-
namiento:

—¿Recuerda usted lo que la dije?
¿Se ha olvidado usted de la última no-
che?

—Anoche... era anoche —respondió
Maruja encogiéndose, ligeramente de
hombros— Uno hace el amor por la no-
che y se casa de día. En la música, en
las flores, en la luz de la luna, lo dice
uno todo; por la mañana, toma uno su
almuerzo, siempre que no le pidan ten-
ner consejos de guerra con capitanes y
comandantes. Usted debe hablarme de
mi hermana, capitán Carroll; siga us-
ted Doña Amita suena muy lindamen-
te. Yo no me opondré.

Y dicho esto extendió sus manos ha-
cia él, echó atrás la cabeza y sonrió.

—¡No no! ¡Tiene usted que oírme! —
dijo él, estrechándole las manos apasio-
namadamente—. La adoro, Maruja; a us-
ted a usted sola. Dios sabe que no pue-
do evitarlo, que no lo evitaría aunque
pudiese. Escúcheme usted, ¡No estoy lo-
co! ¡No soy un traidor! Admiro a su
hermana francamente; vine aquí para
verla. A pesar de eso, le juro a usted
que no soy culpable. Ella no sabe nada
de mí. La vi a usted, Maruja, y desde
aquel momento no he pensado en otra
cosa no he soñado con otra cosa.

—Eso fué hace tres, cuatro, cinco
días! Ya ve usted que lo recuerdo. Y
ahora, ¿qué es lo que usted quiere?

—Que me deje usted amarla, a usted
solamente; que me deje usted merecer-
la con el tiempo, como debe usted ser
ganada. No estoy loco, aunque sí des-
esperado. Sé lo que es debido a su si-
tuación y a la mía, aún cuando ose de-
cir que la adoro. Deme usted esperanza.
Maruja; no pido más que esperanza.

Ella le miró hasta que hubo absorbi-
do toda la fiebre ardiente de sus ojos,
hasta que sus oídos sintieron el hormi-
gueo de su voz apasionada, y entonces
movió la cabeza:

—¡No puedo, Carroll! ¡No puedo! ¡Ja-
más!

El se irguió bajo aquel golpe con tan
sencilla y hombruna dignidad, que ella
no tuvo más remedio que bajar momen-
táneamente los ojos.

—¿Existe otro, entonces? —preguntó
el capitán tristemente.

—No hay nadie a quien juzgue me-
jor que a usted. ¡No! No sea usted loco.
Déjeme usted seguir mi camino. Com-

prenda usted que nada puede ser para
mí para mi hermana Amita, sí.

El joven oficial alzó la cabeza fría-
mente:

—He ejercido demasiada presión so-
bre usted, señorita Saltonstall; dema-
siada presión, lo sé, para ser un hom-
bre que ya había recibido su respues-
ta; pero yo no merezco esto. ¡Adiós!

—Espere usted —dijo ella con genti-
leza—. No, no intenté decirle, capitán
Carroll. De haberlo intentado, no hu-
biera procedido así. No le hubiese visto
aquí. ¿Me hubiera usted amado menos
si yo hubiese evitado esta entrevista?
No supo qué contestar. En lo profun-
do de su desventurado corazón leyó que
la hubiese amado lo mismo.

—Venga usted —dijo Maruja, posando
su mano ligeramente sobre el brazo del
capitán—; no se enfade conmigo por-
que le haya hecho retroceder al es-
tado en que se hallaba hace cinco días.
Cunado por vez primera entró en nues-
tra casa. Cinco días no representan mu-
cha tristeza o alegría para no poder ser
divididos, ¿no es así, Carroll, capitán
Carroll? —su voz se extinguió en un dé-
bil suspiro— ¡No se enfade conmigo, sí
sabiendo que amase usted a mi herma-
na y que mi hermana le correspondie-
se. ¡Hubiéramos sido tan buenos ami-
gos, tan excelentes amigos!...

—¿Qué ha dicho usted? ¿Qué yo sa-
bia que nada podía ser para usted? —di-
jo Carroll, cogiéndola la mano súbita-
mente—. ¡En nombre del cielo, dígame
lo que quiere significar!

—Quiero decir que yo no puedo ca-
sarme a menos que lo haga con algu-
no de la raza de mi madre. Tal es el de-
seo de mi madre y la voluntad de sus
parientes. Usted es americano, no de
sangre española.

—Pero ése no será su destino segu-
ramente.

—¿Qué haría usted en mi caso? —pre-
guntó ella con un movimiento de hom-
bros—. Esa es la determinación de los
míos.

—Pero sabiendo eso...

Hizo el capitán una pausa, y el co-
lor ascendió a sus mejillas.

—Siga usted, capitán Carroll. Iba a
decir que sabiendo eso debí advertirle
a usted. Que por qué no le dije cuando
nos entrevistamos por vez primera: «Us-
ted ha venido para cortejar a mi her-
mana; no se enamore usted de mí; yo
no puedo casarme con un extranjero».

—Es usted cruel, Maruja. Pero si eso
es todo, pueden evitarse, con seguridad,
los prejuicios. Su madre de usted casó
con un americano.

—Quizás sea por eso —dijo la mucha-
cha tranquilamente.

Después, bajando los ojos y separan-
do las hojas de trébol con la punta del
pie añadió:

—Escuche usted: ¿quiere que le cuen-
te la historia de nuestra casa? Espere;
alguien llega. No se mueva usted, y per-
manezca como está. Si le importa de
mí, Carroll, seréne y no permita que
ese hombre pueda hallarnos ridículos.

Su voz, suplicante y ligeramente aca-
riciadora, trocóse en altamente orgullosa:

La figura de Garnier, brillante, tran-
quila, cortés, apareció en la entrada
de laberinto. Demasiado bien nacido
para indicar, aún en chocarrería, de
cumplido, una posible situación senti-
mental, su educación se lo impedía. ¡Fué
tan amable por parte de ellos advertir
al extraño con sus voces que no podía
meterse estúpidamente en sitio vedado!

—Llega usted a tiempo de interrup-
ción o de escuchar una historia que es-
tá tratando de relatar —dijo Maruja,
sin descomponerse—, una vieja leyenda
de esta casa. Ahora están ustedes en
mayoría, y pueden detenerme, si así
lo prefieren. Gracias. Ya les advertí que
era estúpida, que no era nueva; pero
tiene la disculpa de haber sido sugerida
por este mismo sitio.

Echó sobre Carroll una mirada rápi-
da y significativa, y, durante su relato,
se dirigió más directamente a él, en for-
ma lo bastante delicada y subrayada
para suavizar en parte su atolondrado
espíritu.

—Volviendo a tiempos muy viejos, ca-
balleros— comenzó Maruja, en pie junto
a la mesa, con gesto de burlona solem-
nidad y golpeándole con el abanico—,
este sitio era la guarida del coyote.



Grandes y pequeños, padre y madre, los señores coyotes tenían su hogar en la oscura cañada, y salían por estos campos amarillos de avena silvestre y rojos de amapolas, para buscar su presa. Eran dichosos. ¿Por qué? Eran los primitivos; no tenían historia, ¿comprenden ustedes?; no tenían tradición. Se casaron como quisieron —aquí lanzó una mirada a Carroll—; nadie se opuso crecieron y se multiplicaron. Pero los llanos eran fértiles; la caza, abundante; no es de suponer que sólo lo fuera para las bestias. Así, pues, con el curso del tiempo, un jefe indio, un idólatra Koorotora, edificó aquí su jacal, su edificio para reuniones.

—Perdone usted —dijo Garnier con aparente zozobra—, pero no he podido entender bien el nombre de aquel caballero.

Dándose perfecta cuenta de que el interrogador tan sólo deseaba oír de nuevo la enunciación musical de las consonantes, repitió ella: «Koorotora», lanzando sobre Carroll una mirada apologetica, y siguió:

—Este caballero no tenía historia ni

tradición que le preocupasen. Cualquier señor coyote que pensara en la materia se conformaba, cuando podía, con robar el jacal del señor Koorotora y roncar por la noche el campamento del indio. El anciano jefe prosperó, e hizo infinidad de viajes por el país, pero siempre conservando aquí su campamento. Esto duró hasta que los Santos Padres vinieron desde el Sur, y desde Portala; como han leído ustedes, alzaron la cruz de madera sobre aquella costa, y la dejaron allí para que fuese admirada por los paganos. Koorotora la vio en uno de sus viajes y regresó a la cañada lleno de admiración. Koorotora tenía una esposa.

—¡Ah! Ahora comienza lo interesante. Estamos al principio —dijo Garnier con alegría.

—Naturalmente: la esposa sintió ansias de ver el objeto maravilloso. Lo vio y vio a los Santos Padres, y la convirtieron, contra los deseos supersticiosamente paganos de su marido. Y más que todo eso: vinieron aquí.

—Y convirtieron también el país. ¿no es eso? ¡Sería un sitio encantador para una misión! —interrumpió galantemente Garnier.

—Edificaron una misión, y bajo sus muros sagrados cobijaron cuantas gentes de Koorotora pudieron. Algunas veces los traían en forma extraña, según se cuenta: con dragones del Presidio, capitán Carroll, que los enlazaban y traían a la cola de sus caballos. Todos menos Koorotora. Este les desafió; les maldijo, como a su mujer en su forma perversa y pagana, y les predijo que también ellos perderían su misión por la traición de alguna mujer, y que el coyote volvería a rondar los derruidos muros de la iglesia. Los Santos Padres

compadecieron al hombre perverso, y edificaron por sí mismos un jardín encantador. ¡Vean ese peral! ¡Es cuanto queda de él!

Volvióse, con un gesto de heroica burla, y señaló con su abanico en dirección al peral. Garnier alzó los brazos con igual fingido asombro. Un recuerdo repentino del coyote de la mañana hizo inquietar a Carroll.

—¿Y han desaparecido, también los indios? —preguntó, haciendo un esfuerzo para sacudir aquel sentimiento.

—Todo cuanto queda de ellos está allá, en aquel terraplén. Es la tumba del jefe y de sus gentes. No vivió para ver cumplida su profecía. Porque fué un año después cuando nuestro antepasado Manuel Gutiérrez, llegó de la vieja España al Presidio, con la concesión de veinte leguas para que se estableciese donde quisiera. A doña María Gutiérrez le gustó la cañada. Pero era un sitio que ya poseía la Santa Iglesia. Una noche, por medio de la traición, según se dice, los centinelas fueron arrojados y penetraron los indios en la misión, asesinaron a los hermanos que se hallaban descansando y se llevaron a los sacerdotes. El comandante del Presidio volvió a conquistárselo a los indios; pero como el gobernador manifestase que, sin una fuerte guarnición, el edificio era indefendible, los pacíficos Padres fueron oficialmente trasladados de la Misión de la Santa Cruz, y don Manuel eligió en la cañada las veinte leguas de concesión. Nadie sabe si doña María tuvo o no que ver en el levantamiento de los indios; pero el Padre Pedro jamás la perdonó. Se dice que, al pie del pilar, declaró que la maldición de la Iglesia había caído sobre el terreno, y que siempre pasaría éste a manos extranjeras.

—Y eso pasó hace mucho tiempo, y aún es propiedad de la familia —añadió Carroll apresuradamente, contestando a la mirada interrogadora de Maruja.

—Durante los últimos cien años no ha habido herederos varones —continuó la muchacha, todavía mirando a Carroll—. Cuando mi madre, que fué la hija mayor, casó con don José Saltonstall, contra los deseos de la familia, se dijo que se cumpliría la maldición. Bien es cierto, caballeros, que en aquel año fueron descubiertas las falsas concesiones de Micheltorrena; y, en nuestro litigio, nuestro Gobierno, capitán, entregó más de diez leguas del llano al doctor West, nuestro vecino.

—¡Ah! ¡El caballero de cabeza gris

que almorzó el otro día aquí? ¿Luego son ustedes amigos? ¿No llevan ustedes malicia alguna? —dijo Garnier.

—¿Para qué? El pago su dinero al falsificador —contestó Maruja, encogiéndose de hombros—. Vuestros corregidores le ampararon y dijeron que no era falsedad —añadió, dirigiéndose a Carroll.

A pesar del reproche, Carroll sintióse aliviado. Comenzó a impacientarse por la presencia de Garnier y desahogó cambiarse de ropa. Quizá su rostro reflejara algo de esto, pues Maruja añadió con burlona gravedad:

—¡Es siempre terrible ser la hermana mayor; pero juzguen ustedes lo que será bajo el peso de una maldición! Aquí está Amita, libre para hacer cuanto le plazca, sin ninguna responsabilidad de familia, mientras que... ¡pobre de mí!

Bajó la muchacha los ojos, pero no antes de haber buscado y medio rechazado la brillante mirada de Carroll.

—Pero —dijo Garnier, cambiando repentinamente su fácil claridad e indiferencia cortés por una casi ruda impaciencia— no querrá usted decir, señorita que abriga la menor creencia en toda esa basura, en esa ridícula maldición.

La recta boca de Maruja se apretó rápidamente contra los dientes. Lanzó a Carroll una mirada significativa; pero al instante recuperó su primitiva actitud.

—Poco importa lo que una muchacha como yo pueda creer. El resto de la familia, hasta los criados y los niños, todos la creen. Es una parte de su religión. Ved todas esas flores esparcidas alrededor del peral y sobre el terraplén indio; siempre se ven con regularidad en días de santos y en fiestas. No son basura, señor Garnier; son sacrificios propiciatorios. Pero creería que un temblor de tierra habría de tragarse la casa si nosotros olvidásemos estos ritos consuetudinarios. ¿Es, sencillamente, absurdo el que mi padre edificase estos añadidos modernos alrededor del conchón de la vieja casa de adobe, dejándola intacta, para que la maldición no se cumpliera aún por implicación?

Había adoptado la muchacha un aire de ansiedad y pasión lindísimo; su rostro satinado se iluminó plenamente, como por una luz interna, suave y sensual, y toda la cortesía y las devotas miradas de Garnier vinieron a tierra.

—Pero esa maldición no se cumplirá; la señorita Saltonstall no debe abrigar más temores que los ángeles. Ella es la predestinada a impedirla para siempre, con su encanto y su bondad.

Carroll no hubiese podido evitar hacerse eco de las palabras de su rival, pero no ser porque las siguientes palabras de su dueña le llenaron de un terror supersticioso.

—Mil gracias, señor. ¡Quién sabe! Pero ya estaré prevenida cuando caiga el día o dos antes de que el terrible insecto llegue, aparecerá repentinamente el gran coyote en pleno día, misteriosamente, cerca de mi casa. Este mercededor de media noche vendrá de nuevo a rondar la casa de sus antecesores. ¡Coramba, señor capitán! ¿En qué está usted fijándose? ¡Me asusta usted! ¡Cese de mirar!

Maruja se había vuelto hacia él, golpeando el suelo con su piecico, como una niña asustadiza.

—No me fijo en nada —respondió Carroll, volviendo el color a sus mejillas. Pero no ha de enfadarse usted con una muchacha que ha sido arrastrado por su intensidad dramática. En verdad que me preocupó verlo todo mientras usted hablaba: el viejo indio, el sacerdote y el coyote.

Sus ojos relampaguearon. Le asaltó el pensamiento de que, a pesar suyo, era el sino predestinado de aquella muchacha, y, en el egoísmo de su pasión, se fijó ante la simple pérdida de las

Continúa en la Pág. 1



EL DIRECTOR de películas, mister Neil, se echó atrás en su silla de lona y exclamó lleno de aburrimiento:

—¡Señora Betty, esta chiquilla Sally Minter está lista!

—¡He hecho lo posible por ayudarla,—le contesté— pero todo parece inútil! Por más que le pasen los años por encima, no deja de ser una chiquilla.

Mientras hablábamos, Sally estaba en la gloria al lado del galán joven, Henry Peterson, que sonreía alegremente, como satisfecho de la compañía de una muchacha tan encantadoramente frívola.

La chica, acostumbrada a las trivialidades, nos dirigió una mirada de enfado al director Neil y a mí. Era mi misión en el estudio enseñar a esta jovencita un poco para orientarla en su trabajo como actriz. Si ahora no respondía a las exigencias del director, estaba liquidada para siempre. A mi entender, Sally debió haberse retirado del cine y esperar a que pasaran dos años antes de retomar a hacer papeles de bailarina o comediante. En realidad, servía para ambas cosas, pero no acababa de ponerse formal y eso era imprescindible para tomarla en serio.

—Señorita Betty—me dijo, acercándoseme con un aire de travesura—yo no puedo bailar con tacones altos. Dígale a mister Neil que no deje funcionar las cámaras para mostrarle algo muy bueno.

Neil me miró, moviendo el bigotito en señal de disgusto.

—¡Vamos a complacerla!—añadí yo.

El director accedió y le dió la señal a los cinematografistas para que interrumpieran su labor.

Entonces Sally, volviéndose a su galán Peterson, lo empujó hacia un lado y se despojó de los zapatos altos, poniéndose en su lugar unas zapatillas de baile. Acto seguido, salió bailando un número de su propio cosecho, que era una delicia. Peterson se dió por enterado y se le unió en la prueba. Ambos zapateaban con rítmica exactitud, y luego movían los cuerpos en el aire con la cadencia de un pájaro de vuelo fugaz.

Neil no pudo evitar que a sus labios asomara una sonrisa, y haciéndole señales a los cinegrafistas, dijo por todo comentario:

—¡Harían una pareja monumental!

SINCERAMENTE, era mi deseo que estos dos jovencitos triunfaran en sus carreras, pero las chiquilladas de Sally impedían adelantar nada. Con Peterson era muy distinto. Este joven respetaba a los directores; ponía atención a los consejos que se le daban; se aplicaba al trabajo asiduamente, deseoso de progresar.

Peterson había estado empleado como comparsa por tres años, sin que se le presentara la oportunidad de abrirse paso. Luego, pasó a un café cantante, donde hacía números de baile y pasos de comedia. Estando allí, llamó la atención de uno de los agentes de la compañía que ahora lo había contratado. Contaba 23 años de edad. Se veía muy bien acompañando a Sally en aquel baile que la muchacha acababa de improvisar.

—¡Alto ahí!—rugió el director Neil, dirigiéndose a la pareja. ¿Qué crees tú, Sally, que estás en un circo? Sabes bailar y sabes cantar muy bien, pero necesitas ser actriz. ¿O te dispones a serlo, o hemos terminado para siempre!



“Ya es suficiente, chiquilla,—le dijo Peterson. Voy a darte la primera paliza de tu vida.”

SALLY APRENDE UNA LECCIÓN

Cuento Breve por Mary Helen Lane

La muchacha sonrió como si le hubieran hecho cosquillas. Hacía varias semanas que la había estado haciendo pasearse por el jardín con una copa de agua sobre la cabeza, a ver si aprendía a caminar como una dama, pero de ninguna manera le interesaba el asunto. Peterson vino hasta donde nosotros y nos dijo:

—¡Voy a darle un escarmiento! Déjenmela y verán.

—Está bien,—contestó Neil. Es lo que le convendría a usted.

—A ella también le conviene,—replicó el joven actor. De niña, hizo millones de dólares, pero lo que

es ahora tendrá que trabajar si quiere sobresalir. De lo contrario, fracasará.

Sally se había acomodado en una silla, y al oír esta palabra, interrumpió a su amigo:

—¿Quién va a fracasar?

—¡Tú misma!—repuso Peterson.

Ella sonrió y dijo con sarcasmo:

—¡Tal vez ya no me interese seguir siendo actriz!

—¿Qué, piensas casarte?—preguntó mister Neil.

—¡No!—rugió ella.—Pienso dedicarse a escribir escenas cómicas para las películas que dirija usted.

Continuamos, pues, haciendo la escena final, repitiéndola una y otra vez. Se trataba de una muchacha que descubría que se había convertido en mujer y se sentía enamorada. Cualquier artista hubiese logrado hacer el papel con naturalidad, pero no Sally. Ella, que en todo lo demás se pasaba de natural.

Las cosas iban mejorando con cada tentativa, hasta que llegó el momento de hacer una travesura por mandato del libreto. Peterson, que seguramente estaba aguardando esa oportunidad, tomó a la muchacha en sus brazos, y volteándole el cuerpo, se la acostó sobre sus rodillas.

—¡Ya es suficiente, chiquilla!—le gritó, furioso. ¡Voy a darte la primera paliza de tu vida!

Mientras la muchacha gritaba, Peterson le propinaba una serie de palmotazos retumbantes.

—¡Por Dios!—sollozaba Sally, consternada.—¡No me pegue más!

Cuando Peterson terminó su tarea, levantó a su amiga, que temblaba de soberbia y tenía los puños cerrados, como si pretendiera pegarle también.

—¡Usted no puede hacer esto conmigo!—gritó, enfurecida.—¡Yo no soy una chiquilla!

La jovencita se deshizo de sus fuertes brazos y corrió hacia el camerino, desconcertada. Neil le ordenó a los cinegrafistas que pararan, y me confió al oído:

—¡Ahora sí que ese muchacho Peterson está trabajando bien!

AL día siguiente, cuando volvimos a reunirnos en el set para continuar filmando, Peterson estaba un poco preocupado. Ni Neil ni yo cambiamos una palabra con él.

Sally se presentó con quince minutos de demora. Estaba vestida de tul amarillo, con adornos de flores en los hombros y la cintura. Calzaba zapatillas de tacón alto. Vino directamente hasta nuestros asientos y dijo:

—Estoy lista.

Peterson se sentó al lado de ella para hacer la escena de la banqueta en el jardín.

—¡Lo siento mucho, Sally!—murmuró el galán al oído de su dama.

—¡Cámara!—ordenó Neil a los cinegrafistas.

—¡Lo siento mucho, querida, pero es que te amo demasiado!

Ella le tomó una mano y le acercó su rostro.

—¡Y yo me alegro Hank!—respondió dulcemente.

En aquel instante, todos contemplamos una mirada indescriptible en aquellos dos jóvenes artistas. ¡Una mirada que acaso ni las cámaras pudieron aprisionar!



ORIENTACIONES SOBRE LA TEMPERANANCIA

Por Max de Abad

Kansas, EE. UU.

VIAJANDO por los estados "constitucionalmente secos" de la Unión Norteamericana, se convence uno del acierto del Presidente Roosevelt al desterrar de los estatutos federales la famosa ley prohibicionista, que impedía—o trataba de impedir—el consumo de bebidas alcohólicas. Actualmente, la reglamentación del negocio de licores está en manos de los gobiernos estatales.

Por bebidas alcohólicas se entendía no ya el whiskey y el ron, sino también algunos de los estimulantes más deliciosos e inocuos, tales como el vino, la cerveza y los néctares. Se le negaba al pueblo el derecho de pasarlo bien tomando un traguito de suave Benedictino o de anís Marie Brizard, después del pocillo de café, "para pisar". Los vinos tintos y claretes españoles; el exquisito manzanilla; el irresistible Sauterne; las maravillas de las bodegas de Jerez de la Frontera; el tónico homenaje de don Pedro Domecq al gusto de la aristocracia; todo eso es desconocido de los súbditos del Tío Sam, aún después de la liberación. Antes de la liberación, había estados en que jamás se había oído hablar ni siquiera del vermouth; en Kansas, por ejemplo, donde todavía a estas alturas se considera un delito castigable empujar una copa de cerveza que contenga más del 3 y 2 décimas por ciento de alcohol.

Claro está que en Kansas, en Mississippi, en Oklahoma y en Tennessee, hay quienes se burlan de la ley y continúan bebiendo whiskey de maíz y ron de manzana, prueba 96, especialmente entre los agricultores y campesinos, que no se conforman con vivir pegados a la tierra toda la vida, sin endulzar el alma y tratar de olvidar los sinsabores. Porque este campesino yanqui es, en esto de sus debilidades, muy parecido al criollo que bebe por sentimentalismo, y a veces por morbosidad, pero que jamás intenta racionalizar los motivos que lo hacen empujar la copa.

TAL VEZ, los racionalistas inveterados de la prohibición no quieren darse cuenta de lo arraigado que está el hábito de la bebida entre las masas de los Estados Unidos. Para satisfacer esta ilimitada sed del pueblo, cada estado ha ideado un sistema de distribución para el ramo de licores. En unos existe el monopolio; en otros, el sistema de las licencias; en otros, la reglamentación de las proporciones alcohólicas. En Oklahoma se puede beber cerveza con tres por ciento de alcohol; en Wyoming, se permite cualquier clase de licor, siempre que se compre al por mayor; en Nueva York, casi se podría decir que en cada esquina hay cuatro tabernas y dos licorerías.

El norteamericano, sin embargo, bebe de acuerdo con la ley. Dieciséis estados han establecido el monopolio oficial de las bebidas; el resto ha puesto en vigor estatutos locales para reglamentar la venta; los cuatro estados "constitucionalmente secos" permiten el consumo de cerveza o de cerveza y vino.

En vista del favor universal de que goza, no ya la bebida de por sí, sino el derecho a ingerirla, las organizaciones prohibicionistas y los partidarios de la temperancia, han iniciado una campaña de ilustración tendente a demostrar los efectos perjudiciales del alcohol en la salud humana. Algunas veces, estos celosos guardianes del bienestar público descubren que la opinión científica no es todo lo rigurosa que debía ser, y entonces se enojan y utilizan otros recursos para proteger a las masas contra "los estragos del licor".

Uno de estos casos se dió recientemente en el estado de Virginia, donde existe un sistema de reglamentación oficial para la venta de bebidas embriagantes. En el 1936, la legislatura aprobó una resolución en la que se pedía a las autoridades de la Universidad y del Colegio Médico del estado, prepararan un informe científico sobre los efectos que el alcohol surte en el organismo humano cuando se usa en proporciones moderadas o exhorbitantes. Este informe, decían los legisladores, había de servir de base para la enseñanza del tóxico en las escuelas públicas, aunque no necesariamente como texto para los escolares, puesto que entre los estatutos vigentes de la comunidad hay uno aprobado en el año 1900, según el cual, al enseñarse las asignaturas de fisiología e higiene, en estos cursos se debe tocar el punto de los malos efectos del alcohol y otros narcóticos en el sistema humano.

El piece de résistance en la enseñanza de ambas asignaturas era un libro debido a la pluma del escritor John W. Ritchie, en el cual se afirmaba que "el alcohol, tal y como lo usan los hombres de ordinario, causa enfermedades y abrevia la vida." Ritchie declara, también, en su obra, que "la cerveza es tan perjudicial como el whiskey, y que el consumo de cualquiera de estas dos bebidas es dañino para las células."



El licor produce efectos diversos en las personas; según el poeta inglés Pope, el vino aguzo el ingenio, hace divertirse al sabio, y sonreír al serio.

Convencidos de que la actitud mental del autor estaba motivada por el prejuicio del prohibicionista profesional, los legisladores del estado decidieron hacer un estudio imparcial del asunto, sin matices de ninguna clase. Esta labor fué encomendada al Dr. J. A. Waddell, profesor de farmacología, materia médica y toxicología de la Universidad de Virginia, y al Dr. H. B. Haag, profesor de farmacología del Colegio Médico de dicho estado.

Para fines de 1937, se entregó a la prensa el texto del informe, pero como era imposible publicarlo completo, pues constaba de 184 páginas de sólida lectura, los periódicos solamente dieron a conocer una brevisísima síntesis de sus conclusiones. Basta decir, sin embargo, que recibió el imprimatur de la Junta de Instrucción Pública, la que lo estimaba "una contribución muy valiosa... científicamente correcta, y sumamente culta." Era el deseo de esta agencia del gobierno que se imprimieran 10,000 ejemplares para ser distribuidos en las escuelas públicas y bibliotecas de Virginia.

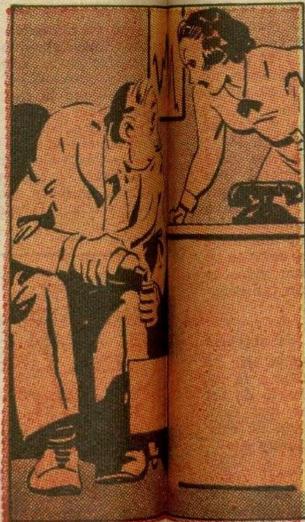
POR LO PUBLICADO en la prensa se pudo ver que los autores estaban divulgando la verdad sobre los efectos del alcohol. Afirman una y otra vez que perjudica la salud si se toma en cantidades exageradas, pero añadieron unos cuantos datos que no les gustaron a los paladines de la temperancia, a quienes nadie convencerá jamás de que la bebida no puede abolirse por medio de leyes y de que a los hombres no se les puede convertir a la sobriedad diciéndoles cosas para atemorizarlos.

El informe de los doctores Haag y Waddell, naturalmente, fué condenado por los propagandistas de la prohibición. Nadie lo había leído, pero bastaba que los distinguidos hombres de ciencia concedieran un leve vestigio de justificación al bebedor moderado, para que los cruzados de la abstinencia lo rechazaran.

Lo más curioso del asunto es que los mismos legisladores que ordenaron hacer el estudio, lo declararon viciado de nulidad sin haberse tomado el trabajo de leerlo. El demagogo profesional encontró un admirable motivo para salir a defender a la juventud norteamericana contra los peligros del delirium tremens, la cirrosis del hígado y el alcoholismo. De los 40 miembros del Senado, solamente uno había leído el informe completo, y su opinión era que constituía una obra seria y meritoria por todos conceptos. Los 39 legisladores restantes manifestaron que una obra en la que no se afirmaba que el alcohol es un veneno, no debía caer en las manos de los escolares de Virginia.



Si toma licor por la mañana, tenga cuidado, porque eso es un hábito anormal.



Otra señal de beber licor es tomar tragos a intervalos regulares. El individuo que hace esto ha dado el primer paso para dejarse dominar por la bebida y se convertirá en un bebedor consuetudinario.

ANIMADOS del consejo de la Junta de Instrucción Pública de Virginia, los directores de la Junta de Reglamentación de Licores



del estado de Pensilvania acaban de publicar 100,000 ejemplares de otro folleto titulado "¿Es usted un bebedor sociable?", con el propósito de dar a conocer los efectos del alcohol. En este pequeño manual, escrito por el Dr. Edward A. Strecker, profesor de psiquiatría de la Universidad de dicho estado, se explica en qué condiciones perjudica la bebida al organismo humano, pero también se dice cuándo no le causa daño alguno.

"Al igual que sucede con todo lo que tomamos—afirma el conocido psiquiatra—el alcohol perjudica si se bebe en grandes cantidades. Hasta los alimentos hacen daño cuando se toman con exceso. El alcohol ingerido constantemente o en cantidad exagerada, no solamente perjudica los órganos vitales y la estructura del cuerpo, sino que afecta y destruye la mente.

"He oído—continúa—discusiones sobre lo que constituye beber con normalidad y beber anormalmente. En primer lugar debo aclarar que el bebedor normal es un bebedor sociable. El fin social del alcohol es contribuir al goce cabal de la realidad en que vivimos. No todo son rosas en la vida, que tiene alegrías, desconciertos, amarguras y dificultades. El alcohol, tomado en proporciones moderadas y bien diluido en el trato social, tiende a minimizar algunas de las amarguras, y alivia, en parte, los pesares.

"El bebedor consuetudinario, que es un sér anormal, se satura de alcohol no para gozar de la vida, sino para huir de las realidades que lo acosan. Este individuo, no se atreve hacerle frente a la vida. Encuentra en el alcohol un mundo irreal, fantástico, que lo protege de los ultrajes y las punzadas del infortunio. Lo peor del caso es que no se da cuenta de que, a la larga, el alcohol lo perjudicará más que si afrontara las duras realidades de la existencia. Empieza usando el alcohol como una muleta y bien pronto la muleta es más importante que la ayuda que da.

"Formar el hábito de beber anormalmente es muy peligroso, pero se puede evitar fácilmente, atendemos a las señales del vicio. Cuando el individuo empieza por tomar en la mañana para llenarse de valor y poder encararse con los problemas del día, el caso es malo. Otro síntoma fatal es habituarse a tomar varios tragos durante el día a intervalos más o menos regulares. Aunque la cantidad de alcohol tomada no haga daño, este hábito revela que el individuo no puede pasarlo sin el aliciente del licor. Así empiezan los bebedores normales a convertirse en bebedores anormales, y por ello es imperativo no violar las reglas de la sociabilidad en este deporte.

"Casi todos los hombres que toman poco acostumbra, de vez en cuando, beberse un trago



El hábito inocuo de tomar un trago antes del almuerzo puede ser el preludio de un vicio anormal.

antes del almuerzo. Esto no es nada grave; lo grave es que formen el hábito de tomarse ese trago con regularidad todos los días, pues entonces estarán en vías de convertirse en bebedores anormales. El mismo riesgo está corriendo el individuo que asiste a una fiesta y siente la necesidad de tomarse dos o tres tragos pocos minutos antes de terminar la reunión. Si el hábito de beber con sociabilidad se va perdiendo mientras se cultiva el hábito de beber solo, la cosa es más seria y requiere precauciones."

EL PROFESOR STRECKER ha observado minuciosamente la conducta de las personas bajo los efectos del alcohol. Algunos individuos se ponen belicosos y quieren reñir; otros se tornan vulgares y mal educados; otros se sienten deprimidos y melancólicos.

Los que acatan las reglas de la sociabilidad en el uso del licor, casi siempre se conducen bien, pero como hasta ahora no se ha podido idear un método infalible para evitar los excesos, conviene anotar las recomendaciones del eminente psiquiatra para no descarrilarse.

Antes que nada, en la opinión de sus amigos, si, en su opinión, o en la opinión de tomar licor es tal que justifique la abstención. Luego, debe hacer memoria de su hábito de bebedor y determinar si lo que empezó como una costumbre moderada ha ido aumentando hasta llegar a proporciones alarmantes. También hay que determinar si se gana algo con beber y si se puede

vivir prescindiendo del licor. Finalmente, debe saberse si es posible dejar la bebida caso de decidir hacerlo.

Haga la prueba inmediatamente, cuando le ofrezcan un trago. Antes de aceptarlo, considere los puntos mencionados, con entera sinceridad.

PORQUE aparte la propaganda tendenciosa de uno y otro bando, los prohibicionistas y los antiprohibicionistas, existe opinión científica autorizada sobre los efectos perjudiciales del alcohol.

No hace mucho tiempo, el Dr. Haven Emerson, profesor de prácticas sobre la salubridad pública en el Colegio de Médicos y Cirujanos de la Universidad de Columbia, Nueva York, afirmó ante la Asociación de Salud Pública de los Estados Unidos, que los inconvenientes de la vida se salvan mejor por otros medios que por el uso del alcohol, pues éste produce efectos dañinos en la mente.

Según el Profesor Emerson, el alcohol no aumenta la resistencia del organismo humano contra los catarros, la pulmonía o cualquiera otra enfermedad infecciosa. Tampoco, evita la tuberculosis ni ayuda al tratamiento de los que padecen esta dolencia. Al contrario de lo que se supone, es peligroso para las personas susceptibles a las afecciones enterales.

"Es enteramente fácil demostrar—dice este distinguido hombre de ciencias—que en los oficios y vocaciones comunes y corrientes de la vida, el uso del alcohol aun en cantidades limitadas que no produzcan efectos visibles, siempre afecta la capacidad del individuo para el trabajo, especialmente en los actos reflejos del ojo, el oído, la mano y el pie, que son tan esenciales para la seguridad del hombre en la calle y en las fábricas".

Para comprobar la veracidad de estas declaraciones, si no bastara ya con el prestigio de quien las hace, bastaría citar algunas estadísticas. El Juez Harry H. Porter, presidente de la comisión de pruebas de embriaguez del Consejo Nacional de Seguridad, ha dicho que más del 60 por ciento de los accidentes automovilísticos ocurridos en los Estados Unidos durante el 1937 se originaron en los efectos de la bebida. Si tomamos en cuenta que ese año hubo 39,700 muertes y que 1,400,000 personas sufrieron heridas en esta clase de accidentes en la nación, se verá que el asunto no es para bromear.

El individuo que toma, y que maneja automóvil, generalmente está convencido de su estado de sobriedad y del grado de perfección a que ha llegado como chófer. Este tipo no es lo que graciosamente llamamos un borracho "horizontal". Es algo peor: es un señor medio desequilibrado, que las gasta de persona sen-



El individuo que aprovecha a tomarse dos o tres tragos corridos antes de terminarse la fiesta, también es un anormal.

sata y que no tiene inconveniente en jactarse de su absoluto dominio del volante de dirección del auto, a pesar de los muchos tragos que ha ingerido.

Por fortuna, la ciencia ha perfeccionado varios métodos para determinar sin lugar a dudas el estado de sobriedad de los seres humanos. El mero análisis del fluido espinal, de la sangre, de la respiración, de la saliva o de la orina, revela inmediatamente si una persona está sobria o no. Y hay que recordar que la sobriedad comienza a desaparecer con el primer trago, pese a las alegaciones que se hagan contra esta realidad psicológica y fisiológica.

Visión de Otoño

Nueva York.

LOS NEWYORQUINOS detestan del verano. Creen que el calor es una invención del diablo para molestar a las personas. De modo que mucho antes de terminar la estación ya están soñando con el otoño y preparando la indumentaria que han de usar en septiembre y octubre.

He entrevistado a diez artistas de la radio que gozan de fama en el mundo de la elegancia y estoy en condiciones de decir algo muy interesante sobre las modas próximas. Empezaré informando que entre las damas de gusto es cada vez más acentuada la tendencia a lucir el peinado alto, especialmente en las funciones sociales nocturnas. Las mujeres de cabellera larga han optado por levantarse el peinado sobre la frente y hacerse rizados extensos hacia atrás.

Rachel Carlay, cantante del National Broadcasting, no sólo lleva un peinado alto sino que lo adorna en la coronilla con dos hermosas orquídeas color púrpu-

Por Isabel Taves

SILUETAS: de izquierda a derecha, corpiño suave y falda estrecha; falda estrecha y corpiño ablusado; mangas levantadas y falda estrecha; vestido de noche con adornos suaves, confeccionado de satín o seda Jersey. Nótese los estilos de sombreros.



sombrerería para el otoño, comprenderán que para vestir bien tendrán que llevar peinados altos, con rizados fijados por medio de horquillas y pequeños peines.

Junto con los peinados altos vamos a presenciar una invasión de sombreros diminutos: tricornos insignificantes; modelos redondos como platillitos, adorna-

nados con plumas paradas; boinas que apenas cobijan un ladito de la cabeza. El problema difícil de solucionar es cómo sujetar estos sombreritos. Probablemente, se usarán cintas, bandas de fieltro o alfileres largos.

Con el advenimiento del peinado alto y los sombreros pequeños, los abrigos necesitarán cuellos más altos. Vamos a tener en el desfile de las modas al antiguo chal, estilo gran dama. Los hombres lucirán asimismo más altos, exage-

ra. Margaret Speaks, otra soprano de dicha radiodifusora, tenía una cabellera que le llegaba a la cintura, pero recientemente se la ha cortado y ahora usa un peinado de rizados altos y breves. Alice Frost, de la emisora Columbia, prefiere el peinado alto sujetado por medio de una trenzilla para los actos sociales de noche. Durante el día, se peina alto hacia la frente, sujetándose el tocado con un peine pequeño.

Donna Damerel, Lucille Manners, Peg La Centra, Hollace Shaw, Judy Starr, Fredda Gibson y Jane Martin, también han acatado la moda del cabello alto; lo único que les falta por determinar es si lo deben lucir todavía alto o no. Jane Martin dice que piensa aumentar la altura de su peinado, especialmente si los sombreros siguen disminuyendo de tamaño.

SIETE muchachas de buen gusto que se han declarado por la elevación de los peinados, y todas ellas alegaban la pasada primavera que jamás se peinarían de esa manera porque tenían aparentar más años de los que tienen.

Ha sucedido lo contrario de lo que esperaban. El peinado alto no envejece a las damas, sino que las dota de una elegancia cosmopolita. A medida que vayan saliendo los nuevos modelos de

radamente altos si se quiere, a la usanza de los tiempos de la reina Victoria.

Los peritos del vestir en París vienen hablando desde hace tiempo sobre la necesidad de introducir otra vez la falda corta. Cuatro de las artistas del National Broadcasting entrevistadas por mí confiesan que la pasada primavera usaban faldas a 13-1/2 pulgadas del piso, pero que ahora van a usarlas a 15 pulgadas. Margaret Speaks no comparte este gusto en su totalidad y continuará usando durante el día faldas a 14 pulgadas del piso, excepto cuando sean de corte amplio, las que usará a 13 pulgadas de alto.

Judy Starr, Fredda Gibson y Hollace Shaw aprueban una falda de 13 a 13-1/2 pulgadas; Alice Frost opina que debe ser 15 pulgadas; Donna Damerel vota a favor de 14. A mí me parece que para estar a la moda deben llevarse a una distancia de 13-1/2 pulgadas del piso. Hay que recordar, sin embargo, que las medias que se van a usar en el otoño no serán de colores tan vivos, y por tanto, las piernas no serán tan conspicuas.

EN CUANTO a la silueta, la mayoría de mis entrevistadas opina que la falda ceñida le hace más favor a la figura. Lucille Manners me habló de un vestido de seda azul marino que está usando en la ciudad. La falda de este modelo es ceñida y el corpiño muy suave y ablusado.

Comoquiera que en Nueva York siempre ha abundado la mujer vestida de negro, quise indagar sobre las preferencias en materia de colores. No hace mucho le oí decir al Capitán Molneux que las mujeres están descubriendo que se puede ser elegante con vestidos de colores.

Judy Starr prefiere los colores brillantes, los tweeds y las ropas deportivas. Alice Frost es partidaria del Dubonnet. Rachel Carlay dice que su color es el verde, y lo usa con accesorios color carmelita o negro. Opina que los colores mates sientan mejor que los vivos.

Margaret Speaks es la dama en azul, lo mismo que Jane Martin, para quien los matices suaves del azul son admirables y el azul marino superior al negro

Dos o tres normas para la mujer

Un consejo fiel: Evite la pintura excesiva, de tonos chillones. Es realmente "declassé" y la moda la condena. Arréglese de acuerdo con su colorido natural: use Tangee. El Lápiz y Colorete Tangee, cambian de color una vez aplicados y, como por magia, toman un tono grana ^{precioso} a armonizar con todos los rostros. Avivan la juvenil belleza natural; acentúan los encantos del cutis, labios y mejillas. Ensaye Tangee hoy mismo. Lo venden en todas las tiendas de moda.

Deseándoles belleza natural y armoniosa,

Tangee

el prestigio que había de seguirle. Entonces, ¿el coyote ha precedido a algún cambio en la suerte de familia? —preguntó descaradamente. —El día que casó mi madre —dijo bajando la voz—, después que los invitados volvieron desde la iglesia a la vieja casa para cenar, preguntó mi padre: «¿Qué verro es ese que hay de la mesa?» Y cuando alzaron el patio para verlo, salió precipitadamente el coyote, entre el grupo de convidados se lanzó como una centella a traerse el patio. Nadie supo cómo ni cuándo había entrado.

—Dios no permita que nos haya de servir sin almuerzo! —dijo Garnier alegremente—. Porque creo que nos están esperando. Oigo la voz de vuestra hermana entre las de los demás que cruzan la pradera. ¿No les parece a ustedes que debemos abandonar la tumba de nuestros antepasados e ir a reunirnos con los que nos esperan?

—No en la forma, en que ahora me encuentro —dijo Maruja, echando el cuerpo de encaje sobre su cabeza—. No quiero someterme a una comparación de sus más frescos rostros y con sus rostros, caballeros. Vayan ustedes a reunirse con ellos. Yo esperaré y rezaré por el alma de Koorotora; después me escurriré por el camino que me heido.

La muchacha evadió la mirada suplicante que le dirigió Carroll; y aunque con brillante rostro e impecable vestido en muestra de la ineficacia de su disfraz, era evidente que su deseo de permanecer sola resultaba legítimo y coquetaría. No tuvieron más remedio que saludar con los sombreros y darse por agradecidos.

Cuando el gorro rojo del oficial descolgó entre el follaje perennemente, la muchacha lanzó un débil suspiro que repitió un momento después, con un ligero y nervioso bostezo. Luego se cerró y abrió un par de veces su ojo izquierdo, golpeando sus varillas contra la minúscula palma de su mano; y, reclinando el chal bajo su barbilla ovalada con una mano y sujetando el abanico con la otra, inclinó la cabeza y se internó en la espesura. Fué a un lado opuesto, junto a una baja empalizada que separaba el parque del estrecho prado que comunicaba con la carretera. Cuando acercóse a la empalizada, una figura escurridiza pasó por ella, a lo largo del prado. Era el vagabundo de la madrugada anterior. Ambos alzaron la cabeza al mismo tiempo, y sus miradas se encontraron. El vagabundo, en aquella clara mañana, mostraba una figura encorvada y tosca, toscamente vestida con una camisa de minero y unos pantolones de algodón salpicados de manchas, medio oculto por un raído capote azul de uniforme que colgaba de uno de los hombros. Su rostro, delgado y curtido por el sol, dejaba de reflejar cierta inteligencia y sospechosa, y era burlona y afiadora su mirada. Paróse, como lo fuera hecho un animal arisco, alarmado por un objeto poco común; pero demostró otra inquietud. Maruja se volvió al mismo tiempo, al otro lado de la empalizada.

El vagabundo la miró deliberadamente y después bajó sus ojos despacio. —Estoy buscando el camino de San José, que debe estar por estos alrededores; ¿lo conoce usted, por casualidad? —preguntó, dirigiéndose a la parte alta de la defensa.

—Como se ha dicho, que jamás encontré a Maruja hombre, mujer o niño, ni a los jóvenes, sin intentar subyugarlos. Parte en su poder y surgente con fascinación, inclinóse gentilmente sobre la empalizada, y con el abanico alzado hacia su delicadísima oreja, hizo repetir la pregunta, bajo el suave fuego de sus ojos. El muchacho lo hizo, pero incompletamente y con quejicosa pereza.

—Estoy buscando por aquí el camino de San José.

—El camino de San José —dijo Maruja, despacio y con gentileza, como si no deseara cortar la conversación— se halla a unas dos millas de aquí. Es la carretera que da a la izquierda del llano. Hay otro camino, si...

—¡No lo necesito! ¡Buenos días!

Inclinó él la cabeza repentinamente hacia adelante, y alejóse entre la luz solar.

III

El almuerzo de aquel día de fiesta movable, en La Misión Perdida, se había prolongado hasta pasado el medio día; el último de los invitados al baile había ya partido, y los más allegados a la casa (con excepción del capitán Carroll que había regresado, en cumplimiento de su deber, a su distante destacamento) iban retirándose; unos, cabalgando hacia pintorescos puntos de la vecindad; otros, para visistar ciertas notables edificaciones que el esplendor de una rápida civilización había levantado en aquel fértil valle. Una de estas fincas, en particular, obra de un infatigable millonario, era famosa por la espontaneidad de su crecimiento y la temeraria extravagancia de su dirección.

—Si van ustedes al palacio de Aladino —dijo Maruja, desde uno de los escalones del pórtico, que daba al sur, a un grupo de invitados—, después que hayan visitado los establos, construídos de caoba y capaces para cien caballos, pidan a Aladino que les enseñe la cámara encantada, llena de incrustaciones de maderas de California y pavimentada con cuarzo aurífero.

—Tendríamos mucho mayor placer si nos acompañase la Princesa de China —rogó Garnier galantemente.

—La Princesa se queda en casa con su madre, como una buena muchacha —replicó Maruja con gazmoñería.

—Mal golpe para Garnier —murmuró Raymond al oído de Buchanan, cuando arrancó el carruaje—. La Princesa no

según he oído decir, posee dos millones.

—Sí; pero su mujer es tan extravagante como él.

—Su mujer, ¿eh? ¿Habla usted en serio? ¿O también tiene usted que decir algo molesto para los admiradores de la muchachita? —dijo Buchanan, amenazándole, en broma, con su bastón—. ¡Como siga usted por ese camino, le arrojo del vehículo!

Después que los huéspedes se hubieron alejado, la parte exterior del gran caserón quedó sumida en un profundo silencio, tan cavernosa y desierta, que muy bien pudiera uno imaginarse que la maldición de Koorotora había ya descendido sobre la vieja vivienda. Hojas caídas de los rosales y de la larga fila de enredaderas y parras que trepaban por las pilastras, yacían amontonadas en la solitaria y obscura galería, o revoloteaban e iban adosándose junto al pie de los muros, impulsadas por el viento de la tarde. Unas cuantas flores rojas, como gotas de sangre, hallábanse caídas frente a las abiertas ventanas del solitario salón de baile, donde no escuchábase otro eco que el producido por los pasos débiles de una sirvienta. Era la doncella de Maruja, que llevaba una nota a su señorita, la cual, ataviada con holgado vestido de mañana, estaba apoyada de codos sobre el alféizar de la ventana. Maruja tomó la nota, la leyó rápidamente, y con tranquilidad, la dobló a lo largo y sujetóla en su cinturón. Sin duda era uno de los despachos que metódicamente le remitía el capitán Carroll. La doncella notó aquella actitud y esperó nuevas y excitantes confidencias, diciéndole:

—¿Doña Maruja, sin duda habrá visto el ramo de flores que hay sobre la

mesa de su tocador, envió del señor Garnier?

Doña Maruja lo había visto, como también había sabido con pena que, sobornada como Judas, por unos dineros, había traicionado Faquita los secretos de su guardarropa hasta el extremo de arrancar una cinta de cierto vestido amarillo para el señor Buchanan, con idea de que eintonase con un abanico chino que éste poseía. ¡Aquello era intolerable!

Faquita sintió remordimientos y la pensó el que, por aquella única mala acción, hubiese deshonrado a su familia.

Doña Maruja, sin embargo, puesto que así era, pensó que lo único que podía hacer era regalarla el vestido profanado y mantener la esperanza de que el diablo no se la llevaría por los aires.

Después que Faquita quedó consolada de su falta, cruzó Maruja la extensa antesala, y, abriendo una pequeña puerta, penetró en un pasillo oscuro, abierto a través de los recios muros de adobe de la vieja casa, dejando aparentemente tras sí el siglo actual. Un ambiente pacífico del pasado la rodeaba, no sólo en los bajos y abovedados departamentos, que terminaban en ventanales enrejados, en los salones rectangulares, cuyo escaso, pero ricamente oscuro mobiliario, quedaba anulado por los encajes y bordados que cubrían sus lechos centrales, sino por cierto olorillo penetrante, misterioso y desecado que por todas partes se percibía, y que convertía la luz opaca y agradable en fragancia de las generaciones de olvidados Gutiérrez fallecidos tranquilamente en aquel viejo caserón. Una neblina, como de incienso y de flores que hubiesen perdido sus primeras fragancias, celaba la vista, impidiendo ver el largo corredor, haciendo des-



es fácil vuelva a visitar el Palacio de Aladino.

—¿Por qué?

—Porque la última vez que estuvo allí, Aladino se mostró demasiado persona en su extravagancia, ofreciéndola su casa y establos, y hasta ofreciéndose él mismo.

—No es tan mala proporción; pues,

tasarse descaradamente el azul del celaje a través de estrechas ventanas y aspilleras, brillando como espejos pendientes de los muros. El cuarto destinado a las muchachas parecía mitad oratorio, mitad dormitorio, con su extraña mezcla de la conventual blancura de las paredes desnudas, de la que sólo pendían crucifijos, y emblemas religiosos, y del burdel de perzosas figuras recortadas, cubiertas por una saya corta de seda y una no más larga camisa, y calzadas con babuchas. En un ancho ángulo del corredor que daba al patio, cuya balaustrada hallábase tapizada con telas de brillantes colores y con chales, la señora de la casa rodeada de los parientes y servidumbre, medio tendida sobre una hamaca, daba su audiencia de mediodía.

Maruja abrió camino entre banquetas y almohadones hasta el lado de su madre; la besó en la frente, y después sentóse, con la ligereza de una paloma, sobre la balaustrada. La señora Saltonstall, mujer morena y corpulenta, redimida de su rudeza tan sólo por ciertas suavidades de expresión y refinamiento de gesto, alzó sus largas y pobladas pestañas morenas hacia el rostro de su hija.

—¿No te has acostado, Mara?

—No, queridita. ¿Se me nota?

—Debes acostarte en seguida. Me han dicho que ese capitán Carroll ha vuelto repentinamente esta mañana.

—¿Te importa?

—¡Quién sabe! A Amita no parecen agradaarle José, Esteban, Jorge, ni ninguno de sus primos. Ni siquiera mira a Juan Estudillo. El capitán no está mal. Es del Gobierno; está...

—Sólo a diez leguas de aquí —dijo Maruja, jugueteando con la nota del capitán entre sus dedos—. Puedes enviar a buscarle, madrecita; él se alegrará.

—¡Siempre hablas con ligereza, como tu padre! Entonces Amita no estaba apesadumbrada, ¿eh?

—Ella, Dorotea y las dos Wilson salieron con Raymond y vuestro amigo el escocés en el carruaje. Ella no llamó a Raymond.

—Bien —dijo la señora Saltonstall, recostándose en la hamaca—. Raymond es un antiguo amigo. Más valdrá que duermas la siesta, hijita, para que estés despejada a la hora de cenar. Espero hoy la visita del doctor West.

—¡Otra vez! ¿Qué dirá Pereo, mamita?

—Pereo —dijo la viuda, sentándose de nuevo en la hamaca, con impaciencia— se está haciendo insostenible. El hombre está más loco que Don Quijote; es imposible ocultar sus impertinencias excentricas para con los extranjeros, quienes no llegan a comprender su posición confidencial en nuestra casa o sus largos servicios. Ya se ha desterrado los mayordomos. Los Vallejo, los Briones, los Castros se pasan ahora sin ellos. El Dr. West dice sabiamente que los mayordomos son supervivientes ridículos de un sistema patriarcal.

—Y que pueden ser sustituidos por extranjeros inteligentes —añadió Maruja con seriedad.

—Con tanta mayor facilidad cuanto el sistema patriarcal no ha bastado para que los hijos guarden el debido respeto a sus padres. ¡No, Maruja! ¡Estoy ofendida! ¡No me toques! ¡Tus cabellos están en desorden y tus ojos tienen cerco, como los de los buhos. Tú defiendes a ese fanático Pereo porque te deja en libertad, mientras acecha a tus pobres hermanas y a los extranjeros como un indio cuya sangre corre por sus venas. Tan sólo los santos saben si no ha disgustado a ese capitán Carroll, haciéndole huir de aquí. Se cree el solo custodio del honor de la familia; cree tener una sagrada misión, legada por aquel don Fulano de Kooroto, para desviar su sino. Es indudable que mantiene sus ilusiones a fuerza de aguardiente, y entre los tontos de los peones y sirvientes se hace pasar por un profeta. Asusta a los niños con sus ridículas historias, y les enseña a decorar aquel terraplén profano como si fuese una reliquia de Nuestra Señora de los Do-

lores. Ayer estuvo casi rudo con el doctor West.

—Pero usted le animó en el puesto de confianza que ocupa aquí —dijo Maruja—. Usted olvida, madre, cómo le hizo intervenir en lo de doña Enriqueta y el coronel Brown; cómo dejó usted que asustase al joven inglés, que tan atento se mostró con Dorotea; cómo le achuchó contra el pobre Raymond; y como fracasó tan tristemente, tuve yo que intervenir.

—Pero si yo prefiero hacerle cargos, de los que no puedo darle explicaciones sin menoscabo de la acogida hospitalaria de la casa, es cosa distinta. Eso no quiere

sado con una cantante de un salón de San Francisco; ahí está José Castro, el único padrino de nuestras corridas de toros en Soquel, el famoso domador de caballos y el ganador de no sé cuántas carreras. ¿Y no tenemos a Vicente Peralta, quien, según se dice, va a ir al Congreso americano? Sabe leer y escribir, y de eso doy fe, porque tengo aquí una carta suya.

Y dió vuelta a la carta del capitán, que llevaba sujeta en el cinturón, poniendo al descubierto otra que había debajo.

La señora Saltonstall golpeó suave-

—Ya veo que no ha tenido usted necesidad de ser anunciado —dijo la muchacha dulcemente—. Mi madre se verá lisonjeada por su presencia. La encontrará usted en el patio.

—Pereo no me ha anunciado porque seguramente se hallará aún bajo los efectos del aguardiente que ingirió ayer —dijo el doctor secamente—. Le encontré fuera de la tienda, charlando con un par de perdonavidas, a quienes hubiese soltado dos tiros de encontrarme los en la carretera.

—El mayordomo tiene que realizar muchas compras y tiene que tratar con toda clase de gentes —dijo Maruja—. ¿Qué haría usted en nuestro caso? Nosotros no podemos seleccionar sus relaciones; escasamente podemos elegir las nuestras —añadió con dulzura.

El doctor dudó entre si debía replicar o no, y por fin, con un seco «buenos días», se encaminó al patio. Maruja no le siguió. Su atención quedó repentinamente fija en una figura inmóvil que parecía esconderse en la sombra de un rincón del pasillo, como si estuviese esperando a que ella pasara. No se equivocaron los ojos avizores de la hija de José Saltonstall. Encaminóse directamente hacia aquel bulto y gritó:

—¡Pereo!

La figura adelantóse vacilante, hasta que le iluminó la luz que penetraba por una ventana enrejada. Era un hombre viejo, todavía alto y derecho y si bien sus cabellos habían desaparecido junto a las sienes, aun caían largos, escasos y oscuros rizos sobre su cuello. Su rostro, sobre el que uno de los barrotes de la reja proyectaba una sombra sinistra, tenía el color amarillento de una hoja de tabaco seca, cubierto con la misma profusión de venas. Sus aspectos era una extraña mezcla de vaquero y eclesiástico; llevaba puestos unos pantalones de terciopelo, abiertos de la rodilla para abajo y adornados con botones metálicos; ceñía su cintura una ancha faja encarnada, en parte oculta por una larga chaqueta, y cubría su cabeza un gorro redondo, sacerotal de paño negro, galoneado de oro. Cuando estuvo ante la muchacha, sus ojos inquietos y amarillentos miraron al suelo, y tembló en su mano el enorme sombrero de anchas y ribeteadas alas.

—¿Otra vez estás espiando, Pereo? —dijo Maruja, en distinto dialecto del que empleara con su madre—. Eso es indigno de un fiel servidor de mi padre.

—¡Es ese hombre, ese coyote, doña Maruja, el indigno de vuestro padre, de vuestra madre y de usted! —gesticuló en tono bajo y fiero—. ¡Yo, Pereo, no espió! ¡Yo sigo, sigo el rastro de los que rondan de las bestias ladronas, hasta que las tumbó! ¡Sí, fui yo, Pereo, quien avisó a vuestro padre de que no se conformaría ese con la mitad de la tierra que le robó! ¡Fui yo, Pereo, quien avisó a vuestra madre de que cada vez que pisaba tierra de La Misión Perdida media la que podía llevarse!

Se detuvo, jadeante, con la insana abstracción de una idea fija brillando en sus ojos.

—Y fuiste tú, Pereo —dijo Maruja, acariciadora, poniendo una mano sobre el agitado pecho del mayordomo—, quien me llevó en sus brazos cuando yo era una niña. Fuiste tú, Pereo, quien me llevaste al rodeo en tu caballo pío, cuando nadie, excepto nosotros, lo sabía, ¿no es así? —El afirmó violentamente con la cabeza—. Tú fuiste quien me enseñó los galantes caballeros, los Pachecos, los Castro, los Alvarado, los Estudillo, los Peralta y los Vallejo. —Su cabeza firmaba a cada nombre y sus ojos preñados de lágrimas—. Tú me hiciste prometer que no los olvidaría por los americanos que aquí había. ¡Bien! ¡Eso era hace años! Ahora soy más viajero. He visto muchos americanos. ¡Y, ya ves, aún soy libre!

El la cogió la mano y se la llevó a los labios con un gesto de devoción. Sus ojos se ablandaron; conforme pasó el momento de exaltación, su voz fue



decir —añadió doña María con una gran dignidad que, si bien era inconsistente por la debilidad del argumento, no estaba exenta de impresión— que estemos obligados a enterarnos de las pretensiones de todo huésped que cobijamos bajo nuestro techo, como casamenteros, vendedores de hijas a ingleses y americanos. En tonces Pereo tuvo tacto y discreción. ¡Ahora está loco! Hay muchos extranjeros. El valle está lleno de ellos. Hay que discernir, puesto que las antiguas familias van escaseando de año en año.

—Ciertamente que no —dijo Maruja con inocencia—. Ahí está el excelente Ramírez, quien recientemente se ha ca-

mente con el abanico la mano de su hija.

—¡Sí, tú te burlas de ellos, pero, sin embargo, defiendes a Pereo! Ve, ve a dormir ahora, para que te levantes con la cabeza más despejada. ¡Espera! Oigo el caballo del doctor West. Corre a advertir a Pereo para que le reciba debidamente.

Apenas había penetrado Maruja en el oscuro corredor, cuando se encontró con el visitante (un hombre de cabellos grises y facciones duras, que representaba unos sesenta años de edad), quien evidentemente había entrado sin la menor ceremonia.

tomando el tono quejumbroso de su coad privilegiada.

—¡Ah, sí! ¡Usted, la primera que nació, la heredera de la verdad! Usted lleva dentro un Gutiérrez. ¡Pero las caras! ¿Dónde están ahora! Siempre fué yo mismo. «¡Eh, Pereó! ¿Qué haremos hoy? Pereó, buen Pereó, se nos invita a ir a caballo aquí o acullá. Tenemos que visitar la nueva gente del valle. ¿Qué dices, Pereó? ¿Quién tendremos a cenar hoy? Procura informarte de tal o cual caballero, y de si debemos hablarle o no.» Ayer mismo dijo Amita: «Préstame tu caballo, Pereó, para que pueda huir del estribo de ese pegajoso americano que siempre está a mi lado.» ¡Ah, ah! O me decía la grave Dorcisa: «¡Haz a ese señor, pompoco y presumido, que las hijas de Gutiérrez no van solas de paseo con extranjeros!» Hasta la pequeña Liseta solía preguntarme: «¿Por qué el extranjero estrecha mi pie cuando me ayuda a montar a caballo? Dile que eso no es correcto, Pereó.» ¡Ah, ah!

Rió como un niño, y luego continuó: —¿Y por qué ahora se queja la señorita Amita de que Pereó se interponga entre ella y ese Raymond, el maquinista? ¿Y por qué la señora madre, la Castañeda, no se aconseja ahora de Pereó? ¿Qué significan esas entrevistas secretas? —dijo, exaltándose más y más—. ¿Qué significan esas citas a solas con ese Judas, sin estar presente alguien de la familia, sin Pereó?

—Sosiégate, Pereó —dijo la joven, volviendo a posar suavemente la mano sobre su hombro—. Tienes razón al hablar así, pero te olvidas de que los años pasan. Ya no son extranjeros; los antiguos amigos han desaparecido y éstos han ocupado sus puestos. Mi padre perdonó al doctor; ¿por qué no has de hacerlo tú? En cuanto a lo demás, fía en mí, en Maruja—y oprimió dramáticamente sobre su corazón las complicaciones internacionales de las cartas del capitán Carroll y de Peralta—. Yo cuidaré de que no sufra el honor de la familia. Y ahora, buen Pereó, cálmate. No con aguardiente, sino con una botella de vino añejo del refectorio de la Misión, que enviaré para ti. Me la regaló tu amigo, el padre Miguel, y es producto de las antiguas viñas que aquí había. ¡Animo, Pereó! Y dices que Amita se queja de que te interpongas entre ella y Raymond. ¡Y qué importa! Alégrese tu corazón al saber que he invitado a los Peralta, a los Pacheco. Es el tío y demás antiguos amigos, a cenar aquí hoy. Escucharás sus viejos apellidos, aunque sus rostros sean jóvenes para ti. ¡Valor! Cumple con tu deber viejo amigo; hazles ver que la hospitalidad de La Misión Perdida no se hace vieja, aunque vaya envejeciendo su mayordomo. Faquita te traerá el vino. No, por ahí no; no tienes necesidad de pasar por el patio, ni de encontrarte con ese hombre. Por aquí; dame la mano y yo te guiaré. Tu mano tiembla, Pereó! Esta no es la fortaleza que, tan sólo hace dos años, te valió el poder tumbar un toro en Soquel con tu sencillo lazo! ¡Mira! ¡Yo puedo arrastrarte!

Y con una risa infantil y ligera, medio le arrastró, medio le empujó, hasta que sus voces se perdieron en el corredor oscuro.

Maruja cumplió su palabra. Cuando el sol comenzó a arrojar extensas sombras a lo largo de la galería, no sólo la parte exterior de La Misión Perdida, sino la oscura parte interna, el corazón de la vieja casa se estremeció despertando de nuevo a la vida. Comenzaron a llegar jinetes y carruajes; y mezclados con los modernos trenes de lujo de la casa y de los americanos de la vecindad, había unos cuantos aparatosos vehículos y carrozas de hacía cincuenta años, tirados por mulas, alegremente enjaezadas, con bizarros postillones y algún batidor. Desde el balcón del patio divisábanse rostros morenos; una ligera nube del humo de los cigarrillos hacía que los corredores pareciesen más

oscuros. Lindas mujeres, con prendidos de rosas en sus negras cabelleras iban de un lado a otro de la ancha galería, y asomábanse a las ventanas francesas del gran salón, llenas de una curiosidad infantil. Hombres escrupulosamente afeitados, con rostros de color de oliva, y otros de fuerte complexión, con patillas agudamente curvas que iban a juntarse en sus barbillas, paseaban con cierta inconsciente dignidad, que les hacía estar satisfechamente indiferentes ante cualquier novedad que les rodease. Durante algún tiempo, las dos razas se mantuvieron mecánicamente apartadas una de otra; pero, gracias a la exquisita galantería de Garnier a la cínica familiaridad de Raymond y al impulsivo atrevimiento de Aladino, quien había abandonado su palacio encantado a la más ligera invitación, regresando con los excursionistas, empujado por la esperanza de ver nue-

él inclinándose por encima del abanico, dando muestras de aturdimiento.

Estas confidencias no se reducían tan sólo a una nacionalidad.

—Siempre creí que ustedes, los caballeros españoles, eran muy morenos y usaban largos bigotes y capa —dijo la linda miss Walker, mirando descaradamente la cara redonda y suave del mayor de los Pacheco—, y, sin embargo, es usted tan blanco como yo.

—Si yo creyese eso sería eternamente miserable —replicó él con grave melancolía.

Y en el largo silencio que siguió no pudo explicar este punto decorosamente. Por fin, añadió:

—Porque no escaparía a la suerte de Narciso.

El señor Buchanan, con el regocijo irreparable e irresponsable de un viajero, se metió de lleno en el espíritu de la escena. Hasta encontró frases de ala-



vamente a la Princesa China, tuvo lugar, por fin, un intercambio de cortesías, de galanterías y aun de confidencias. Jovita Castro había oído hablar (¿quién no?) de las maravillas del Palacio de Aladino; que las damas eran obsequiadas con ramos de flores y abaricos que competían con los lindos trajes que les eran ofrecidos todas las mañanas y que los caballeros recibían en sus habitaciones «cocktails» de champán antes de la hora del almuerzo.

—No tiene usted más que ir acompañada de su padre y hermanos, y permanecer allí una semana. Ya lo verá usted —dijo Aladino con galantería—. ¡Es pere usted! ¿Cuál es el nombre de su padre? Ya enviaré mañana a buscarles.

—¿Y es cierto que espantasteis al hermoso capitán Carroll del lado de Amita? —dijo Dolores Briones por encima de su abanico a Raymond.

—Ciertamente —respondió éste con franqueza—. Lo hice cuestión de vida o muerte.

—Nosotros pensamos que era a Maruja a la que usted quería más.

—Eso fué hace dos años —contestó Raymond gravemente.

—¿Y pueden ustedes, los americanos, cambiar en tan poco tiempo?

—Acabo de experimentar que puede cambiarse en menos tiempo —respondió

El general Fico relató, con gran precisión y detalle, las festividades de Monterey, con motivo de la visita de sir Jorge Simpson, en los comienzos del presente siglo, de cuyos festejos fué testigo presencial. Don Juan Estudillo fué frívolo, comparativamente, en sus anécdotas de Luis Felipe, a quien vió en París. Pedro Gutiérrez se remontó más, diciendo que quedó tristemente impresionado con una invasión mongólica de California, por los chinos, en la que la religión entonces en boga fué suplantada por templos idólatras, y la poligamia inculcada en la Constitución. Todos convinieron, sin embargo en que la cuestión vital de entonces era la sucesión de títulos del país; los americanos los reclamaban por derecho de prioridad, y los poseedores en aquel tiempo de las donaciones españolas eran de la misma opinión. En medio de todo esto, la voz musical de Maruja se oyó que preguntaba:

—¿Qué es un vagabundo?

Raymond, que se hallaba a su derecha, respondió pronto, pero no fué concluyente. Un vagabundo, si podía cantar, era un trovador; si podía rezar, un fraile peregrino; pero ni en uno ni en otro caso un objeto natural de solicitud humana. Y como él no era ninguna de las dos cosas, era sencillamente, un maldito.

—Pero el que usted crea que no es objeto de humana solicitud no explica lo que es —dijo Maruja.

Una docena de caballeros, atraídos por la mirada de aquellos ojos, suavemente interrogadores, lanzáronse a dar una explicación de lo que era un vagabundo.

Según unos, no existía en California; según otros, había doce especies distintas.

—¿Y es siempre muy incivil? —preguntó la muchacha.

De nuevo hubo opiniones encontradas. Según unos, se hacía preciso darles un tiro a primera vista; otros opinaban que el vagabundo huía ante uno, invariablemente. Cuando la cuestión quedó finalmente convenida, Maruja permaneció absorta, como si conversase con alfiler.

Amita, vivo retrato de Maruja, pero más alta y de belleza más regular, había apilado unas migajas de pan entre ella y Raymond, y le escuchaba con un interés tímido e infantil, tan inconsistente con la serena regularidad de su rostro como el dominio y la sutil inteligencia de Maruja eran incongruentes con su figura juvenil. La voz de Raymond, cuando se dirigía a Amita, era baja y anhelosa, no por lo que significase el asunto, sino por su franqueza y calidad confidencial.

—Están discutiendo el proyecto del nuevo ferrocarril, y sus parientes de usted son todos opuestos a él; mañana acudirán separadamente a Aladino para que les otorgue el privilegio de suscribirse.

—Nunca vi un ferrocarril —dijo Amita, ruborizándose ligeramente; pero es usted es todo un ingeniero, y yo sé que tiene que ser algo maravilloso.

A pesar del fresco de la noche la luna llena invitó a los huéspedes a dirigirse a la galería, donde fué servido el café, y donde, misteriosamente envueltos en capas y chales, la reunión tomó el aspecto de grupos disfrazados con dominós, esparcidos por la galería y la ancha escalinata del porche, como si fuesen campamentos gitanos; y en aquella penumbra la luna lanzaba de vez en vez plateados reflejos sobre una bota de charol o un zapato de raso. Dos o tres de estos grupos, subdividiéndose en parejas, se destacaron bajo el pálido de acacias, bailando a los acordes de un arpa ejecutada en el gran salón o, en ocasiones, escuchando las canciones de un tenor español. Dos de estas parejas estaban constituidas por Maruja y Garnier Amita y Raymond.

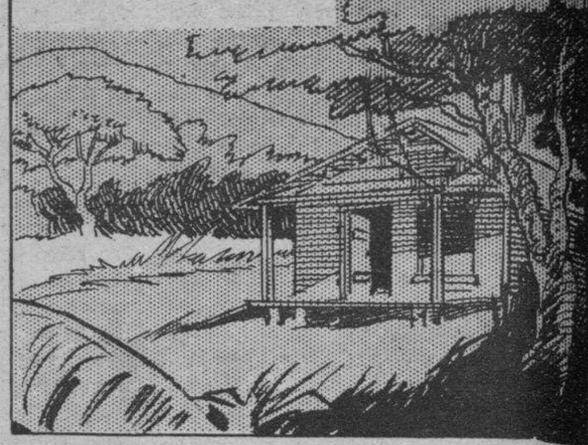
CONTINUARA

SAHONA

Reina de la Selva

por
W. MORGAN THOMAS

EN LAS LEJANAS TIERRAS DEL ÁFRICA, EL CONTINENTE NEGRO, EN UNA ALDEA SITUADA EN EL CONFIN DE LA CIVILIZACIÓN.



DE VEZ EN CUANDO, EL SILENCIO ATERRAZADOR DE LA SELVA ES INTERRUPTO POR EL RUIDO MONÓTONO DE LOS TAMBORES. EN UNA HUMILDE CABAÑA, EN MEDIO DE LA SELVA, ESTÁ SENTADO UN HOMBRE JOVEN Y BLANCO.



PROFESOR VANDIKE, ¿QUIERE VENIR UN INSTANTE?



¿QUÉ DESEAS, BOB?
¡CREO QUE HE ENCONTRADO LA CLAVE PROFESOR!



EN ESTE ANTIGUO LIBRO QUE NOS DIÓ EL MÉDICO BRUJO, DICE LO SIGUIENTE: « HACIA EL NORTE DE LOKAR EN EL GRAN VALLE RODEADO POR EL IMPERIO SELVÁTICO DE SAHONA.»

¡SAHONA! ENTONCES DEBE SER CIERTA LA LEYENDA DE LA REINA DE LA SELVA!



¡ME PARECE INCREÍBLE, VANDIKE! ¡UNA MUJER NO PUEDE SER CAUDILLO DE UNA BANDA DE SALVAJES, NI SOPORTAR LOS RIGORES DE LA SELVA!



¡REPENTINAMENTE, CESAN LOS RUIDOS EN LA SELVA Y PREVALECE EL SILENCIO--- POCO DESPUÉS, SE OYE UN GRITO TERRIBLE, Y UN HOMBRE BLANCO HUYE GRITANDO---



BOB Y EL PROFESOR OYEN EL ESCÁNDALO.

¿QUÉ SUCEDE, BOB?
¡MIRE, PROFESOR! UN HOMBRE VIENE CORRIENDO DE LA SELVA.



EL DESCONOCIDO LLEGA A LA CABAÑA Y SE DESPLOMA AL PISO.

ELLA--- ELLA---



EN EL BORDE DE LA SELVA HA APARECIDO UNA MUJER CON UN CUERPO JAMÁS VISTO POR EL HOMBRE BLANCO.



Rejas postales descoloridas La PEDROSA

Por Federico Villoch



DESDE principios de 1899 cuando entró en la Habana el General Máximo Gómez al frente de sus triunfantes legiones libertadoras, hasta los años de 2, 3, etc. acostumbraban reunirse una de las mesas del café «Cen. Prado y Zulueta, un grupo de je. oficiales de los mambises entre Ricardo Gras, Arencibia, Coronita, Hernández Octavio Lamar, Villa. Aranguren etc. Hasta la avanzada de cerrar el café, se divertían refiriéndose unos a otros, cuentos, anécdotas, sucesos de la pasada y entonces re. guerra del 95 en la que ellos habían tomado parte principalísima. Desde las doce, ya terminadas sus tareas llegaban al propio café varios artistas y autores del teatro «Alhambra», los de aquellos libertadores y la reunión, con este contingente de última crecía en animación, se desarrollaba hasta su término en medio de la camaradería y entusiasmo.

Al oírnos referir por centésima vez y todos sus detalles, el combate librado por las tropas del General Pedro de Pizarro, libertador, con las del Coronel Aldea, en las lomas del «Mo. provincia de Matanzas, el mache. de Mal Tiempo, el combate de Perar. la carga de Cacarajicara; el asalto en de Guanabacoa, cerca del apeadero de «Cambute», por el joven y valiente Coronel Néstor Aranguren, la fatigosa batalla de las huestes de Maceo y Máximo Gómez en el poblado de Coliseo, las del General Arsenio Martínez Campos, en la cual, según frase del propio Martínez Campos, la candela ardía debajo de las patas de su caballo. gloriosa epopeya, era allí, noche a noche, referida, embellecida y añorada... aquellos sucesos recordamos el muy interesante y pintoresco que pasamos a relatar, incluyendo en esta colección de rejas postales descoloridas, por lo que ya de un tanto borroso y por haberse desarrollado en el período de tiempo donde parten estos recuerdos con los años que venimos reseñando para nuestros benévolos lectores.

El que presenciado—nos dijo una noche el Coronel Hernández—actos de verdadero heroísmo entre nuestros enemigos españoles; pero éste que

voy a referir excede a todos y demuestra, además, el alto concepto que nuestra raza tiene de la nobleza y la hidalguía, que desde sus más remotos antepasados, ha sido su más notable característica.

Al General Rafael de Cárdenas,—a cuya brigada pertenecíamos—no le gustaba acampar más de seis días en el mismo sitio. Durante la campaña del 97 y del 98, recorrió más de veinte y treinta veces la provincia de la Habana que, como sabemos, fué la que le designó el General Máximo Gómez para desenvolver sus actividades. Con él no había «majaseo» posible. Bien es verdad que en la provincia de la Habana estábamos siempre con el «jolongo» preparado, y un pie en el estribo, a causa de la constante y numerosa persecución que nos hacían las columnas españolas, mandadas de ordinario, por sus más aguerridos y significativos coroneles y generales, entre otros, Navarro, Suárez Inclán, Jiménez Castellanos, Luque, Gasco, Calixto Ruiz, Manrique de Lara, Serrano, Jefes respectivos de los batallones de Zamora, Mérida, Tarifa, Pavía, Saboya, regimiento de caballería de la Reina el muy sonado de Pizarro etc. etc. que sostuvieron con Cárdenas, los encuentros de Güines, Río Seco, La Catalina, Río Hondo, Casiguas, Tapaste, Puente de Calderón, la Jata de Guanabacoa y otros que llenaron de gloria la hoja de servicios de aquel libertador tan valeroso como modesto.

En nuestras andanzas y recorridos por las Escaleras de Jaruco acampamos una vez, a principios del 98, a dos kilómetros escasos del poblado de Caraballo, donde había entonces una fuerte guarnición española del arma de caballería—regimiento de Pizarro—al mando del Comandante Ibaristi que pocos meses después murió en un reñido combate en Cabañas, provincia de Pinar del Río. Estábamos una mañana—continuó el Coronel Hernández—en la tienda del General Cárdenas—un bohío de vara en tierra—quien leía un número del periódico «Patria», que nos acababa de traer de Nueva York la última expedición, arribada a la playa de Canasí con armas, municiones, y cincuenta barriles de galletas y otros víveres, cuando observamos que venía hacia el campamento un soldado español escoltado por dos «avanzadas». Marchaba imperturbable en medio de

nuestras fuerzas, que le veían pasar con la mayor extrañeza mezclada al más regocijado y cómico asombro. El español calzaba botas pequeñas de caballería, de cuero negro. Vestía uniforme kaki claro y se tocaba con un ancho yarey, ceñido por una cinta roja. El arrastrar de su espuela sobre la yerba marcaba el ritmo compasado de sus pasos. Era intensamente trigueño, de pelo negro y no tendría más de veinticinco años.

—¿Y eso?—nos preguntamos.

—Al parecer un soldado español prisionero—nos respondimos.

El General Cárdenas saltó de su hamaca al oír nuestro diálogo y después de enfocarnos con sus gemelos a los dos mambises que avanzaban con el «detenido», salió del bohío para recibirlos y enterarse de lo que había pasado.

—¿Qué ocurre, muchachos?—les preguntó.

Uno de los «avanzadas» intentó referir el caso buscando las palabras que pusieran al General al corriente del inexplicable suceso hasta que el otro dijo al cabo:

—Este soldado, General, se presentó de buenas a primeras en las avanzadas, diciendo que venía a buscar a la «Pedrosa».

—¿La «Pedrosa»? ¿Y quién es la «Pedrosa»?—preguntó el General sumido en un mar de confusiones.

—La «Pedrosa» es, señor General—adelantóse a decir el propio soldado español, con la mayor tranquilidad y levantándose liberamente el sombrero en un rápido saludo respetuoso—una mula que está a mi cargo con las otras acémilas y que «s. ha escapao la muy indina», de nuestro campamento de Caraballo, hace unos días.

—¿Del campamento español de Caraballo?—inquirió el General Cárdenas, aumentando su asombro.

—Del campamento español de Caraballo—confirmó el soldado.

—¿La «Pedrosa»?...

—La «Pedrosa».

—¿Y tú veniste?...

—Y aquí estoy.

—¿Y tú cómo supiste que estaba aquí la «Pedrosa»?

—Confidencias, mire qué—contestó el mozo, cada vez más sereno.

—Bueno y ¿a qué vienes?

—A buscarla.

—¿Y a buscarla para qué?

—«Pa llevámela»—terminó el soldado, con un aplomo no visto.

Ante aquella salida, no pudo por menos que sobreír el General Cárdenas y desde luego, todos los que estábamos a su lado comprendimos que se trataba de un ignorante sin la menor malicia posible.

—¿No te habrán enviado—continuó preguntándole el General—como espía, para asegurarse que acampamos aquí?

—Ese no es mi asunto. Yo, a las acémilas, y ca cual a lo suyo, ¿no le parece?

—¿Son muchos allá?

—No menos que vosotros.

—¿De dónde eres?

—De Morés, provincia de Zaragoza.

—Aragonés.

—Y a mucha honra.

—¿Y te llamas?

—Paco Antúnez, «pa servir a usted», a Dios y al Rey.

—¿Y cómo vino hasta aquí esa «Pedrosa»?

—Rediez—exclamó el simpático «Maño»—eso habría que preguntárselo a ella.

—¿Saben ustedes—continuó el General dirigiéndose a varios mambises que se habían acercado curiosos—si han visto por ahí la mula que busca este hombre?

Chocolate

Bombones

Confituras

La Estrella

Los productos de LA ESTRELLA puros y frescos siempre, son la delicia de los niños y la garantía de los mayores.

—Hace días—contestaron—que vimos llegar una con el correaje destrozado; y por ahí anda.

En esto se oyó un fuerte relincho, y

(Continúa en la Pág. 16)

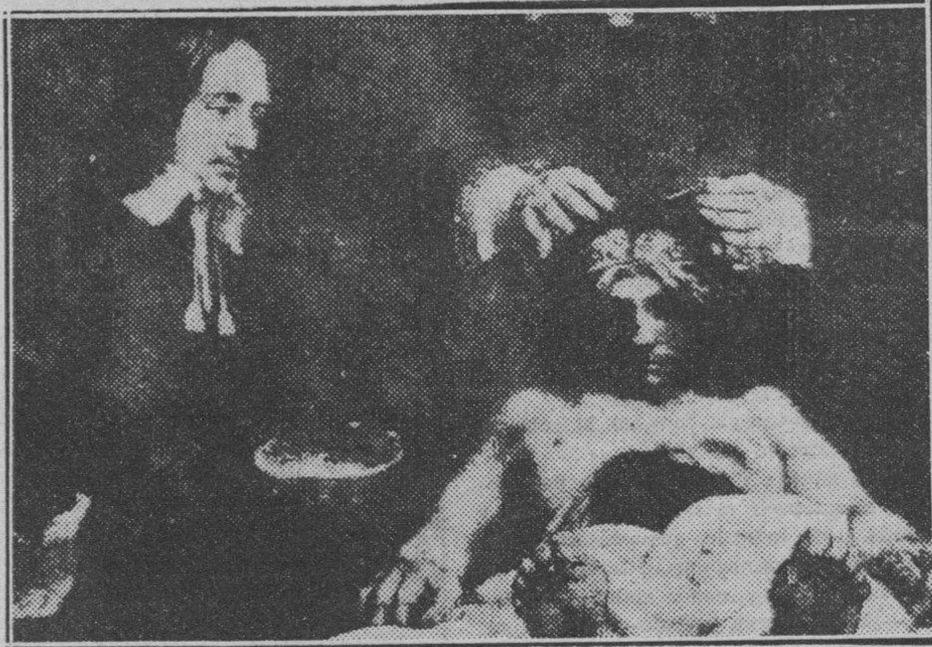
SE ha hablado —y no hace mucho lo hizo desde estas columnas un prestigioso colaborador— del enemigo de las estatuas. Lo vamos a hacer nosotros hoy del enemigo de los cuadros. Pero, con mayor apremio de tiempo y de espacio, no nos vamos a preguntar el extraño complejo que descubriría en él Freud ni vamos a aventurarnos, siquiera sea superficialmente, en ese complejo sugestivo. No es otro nuestro objetivo de ahora que el de ex-



El «Florero de Portland» comprado en las postrimerías del siglo XVI por el duque del mismo nombre en la cantidad, entonces fabulosa, de veinticinco mil pesos.

poner algunos casos de célebres atentados contra obras de arte, que demuestran la existencia de esa enrevesada mentalidad. Entremos, pues, en materia.

El 17 de febrero de 1931 un hombre— loco, decían las crónicas— la emprendió



«La anatomía del doctor Deymann», cuadro de Rembrandt, destruido a hachazos en el Ryksmuseum de Amsterdam por un tenedor de libros, al que, después de ser examinado, se reputó loco.

a hachazos con «La anatomía del doctor Deymann», el famoso cuadro de Rembrandt expuesto en el Ryksmuseum de Amsterdam, apreciado en un millón de pesos y destruido parcialmente con anterioridad, en 1723 a consecuencia de un incendio.

Tras grandes esfuerzos, el poseso fué dominado por la policía, e identificado, resultó ser un tenedor de libros llamado Anceaux, de 44 años de edad. Afortunadamente, el hacha con que cometiera la profanación se hallaba bien afilada y la valiosa pintura pudo ser reconstruida perfectamente, hasta el extremo de que las cortaduras quedaron invisibles.

En el mismo museo, y contra otro cuadro del mismo pintor —«La velada», una de las más célebres pinturas de Europa— cometióse, veinte años antes, otro atentado análogo, aun cuando con cierta explicación. Se trató de un joven cocinero de la marina real holandesa llamado



Impresionado por el realismo con que Repin captó el gesto de Iván el Terrible, al asesinar a su hijo y abrazar luego arrepentido su sangrante cabeza, un joven ruso destruyó el magnífico cuadro.

Asesinos de Museo

COMO SE REALIZARON LOS MAS CELEBRES ATENTADOS CONTRA OBRAS DE ARTE

cú. El gesto de Iván el Terrible, que después de asesinar a su hijo en un ataque colérico abraza arrepentido la sangrante cabeza del finado, fué captado en forma tan impresionante por Repin, que el joven ruso Balaschow, conmovido en todas sus vísceras ante el reflejo de tanta crueldad, se precipitó sobre la pintura presa de una furia homicida.

Y tenemos, por último, un nuevo exponente del enemigo de los cuadros. Es esta vez el mismo autor de la obra de arte, el que, insatisfecho de su propia concepción, la rompe en pedazos. Tal le ocurrió a Guillermo Leibl con «Los cazadores frutivos». Durante cinco años trabajó incesantemente en el famoso cuadro y, ya finalizado, le convenció tan poco la composición que lo cortó en cinco pedazos, los que se encuentran hoy en cinco diferentes museos de Alemania, su patria.

Con el célebre «Florero de Portland»,



«Cazadores furtivos», destrozado por su mismo autor cuando, al finalizarlo, después de cinco años de asiduo trabajo, consideró deficiente su composición.

una de las más preciosas obras del arte clásico decorativo, se produjo igualmente un caso que, si bien se aleja del radio del de los cuadros, reviste idénticas y trañas características que los anteriormente relatados.

Al final del siglo XVI fué encontrada esta joya artística de cristal azul con relieves blancos en un sarcófago de mármol, cerca de Roma. Lo compró entonces el duque de Portland en 25,000 pesos, su cifra «record» como valor de una obra de arte de esa naturaleza. El duque prestó al Museo Británico de Londres, donde fué destruido el 7 de febrero de 1845. Un empleado del museo, Guillermo Lloyd, en un ataque de rabia inexplicable, lanzó contra el florero una piedra rompiéndolo por completo.

Viejas Postales Descoloridas...

(Continuación de la Pág. 15)

el aragonés exclamó lleno de contento:

—¡Es ella! «¡M.ha olío!» «Asín pues, ya me la estais entregando; y asunto terminado ¡venga la «Pedrosa».

Alguien le indicó en este momento al General esa seña que se hace a espaldas de un preso para conducirlo y «despacharlo»; pero el General Cárdenas contestó en seguida:

—Nada de eso; que le traigan la «Pedrosa» y que se la lleve en el acto.

Cuando le trajeron la «Pedrosa», primero que hizo el mozo, después de agarrarla fuertemente por la collarera, fué arriarle «par de morrás, para que se ríase»; y cuadrándose después respetuosamente, ante el General Cárdenas, le esperó la orden para volverse con la mula:

—Usted dirá, General.

Mucho se habló del acto de valentía llevado a cabo por Luis Morote, el repeter de «El Liberal» de Madrid, cuando presentó una mañana en el campamento del General Máximo Gómez, en las Yllas, para hacerle una interviú. Pero Morote iba escudado en su calidad de periodista, jugándose la vida a sabiendas de un cambio de una gloriosa popularidad, tras un éxito de prensa que redundaría en provecho de su carrera. En cambio el humilde y oscuro soldado al dar aquel paso, sólo contaba con la razón de su nobleza, que para él latía en el pecho de todos los hombres de su propia raza como en el suyo.

A la pregunta respetuosa del maño General Cárdenas le contestó al instante:

—Puedes marcharte y volverte en seguida a tu campamento con tu mula.

Pero, antes que lo hiciera:

—Díme—le interrogó—¿Tú no tienes miedo de que al llegar aquí te entran a tiros los mambises?

—¿Miedo de qué?—contestó el soldado levantando la tostada faz con arrogancia.—Yo he venío aquí de caballero a caballero, los tiros, «pa» cuando nos encontramos en la manigua.

Y dicho esto, montó con la agilidad de un experto soldado de caballería sobre «Pedrosa», hizo el saludo de ordenanza, picó espuelas y cantando una copla de turra, se volvió tranquilamente a su campamento de Caraballo.

Compre Mañana NOTICIERO del LUNES

FUERA DE TODA LEY

Este es el sexto de una serie de relatos apasionantes escritos por la famosa exploradora y novelista inglesa Rosita Forbes, en el que describe el caso de un militar que buscó olvido para su decepción amorosa en lo más intrincado de la selva africana, y a quien la Guerra Mundial proporcionó un final glorioso, devuelto por el destino a la mujer que lo había llevado a la locura.

POR ROSITA FORBES

VI

EL MAGO DE LA TIERRA AZUL

MUCHAS cosas raras ocurren en África. El hechizo de esa tierra es más fuerte que cualquier droga, y, además, sabe mantener bien oculto su secreto. Pero hace muchos años yo logré descubrir uno de ellos.

Desembarqué en Durban, con un pasaje de ida y vuelta y 60 libras esterlinas en mi bolsillo. La mayor parte de mi dinero se consumió en la compra de un caballo, de un revólver que no sabía usar y otros artículos que estimé indispensables con vistas a mi viaje hacia el norte. Cuando inicié la jornada, tuve que dormir en campamentos de policías y ex-poblados nativos, escoltada algunas veces por un jefe amigo, un agricultor o un contingente de tropas locales. De ese modo al fin me encontré en las márgenes del río Buffalo.

Un policía montado había insistido en acompañarme desde el último puesto, y recuerdo que tuvimos alguna dificultad para vadear el río. Las sombras se iban alargando cuando comenzamos a remontar el valle situado bajo el ala sin-estra del cono Isandhwana. Un pájaro extraño imitaba los chillidos del loco solitario — quien una patrulla había encontrado, herido y medio desnudo. —Hay un misionero por esta dirección —explicó el policía. —Tendremos que campar con él esta noche.

Durante una hora más, hicimos nuestro camino dificultoso, sobre un terreno lleno de toda clase de matorrales. Y poco antes de la puesta del sol, llegamos a la misión, que consistía de un par de cabañas de barro en un bosque de corpulentos árboles. Un individuo, alto y joven, vestido de kaki vino a recibirnos. Se mostraba cortés al par que preocupado. Mientras acariciaba el cuello de mi caballo se dirigió hacia el policía que me acompañaba, y le dijo:

—No creo que debo permitir que se quede aquí esta noche. Es luna llena.

—Bien, ¿y qué? —respondió mi com-



pañero disponiéndose a desmontar.

—Espero dificultades —expresó el misionero con gesto de desmayo.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que los zulú han estado decorando mis plantaciones de gresellas con emblemas significativos.

Los ojos de los dos hombres se encontraron y el policía se puso a silbar.

—¿De manera que esas tenemos?

No lejos, un tambor había comenzado a batir. Su ritmo era tan monótono, que apenas si me di cuenta de ello.

—Suena como si hubiera ocurrido algo en el villorrio —continuó. —Tal vez sea una gran cosa que hayamos venido. Un par de revólvers no están de más aquí.

Pero el misionero intervino con decisión:

—Esto lo voy a arreglar yo sólo. Muchas gracias. No se derramará sangre.

—Exceptuando la suya... —aventuró el policía.

El joven alto sonrió:

—Me atrevo a decir que sabré evitarlo pero ustedes deben partir antes de que cierre la noche. Si se dan prisa pueden llegar hasta la casa del Mago. Les dará que beber y se sentirán seguros allí. No quiero parecer huraño, pero...

Agarró mi caballo por la brida como para guiarlo hacia adelante, y yo me di cuenta de que todas mis protestas serían inútiles.

El policía, sin embargo, se bajó de su

cabalgadura y por unos momentos los dos hombres hablaron en un lenguaje que yo no podía comprender. Luego el misionero, todavía sonriendo, nos guió por la vereda que conducía hacia arriba.

Partimos y poco después estuvimos ante una villa nativa desierta. Las cabañas redondas de barro, techadas con barda, daban la impresión de hongos. Nada podía ser menos siniestro, pero el sonido del tambor, ahora más alto e insistente, producía un curioso efecto en mis nervios. Creo que apreté el brazo del misionero, que nos había acompañado hasta allí, y los dos le suplicamos que continuara con nosotros. Pero se echó a reír sin sombrero, quemado por el sol de manera increíble, hasta el punto de que sus ojos parecían más claros que su piel. Nos dijo:

—No me pasará nada. Es mi deber, como ustedes saben. No puedo abandonarlo.

La noche africana vino tan rápidamente, que parecía como si una manta se hubiera colocado sobre nuestras cabezas. En la oscuridad, llena de polvo de estrellas, la curiosidad me fué venciendo poco a poco, y obtuve de mi compañero una descripción de la ceremonia zulú, que no hubiera podido mejorar la más fértil imaginación. Dicho de manera corta era lo siguiente: cuando se escogía una víctima porque se oponía a los manejos del Mago de la comunidad o porque la villa estimaba que había tenido ya bastante civilización y necesitaba una or-

gía de las de su clase, se le advertía de lo que le esperaba, colocando en los esta noche, ¿por qué no lo hizo venir con nosotros?

—¿Hacerlo venir? —contestó el policía. —Hubiera sido lo mismo que tratar de traernos a un árbol o a una montaña.

Al fin llegamos a la cabaña que buscábamos. El agente de la autoridad llamó a grandes voces, pero no obtuvo contestación.

—El individuo que vive aquí, es un poco raro —me explicó mientras desmontaba. —Lo llamamos el Mago, porque nadie sabe su verdadero nombre. Se ha hecho a las costumbres nativas, pero todo el mundo ignora lo que fué antes.

Después de muchos golpes dados a la puerta y de muchas llamadas de todas clases, un parpadeo de luz apareció en la puerta de una de las varias chozas que se agrupaban junto a la mayor, y un hombre se hizo visible en ella. Estaba tan delgado, que sus huesos parecían unidos solamente por la piel. Nos dió la bienvenida en monosílabos, y al fin trajo unas colchonetas en las que debíamos dormir. Más tarde nos proporcionó una comida, y mientras permanecíamos sentados alrededor de una mesa que tenía una pata rota, tuve la oportunidad de estudiar su rostro tostado de sol, coronado por un pelo revuelto e hirsuto, que parecía la cola de un cometa.

Hablamos, y yo me deshacía los sesos especulando sobre el origen de nuestro anfitrión. Tenía algo de levantino o de holandés.

Recibí con incertidumbre el inesperado anuncio del policía, que me dijo:

—No tengo más remedio que retornar a ver si le ocurre algo a ese misionero. No puedo dejarlo solo frente a las atrocidades de esos demonios.

Por supuesto, me ofrecí a ir con él. Me parecía menos peligroso que quedarme sola con aquel hombre casi inarticulado que me miraba con una intensidad concentrada que me causaba disgusto. Sin embargo, discutir con cierta clase de ingleses, cuando han tomado una resolución, es perder el tiempo.

Unos minutos después, el policía avanzaba por el camino que habíamos traído, montado en un caballo a todas luces cansado. Y yo preparaba un lecho con unas colchonetas colocadas en el suelo y unas almohadas que estaban excesivamente sucias. Mi anfitrión trajo un pedazo de vela y un jarro lleno de agua, en el que nadaba una alocada cucaracha. Sus movimientos eran lentos y cuando me entregó todo lo que creyó me era indispensable, salió de la choza tan penosamente como si hubiera llevado encima una carga tremenda.

Me pareció que mi habitación había sido ocupada recientemente por las gallinas del Mago. Un rayo de luna penetraba por un agujero del barro, haciendo notar la condición de la frazada. No deseaba dormir en ella, de manera que no teniendo otra cosa que hacer, comencé a observar todo lo que había en la estancia. Insectos enormes salían de entre el polvo y uno de ellos, al asustarme me hizo tirar una caja que había pensado utilizar como tocador. Gran número de fotografías amarillentas surgieron de ella, fotografías que daban la impresión de no haber sido tocadas en muchos años. Al recogerlas me di cuenta de que una reproducía un grupo militar. Aquello

(Continúa en la Pág. 28)

El Hombre se arrojó ante el Becerro de Oro. Y lo adoró. Llegó a creer un día que era su dueño y señor. Y siempre fué su rendido esclavo. Le dió en sacrificio la sangre del prójimo. Le dió la sangre de su hermano. Le dió también su propia sangre y su propia muerte.

Desde tiempo inmemorial, el hombre sufre una enfermedad terrible e incurable. El oro es su aventura, su sueño, su ambición. Se lanza a la conquista del oro con todas las fuerzas ciegas ancestrales. Su deseo es una fuerza oculta, fuerza motora que mueve todos sus impulsos. Sufre, odia, mata. No reconoce al semejante. Niega su sangre. Con el peso de la maldición eterna —«¡Caín, Caín, qué has hecho de tu hermano!»— en libertad sus instintos primarios, el hombre se lanza en pos del codiciado metal.

Es en el Nilo, o a orillas del Eufrates, hace seis mil, siete mil años. El hombre busca el oro entre las arenas del río. Como brillan las partículas áureas, brilla la fiebre en sus ojos.

Pero ¿por qué ha elegido el Becerro de Oro para adorarlo? ¿Cómo descubrió el hombre la primera veta de oro? ¿En qué río halló la primera pepita? ¿En qué tierras de aluvión encontró los primeros trozos del amarillo metal? Todo eso pertenece al misterio, a lo desconocido. A lo que nunca se sabrá. Sólo sabemos que hace miles de años el hombre se hallaba dominado, como en 1500 en América o en 1870 en California y Australia, por la ansiedad del oro, llevada hasta la locura.

El hombre, miles de años atrás, buscaba el oro en los lechos de los ríos y lo buscaba también en las entrañas de la tierra.

¡Un millón de kilos de oro por año!

Hace cinco mil años, una ley egipcia fijaba el valor del oro en dos veces y media más que el valor de la plata pura. Pero, ¿el valor del oro disminuyó a medida que aumentaba la producción? Probablemente, seguramente, sí. Y si el hombre llegara a hallar el oro al alcance de su mano, si se descubrieran minas de oro como de carbón, la desvalorización sería total.

Pasaron muchos siglos antes de que el hombre pudiera explotar el oro escondido en las montañas. Carecía de medios para hacerlo. ¿A cuánto alcanzaría la producción de oro en esas épocas remotas? Apenas si llegaría a un centenar de kilos. Actualmente, la producción de oro en el mundo alcanza una cifra que jamás el hombre hubiera imaginado: ¡Cerca de un millón de kilogramos de oro por año!

Oro en América

El descubrimiento de América inició una nueva y formidable aventura. El hombre entrevió una incalculable riqueza escondida y corrió a buscarla. Para adueñarse de ella, dió su vida. Perú, Brasil, Colombia, fueron las tierras pródigas para los conquistadores. Aventureros, bandidos, condenados a galeras, héroes desconocidos, navegantes, soldados, miserables, nobles sin blanca, todos, en un solo haz, ¡a la conquista del Velloco de Oro!...

Junto a cada veta, y a orilla de los ríos, quedaron sus huesos. Todo lo que poseían lo dieron a la tierra que guardaba el secreto del oro.

Un siglo después del descubrimiento de América, el mundo producía alrededor de 7,000 kilos de oro por año.

Estadísticas

Según las estadísticas conocidas, la producción aurífera de Rusia, que data del año 1741, llegó a ser de 30,000 kilos por año. En 1917 bajó considerablemente pero luego fué aumentado, hasta dar en 1935 nada menos que 150,000 kilos de oro.

En los Estados Unidos, desde 1847 hasta nuestros días, se han producido 7,000 toneladas de oro. Y en Canadá alrededor de 1,500

En el Nilo, en el Eufrates, continúa la búsqueda de oro, como hace seis mil años. El río sagrado duerme sobre un lecho de oro...

La locura del oro

Pero no hay aventura más terrible que la de California. Cuando en las tierras de Juan Augusto Sutter —«La Nueva Helvecia»— en «un golpe de pala fatal», como dice Zweig, un carpintero vió brillar entre la arena muchos granos amarillos, una fiebre espantosa se apodera de los hombres.



Cada una de esas bolsitas encierra una regular fortuna en oro. No es de extrañar por ello la atención con que los policías observan la escena...

Cada año arrancan a la tierra un millón de kilos de oro

DESDE QUE SE DESCUBRIÓ LA PRIMERA VETA,
O SE HALLO LA PRIMERA PEPITA EL HOMBRE
NO HA DESCANSADO EN SU DELIRANTE
BUSQUEDA

Por ADOLFO BECHER

—¡Oro!... ¡Oro!... ¡Oro!... ¡Oro!...

La palabra mágica brota de todos los labios. Se encienden las pupilas. Se arrebatan los rostros.

—¡Oro!... ¡Oro!... ¡Oro!... ¡Oro!...

Sutter presiente que en ese oro se precipitará su vida. Presiente que «perderá asfixiado en su propio oro, como el rey Midas». Y así fué.

Cien buques zarparon de Nueva York, cargados de aventureros. De Europa, de todos los países de Europa, hasta de la lejana Rusia, los aventureros se lanzan a la conquista del oro. Arrasan con todo. Barren con Sutter. Muere «La Nueva Helvecia» y se levanta una ciudad: San Francisco. Una ciudad sobre cimientos humanos. Cráneos, huesos, cadáveres, muerte horrible. Es la ciudad nacida de la fiebre del oro, de la aventura y del crimen. Hordas internacionales la invaden. Se establece una ley brutal: la ley del más fuerte. Brota la flor del vicio. Hasta que un día... todo se acaba. Y la tierra rechaza en forma terminante y definitiva a los aventureros que la pobla-

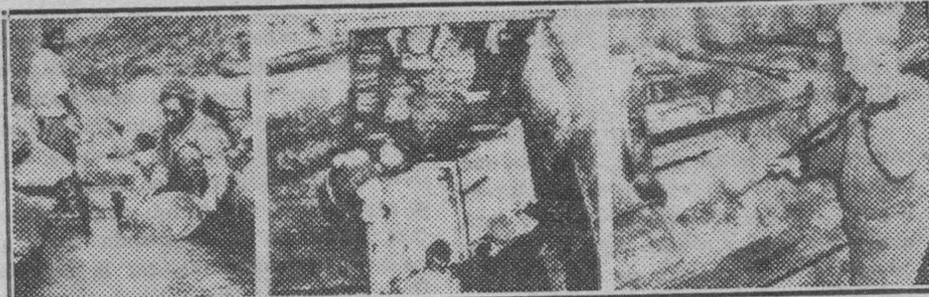
ban y escarnecían. Se resquebraja. Cae la ciudad en violentas convulsiones. Las llamas, con su poder devastador, la purifican.

Pero el hombre no aprende. Y la búsqueda continúa, aunque sofrenada la violencia primitiva por exigencias de la civilización.

El hombre busca el oro en sus vetas, en los lechos de los ríos y en todas partes. Todo se convierte en oro. Petróleo es oro. Guerra es oro. Vidas humanas sacrificadas, es oro.

El hombre sigue adorando al Becerro de Oro. Los cresos modernos son poderosos. Creso, el verdadero, al lado de ellos, con todas sus riquezas, no pasaría de ser un pequeño burgués o un rico vulgar.

Mientras el hombre adora al Becerro de Oro, no podrá librarse de la maldición bíblica que pesa sobre él por los siglos de los siglos: «Caín, Caín, qué has hecho de tu hermano!...»



Lavadores de oro en plena labor. Al igual que hace miles de años, las áureas partículas siguen reflejando la fiebre en los ojos del hombre que las busca.

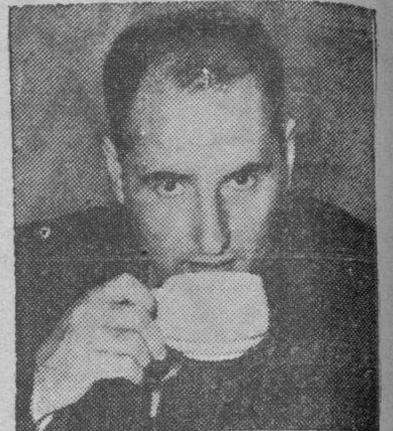
El precioso metal cruza muchas veces, con diferentes destinos, océanos y mares. He aquí un grupo de obreros acondicionando los lingotes de oro en la bodega de un barco.

Un fundidor de oro sorprendido por el fotógrafo en lo más delicado de su tarea. El horno en que se realiza la operación y el oro correspondiente pertenecen al Banco de Filadelfia.

No Pudo ENTRAR en E. UNIDOS UN Escritor Comunista

EN 1903, cuando John St. Lee Strachey, director del periódico conservador «London Spectator», visitó los Estados Unidos, fué huésped de la Casa Blanca, entonces ocupada por el presidente republicano Teodoro Roosevelt. En 1938, cuando su hijo John Strachey, —escritor marxista de Londres— arribó también a la libre América, las autoridades inmigratorias de Ellis Island lo reclaman y el presidente Franklin Delano Roosevelt se lava las manos, ocupado en otros problemas de gobierno más importantes.

A Mr. Strachey se le ha negado la entrada en la pródiga tierra norteamericana, porque al dirigirse al consulado de los Estados Unidos en la capital de Inglaterra para obtener el visa, aseguró que no era miembro del partido comunista.



El escritor comunista inglés John Strachey, finalizando su desayuno a bordo del trasatlántico «Normandie».

ta inglés, e investigaciones posteriores de los funcionarios consulares descubrieron que sí lo era, por lo que se dirigieron al Departamento de Estado de Washington informándole que el visa en cuestión que daba cancelado. Parece que el cónsul había informado a Mr. Strachey que no debía abandonar Inglaterra mientras su oficina no terminara la investigación que estaba practicando, a pesar de lo cual el escritor marxista arriesgó el viaje.

Mr. Strachey, que tiene 37 años y está considerado como el líder intelectual de todos los comunistas de habla inglesa, ha negado con toda firmeza que sea miembro del partido comunista inglés o de cualquier otra nacionalidad. Sin embargo, el hecho de que esté registrado o no en las filas de los marxistas más exaltados, viene a ser de poca importancia si se tiene en cuenta que es el autor de los libros «La Teoría y Práctica del Socialismo», «La Batalla Inevitable por el Poder» y otros volúmenes bien conocidos.

A toda la persona que propugna el cambio de la forma de gobierno de los Estados Unidos mediante el uso de recursos violentos, le está prohibida la entrada en el territorio nacional. Y Mr. Strachey no sólo comulga con la idea de la violencia, sino que procura llevarla al cerebro de los ciudadanos.

En realidad ni a Mr. Strachey ni a las organizaciones que patrocinaron su nueva visita a Norteamérica con propósitos propagandistas, les debe haber extrañado la resolución de las autoridades inmigratorias. Mr. Strachey se proponía en esta ocasión realizar un ciclo de conferencias semejante al que emprendió en 1935, cuando su labor quedó interrumpida por la rápida salida del escritor hacia el viejo mundo.

Tal vez a Miss Perkins, la actual Secretaria del Trabajo cuya benevolencia hacia los marxistas es bien criticada, le hubiera gustado intervenir en favor del radical inglés. Pero el caso ha quedado fuera de su jurisdicción toda vez que el motivo que impide la entrada de Strachey en los Estados Unidos es la ausencia de visa. La que le fué concedida en Londres quedó posteriormente cancelada, y ahora para ser admitido en el país tendrá que obtener otra. Una gestión que, a juzgar por todos los síntomas, le va a resultar imposible y tendrá que volver a su tierra.

ECIENTEMENTE el «World Telegram», diario vespertino de Nueva York, publicó en primera plana un breve artículo titulado del modo siguiente:

HOY NO HUBO VUELOS TRASATLANTICOS

unque escrito, desde luego, en tono serio, es de notar la significancia de este párrafo en vista de que no ha sido sólo las personas más perspicaces llamadas «visionarias» se hubieran atrevido a aseverar que dentro de poco existía un servicio aéreo de pasajeros y comercio por el Atlántico del Norte.

ando Lindbergh hizo su famoso e inabarcable vuelo desde Nueva York a París, el mundo entero aclamó su proeza, también hubo quien dudara que su éxito tuviese valor práctico. «Gran hazaña», decía la mayoría del público, «pero, ¿qué vale?».

cabado de cuatro años, o sea en el verano de 1931, Lindbergh otra vez volaba por el Atlántico del Norte. Esta vez mandando el avión «Sirius», el aeronauta norteamericano ponía en práctica la experiencia que adquirió en su primer vuelo. Lindbergh, contratado como experto en aeronavegación trasatlántica por la Pan American Airways, hacía un vuelo de exploración e investigación científica para determinar la ruta que más tarde los aviones norteamericanos y de otras naciones habían de seguir.

des de terminar Lindbergh este serioso vuelo que lo llevó a dar la vuelta por el Atlántico del Sur hasta Islandia, la Pan American Airways había enviado dos expediciones meteorológicas a Groenlandia e Islandia, para complementar la obra de Lindbergh. En este modo comenzó el primer capítulo en lo que toca a la aeronáutica comercial por avión—de lo que bien puede llamarse «La epopeya aérea del Atlántico del Norte», pues a juzgar por lo que significa este empeño para el adelanto del mundo, sólo puede compararse con los más trascendentales descubrimientos y arriesgadas exploraciones de la historia. La travesía en que Colón tardó más de un mes pronto podrá hacerse en 24 horas a bordo de uno de los nuevos «Clippers», esos aviones de mayor tamaño que las carabelas del intrépido navegante.

ta llevar a esta etapa en la historia de la transportación, los aeronautas de cuatro naciones han trabajado febrilmente durante los últimos dos años. Siguiendo la ruta marcada por Lindbergh en su vuelo, la Pan American, los aviadores alemanes de Lufthansa hicieron dos vuelos de ida y vuelta en 1936 a bordo del «Zeppelin» y el «Aeolus». El verano pasado realizaron estos vuelos experimentales usando los aviones «Nordmeer» y «Nordstern», que fueron lanzados por medio de catapultas a bordo del vapor «Schwabens» en Horta, Azores, y el «Friesland» en la bahía de Nueva York.

verano los alemanes reanudaron sus experimentos y exploraciones trasatlánticas con mayor empeño. Utilizando el «Nordstern», además del «Nordmeer» y el «Norwind» planearon catorce vuelos de ida y vuelta por la misma ruta durante el verano anterior. Para mayor realidad en su empresa, el aeroplano de cuatro motores «Brandenburg», logró con todo éxito un vuelo sin etapa de Berlín a New York y retorno al lugar de partida.

semejante actividad han mostrado los ingleses—o sea la Imperial Airways, que es una empresa respaldada por el gobierno británico. El verano pasado dos aviones de la «Imperial»—el «Cambria» y el «Caledonia»—terminaron cinco vuelos de ida

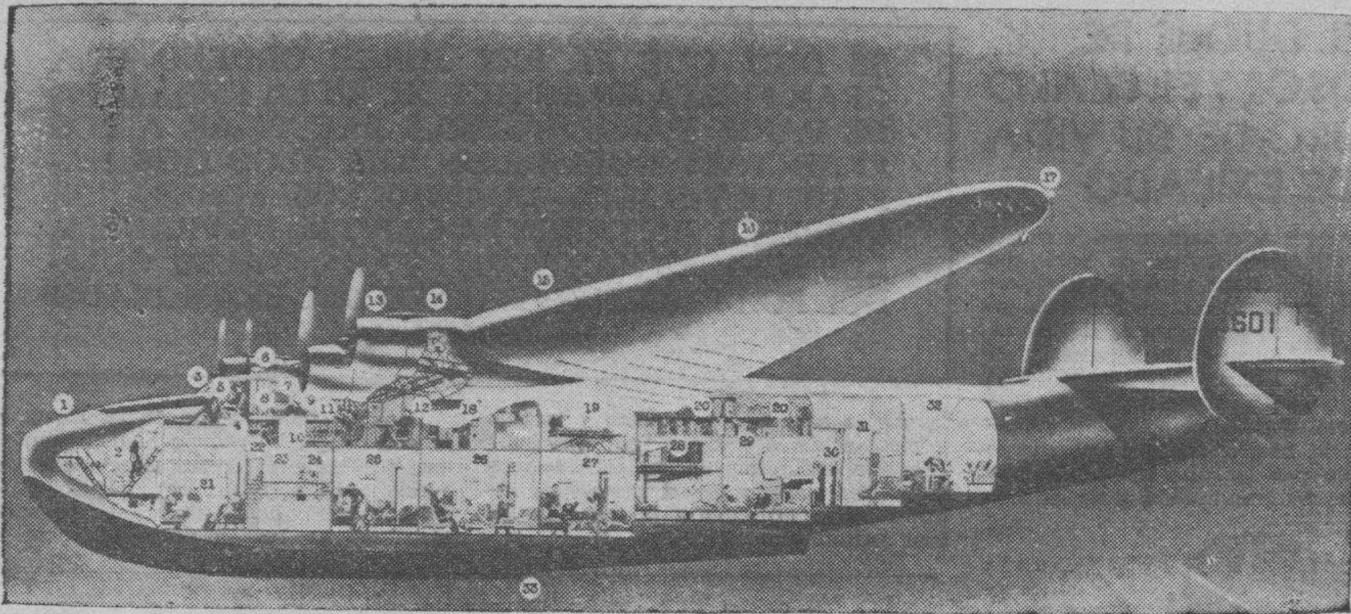


Diagrama del interior del gigantesco «Boeing» que se utilizará para el servicio trasatlántico del norte: (1) Escotilla del ancla. (2) Compartimiento de marina. (3) Puente, con el mando de vuelo. (4) Primer piloto. (5) Subpiloto. (6) Antena del radio direccional. (7) Compartimiento de navegación. (8) Puesto del oficial de radio. (9) Cabina de mapas. (10) Gabinete de mapas, biblioteca, bombas de deriva, luces e instrumentos de navegación. (11) Oficial ingeniero, mando de motores y vuelo. (12) Oficina del capitán. (13) Motores Wright, tipo «Cyclone», de 1,500 H. P. cada uno y hélices de velocidad constante. (14) Puesto del mecánico en el ala. (15) Luces de aterrizaje. (16) Envergadura del ala: 56.3 metros. (17) Luces de nave-

gación. (18) Escotilla de carga. (19) Cabinas de tripulación. (20) Equipaje. (21) Compartimiento de pasajeros: 10 personas. (22) Escalerilla del puente. (23) Lavabo para caballeros. (24) Cocina en que caben dos cocineros y que sirve para alimentar a 85 viajeros. (25) Otro compartimiento para 10 personas. (26) Comedor de 15 pasajeros. (27) Cuarto para otros 10 pasajeros, con un sillón litera. (28) Cuarto para otros 10 pasajeros, con un sillón litera. (29) Quinto compartimiento: 10 pasajeros. (30) «Boudoir» para damas. (31) Sexto compartimiento. (32) Salón. (33) Bodega auxiliar.

ENORMES AVIONES de pasajeros iniciarán en BREVE LA RUTA DEL ATLANTICO NORTE

EL VIAJE EN QUE COLON INVIRTIO 70 DIAS, SE HARA EN BREVE EN 24 HORAS USANDO «CLIPPERS» DE MAYOR TAMAÑO QUE LAS CARABELAS. HAY A LA VEZ COMPETENCIA Y COOPERACION ENTRE LA PAN AMERICAN NORTEAMERICANA, LA IMPERIAL AIRWAYS INGLESA, LA LUFTHANSA ALEMANA Y LA AIR FRANCE GALA. LINDBERGH MARCO EL CAMINO A LOS NUEVOS NAVEGANTES DEL ESPACIO

y vuelta por la ruta Southampton-Foynes - Botwood - Montreal - Port Washington (Nueva York). Este verano la Imperial presentó al mundo el extraño experimento aeronáutico del avión «Mercury» que fué montado sobre otro avión, el «Maia», y luego, desprendiéndose del

avión «madre», se lanzó en vuelo sin escala hasta Montreal y de allí hasta New York. Al cabo de unos cuantos días, sin la carga de periódicos y muestras de mercancía que lo obligó a utilizar el empuje del «Maia» para tomar vuelo por su propia cuenta en Foynes, el «Mercury» re-

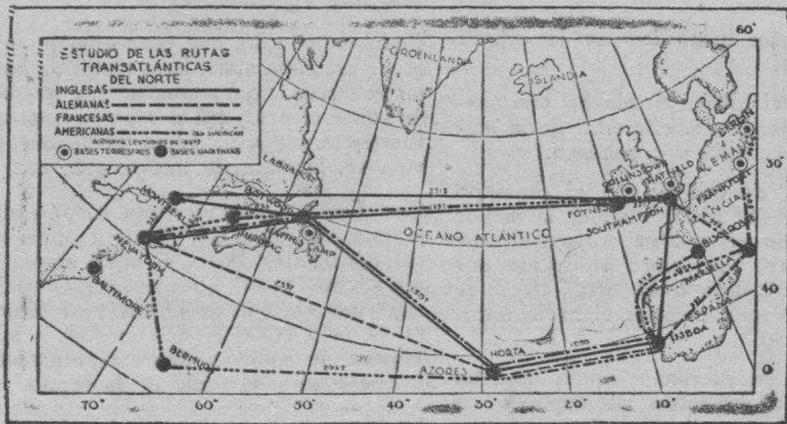


Gráfico que muestra las rutas que siguieron los aeronautas de la «Pan American», «Lufthansa», «Imperial Airways» y «Air France» en los vuelos experimentales durante los dos últimos veranos.

gresó a Southampton via Montreal, Botwood y Horta.

El programa de la Imperial para el resto del verano ha sido retardado por el accidente que sufrió el aeroplano Albatross recientemente, al quebrarse en un vuelo de prueba debido a la carga excesiva que llevaba para probar su resistencia. Sin embargo, el «Cabot», también del tipo «Empire», hará dos vuelos este otoño.

El proyecto experimental francés, a cargo de «Air France Transatlantique», comprende seis vuelos entre Biscarosse, aeropuerto francés, y Nueva York. Hasta ahora el único vuelo de esta índole que la Air France ha llevado a cabo es el del inmenso avión de seis motores, «Lieutenant de Vaisseau Paris», que anteriormente visitó los Estados Unidos después de un vuelo por el Atlántico del Sur. Mientras tanto Air France ha concentrado su estudio de la ruta trasatlántica del norte por medio del vapor «Carimare», el cual permaneció varios meses en el Atlántico con el objeto de que los científicos franceses hicieran una investigación minuciosa de todas las condiciones meteorológicas concernientes a la aeronavegación en esta parte del océano.

La Pan American no tuvo vuelos experimentales este verano por la sencilla razón de que esta empresa, habiendo tomado la iniciativa en el proyecto del servicio aéreo comercial por el Atlántico del Norte, ya está lista para comenzar el servicio una vez que sus aviones «Boeing» estén listos y los aeropuertos en el extranjero debidamente preparados. La preparación rápida de la Pan American se explica en que sus técnicos y miembros de tripulación ya han tenido nueve años de experiencia en la aeronavegación—que dista mucho en todo aspecto técnico de la aeronáutica sobre tierra. El vuelo desde Kingston, Jamaica, hasta Barranquilla, de unas 600 millas, fué durante cinco años—hasta comenzar el servicio aéreo transpacífico, también de la Pan American—la ruta más extensa sobre mar que haya seguido cualquier empresa aérea del mundo.

(Continúa en la Pág. 26)

EL DUQUE DE WINDSOR Y EL CLARO OSCURO DE SU VIDA DE EXILADO

HACE unos meses la embajada inglesa en París, dió una gran comida o banquete oficial, en honor de los ex-soberanos de Inglaterra, Eduardo de Windsor y de su esposa norteamericana Wallis Warfield Simpson. Aquel acontecimiento congregó en la embajada a los más altos dignatarios de la nación francesa, al cuerpo diplomático y a las más relevantes personalidades del gran mundo. Y de ese mo-



EL DUQUE DE WINDSOR
(Caricatura de Robles)

do, el antiguo y popular Príncipe de Gales, por algún tiempo sumido en la sombra, volvió a surgir a la luz...

En los últimos tiempos, tal ha sido la vida del soberano que renunció al trono más poderoso del planeta, para casarse con una plebeya otoñal, dos veces divorciada. Un continuo claro oscuro que los que conocen la vida apacible del antiguo príncipe trota mundos, se empeñan en vestir también de tonalidades de rosas.

Los parisinos murmuradores, tuvieron una explicación para la actitud oficial de Inglaterra, que había llevado al duque de Windsor a una de sus periódicas resurrecciones: el rey Jorge VI se había enterado del vacío que el gran mundo le estaba haciendo a su hermano, y quiso recordarles a los olvidadizos franceses que seguía corriendo por sus venas la sangre intensamente azul de la reina Victoria.

Aquella solemnidad vino a ser un acto de desagravio al duque, que había tomado el camino de Italia cuando su augusto hermano, al antiguo duque de York, visitó en unión de la reina, la capital de Francia. ¿Por qué se había impuesto el ex-rey, el voluntario exilio, cuando los soberanos realizaron su primer viaje fuera de los dominios imperiales? También las gentes murmuradores tuvieron una explicación para la inesperada partida: los reyes se había negado a recibir a la duquesa y Eduardo, a su vez, había rechazado las posibilidades de una entrevista con su hermano y con su cuñada, ni siquiera secreta. El duque, cuyo amor y veneración hacia su esposa, sigue dando por descontado, se ha negado a entrevistarse con cualquiera de los miembros de la casa real de Inglaterra, como no sea en presencia de su esposa, la antigua bella de Baltimore.

El nombre del ex rey volvió a sonar recientemente, cuando una guerra entre Alemania y la alianza franco-inglesa, pareció inminente. En los días en que el conflicto checo-germano hizo aparecer clamar a Eduardo en el caso de que se sobre el horizonte de la vieja Europa la sombra de los cuatro jinetes del Apocalipsis, se habló de que el deber iba a reiniciar las hostilidades. Como almirante de la armada británica, el duque debía reincorporarse a la patria y a sus deberes militares. ¿Cuál podía ser entonces el «status» de la duquesa? ¿Produciría la guerra una reconciliación entre

SE DICE QUE EL REY JORGE ORDENÓ UNA GRAN FIESTA EN SU HONOR, EN LA EMBAJADA DE PARÍS, PARA HACERLE RECORDAR A LOS FRANCESES MURMURADORES, ALGO QUE HABÍAN OLVIDADO.—CUANDO LOS SOBERANOS INGLESES VISITARON LA CAPITAL DE FRANCIA, LOS DUQUES PARTIERON PARA ITALIA, GUIADOS POR EL RESENTIMIENTO DEL ENAMORADO EX MONARCA

la sangre azul de los Windsor y la roja y plebeya de la antigua Mrs. Simpson? ¿Serviría esa reconciliación para fomentar en las masas norteamericanas un espíritu bélico favorable a la causa de las Islas Británicas?

Pero pasado el peligro, Inglaterra parece olvidada de su príncipe, aqúel príncipe que los ingleses habían venido considerando como el futuro rey, que conduciría al imperio hacia una nueva cima de grandeza. Lo habían preparado para el

cargo, y confiaban en su sabiduría y su experiencia. Cuando el amor hacia la extranjera plebeya lo llevó a abdicar el trono, sus súbditos lo consideraron como un perjuro, y procuraron ahogar en el corazón, todo el cariño que sentían hacia él.

Se ha hablado repetidamente de la posibilidad de que los duques de Windsors decidieran fijar su residencia en los Estados Unidos. Se asegura que dentro de poco emprenderán viaje a Norteamérica, y no retornarán más a la vieja Europa, donde unas gentes cargadas de prejuicios, no entienden el lenguaje del corazón. Pero todo ello no pasa de ser habladurías...

Mientras tanto, la vida del ex-monarca sigue transcurriendo en un claro-oscuro del olvido y de recuerdos, matizada por todos esos pequeños incidentes que provocan la murmuración de los franceses...

Una Nueva Gloria para sus Cabellos



Es increíble lo fácil que resulta ahora revelar esa belleza natural que existe escondida en los cabellos femeninos, obtener esa cabellera radiante que toda mujer anhela... Sorprende lo sencillo que es realizar ese ensueño dormido...

Simplemente, basta lavarse la cabeza con Drene.

Drene es el producto que ha provocado este milagro embellecedor de la manera más sencilla y económica.

El lavado de cabeza con el shampoo Drene no sólo logra eliminar la menor partícula de polvo o de caspa sino que destruye ese viso mate producido por el uso del jabón o de otros tipos de shampoo y que empaña el brillo natural del pelo.

Drene es un producto líquido que no tiene nada de jabón ni tampoco de aceite. Y, sin embargo, al menor contacto con el agua, con la más sencilla

frotación sobre el pelo, produce una deliciosa espuma que es la que al actuar descubre todo el encanto natural de los cabellos, ese brillo, ese lustre, que hasta ahora era opacado con el uso de cualquier clase de jabón o de cualquier otro tipo de shampoo.

Toda mujer sabe que para eliminar algo de esa capa mate, para tratar de quitar esa sensación jabonosa que quedaba sobre el pelo, era necesario emplear fuertes enjuagues, como el limón, el vinagre, la clara de huevo, etc., etc.

Con Drene no se necesita ningún enjuague especial. Ni siquiera agua tibia o caliente. Basta el agua limpia y abundante para que desaparezca la riquísima espuma de Drene y se sienta en el pelo como si una sustancia milagrosa le hubiera dado rápidamente la suavidad y el brillo de la seda.

Su potencia limpiante y su poder embellecedor es algo original que sólo

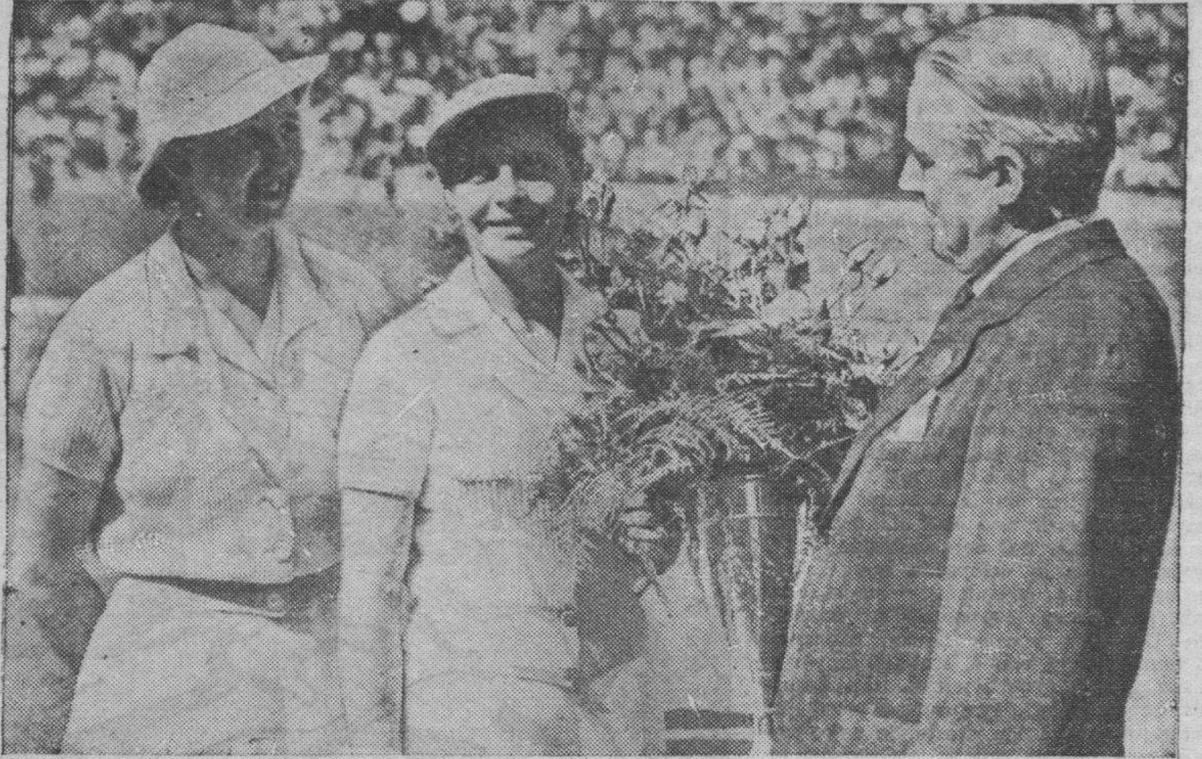
posee Drene. Es tan diferente a todo lo que se ha usado hasta ahora, que por eso se ha registrado como una nueva patente el proceso por el cual se fabrica Drene. Y por la razón de no contener ninguna sustancia perjudicial no afecta al color del cabello, sea natural o teñido.

Pruébelo lo más pronto posible. Usted puede comprar Drene en frascos de dos tamaños. Se halla a la venta en farmacias, perfumerías y ten-cents.

drene
Shampoo



UNA FINLANDESA OBTIENE ESTE AÑO EL TITULO DE LA MUJER MAS BELLA DE EUROPA



Miss Finlandia logra el título de Miss Europa, en el certamen anual de belleza europea, este año celebrado en Copenhague, la capital de Dinamarca. Mientras tanto una «Miss Comunista» expone en Nueva York sus procedimientos de belleza y su concepto del amor

Entre todos los concursos de belleza que se celebran en el mundo, uno de los que más se destaca por sus características de seriedad y buena organización es el de Miss Europa, en el que participan representantes de la belleza de casi todos los países del viejo mundo.

En la época determinada para el certamen, las provincias de cada país eligen una reina, que a su vez, toma parte en el concurso nacional. La triunfadora es también la escogida para acudir a la población donde se celebre la elección de Miss Europa, que cada año se realiza en una nación distinta. Así en 1933, la elección tuvo lugar en Madrid, y en ella fué seleccionada una rusa,

mientras que al año siguiente, el concurso se realizó en Inglaterra, y fué escogida una española. El jurado que realiza la elección de la reina, es de carácter internacional, y está integrado por personas altamente capacitadas para juzgar sobre los méritos más o menos velados de las concursantes.

La elección de Miss Europa, sirve para la realización de fiestas suntuosas de

carácter social mundano y de inusitado esplendor. Así la elección de Miss Rusia en Madrid, dió pretexto para muy vistosos festejos, incluyendo una gran corrida de toros en la que se desenterraron métodos y procedimientos taurinos a la vieja usanza. Las misses, antes de la elección final, fueron llevadas en calesa a la plaza, y paseada por el ruedo entre las explosiones de entusiasmo del público.

Este año, en los momentos en que sobre el viejo mundo se cierne el fantasma terrible de la guerra, la elección de Miss Europa, se llevó a cabo en Copenhague, capital de Dinamarca. Y la elección recayó en Miss Sirka Salonen, natural de Finlandia.

Entre las misses que este año se destacaron en el concurso por su extraordinaria belleza, figuraban las representantes de Noruega, España, Hungría, Bélgica, Grecia, Suiza, Yugoslavia, Finlandia, Francia y Rusia.

Mientras tanto en los Estados Unidos se siguen celebrando innumerables certámenes de belleza. Uno de los últimos, ha tenido por objeto elegir a la belleza «comunista» de Nueva York. Y la vencedora, ha sido una muchacha de 16 años, Etta Jaye, hija de padres rusos, nacida en Bélgica, cuando viajaban hacia los Estados Unidos.

Entre los secretos de belleza revelados por la triunfadora, se cuenta el de lavarse la cara «con cualquier jabón que pueda encontrar en su casa». También ha manifestado que el creyón de labios lo compra en el «Cinco y Diez», le cuesta diez centavos, y le dura varios meses.

Respecto al amor, ha manifestado: «No comprendo del todo lo que es el amor, pero puedo afirmar que he tenido tres novios en los últimos tres meses, y a los tres los he hecho afiliarse a la Liga Juvenil Comunista».

Una de las figuras femeninas históricas que más admira la nueva reina, es la de «La Pasionaria», la conocida líder extremista española. También siente admiración por Juana de Arco.

ble ir a la lucha, ni acercarse al calor. No es posible tampoco buscar el amor en las figuras de cera. La juventud manda: hay que obedecer. Hay que volver para no salir jamás del museo de cera, a alternar con Napoleón, con César o con algún juglar de los tantos que han hecho reír a reyes vacíos de vida...

¡Qué academias ni qué academias! Vida, vida integral, valiente, abigarrada con rumor de mundo, con aliento de juventud. Vida que cante al trabajo, que llame arte o lo que lo sea, que tenga por música la que no se pueda dejar de oír aunque haya rumor en las calles...

¡Muñecos de cera, volved al piadoso museo!

Manuel GARCIA HERNANDEZ.

Buenos Aires, 1933.

CARTAS DE BUENOS AIRES

Muñecos de Cera

Las figuras de los viejos museos de cera parecen salirse de sus vitrinas doradas para buscar un soplo de vida. Pero, al tomar el aire de la calle y al perder el brillo de su barniz y al derretirse...

Las viejas figuras de cera han sereno el silencio inquebrantable en que están en arcaicas academias o en ateneas cuyas bisagras están enmohecidas y se invadir salones de música, de conferencias, sostenidas por esos invisibles que sostienen la armazón de cera. Son los ex. Esos graves señores que por haber sido ministros, diplomáticos o por serlos ahora, y los otros que tienen que cargar con el polvo maléfico de la historia de oficio y aventura en páginas llenas de «comillas» o de palabras manidas. Viven sobando figuras casi perdidas en el hollín del tiempo y casi siempre parte en comisión que se dedican implacablemente al trabajo público. Viven expurgando en los paises para saber la fecha del centenario de un «héroe», para preparar el centenario, para consagrar otro fantasma de cera. En el pasado tienen su valor, como esas polillas que sólo atacan a los incunables...

Los historiadores que todo lo tienen en la tierra, como los tubérculos. No saben vivir entre presente potencial que los va empujando y no saben oponerse a los desmanes de una época de revolución en las ideas y en los hechos. Las figuras de cera, convertidas así

porque se ven desplazadas, corridas, no vida sin arrullos que vamos llevando.

Venerable es la tradición, hondamente venerable, casi inconfundible entre los valores intrínsecos; pero, esta honda insabida gozar el espectáculo bravo de la quietud presente que remueve las bases consagratorias, que le pide al arte emociones nuevas, que le exige a la música calidad de hondura, que le reclama a la vida la elasticidad de un diafragma para captar imágenes; esta honda inquietud es la que pide para que vuelvan a la quietud letal del museo a esperar el polvo de los siglos...

A las figuras de cera les ocurre como a Icaro: el sol es su peor enemigo y derribe sus alas con que quieren volar por sobre los hombres.

Historiadores de luto, escritores fúnebres que viven acechando el tránsito mortal para lucir la pieza oratoria, académicos encorvados sobre viejos levitones funerarios, viven a espaldas de este progreso que trae en sus alas, que no están pegadas con cera, el deseo de acercarse al sol que es la luz de los siglos y la mejor libra esterlina para comprar el pasado...

Les molesta la nueva corriente en que echan sus barquitos de papel la juventud. Barquitos que zigzaguean por entre las ondas buscando nuevos horizontes...

Ya no es posible la historia fósil, aquella que dejaba sin análisis la vida de los hombres y pasaban con halos de dioses. No los hay ni los ha habido, entre tierra y cielo. Hombres que deben

ser sometidos a la ciencia de la historia y no a la novela volandera; arte que no debe ser aprisionamiento de imágenes plásticas; música de acero, de cemento armado, de rascacielos, es lo que nos da la época; literatura de trotamundos, que no se encierre en alambrados de puas en fronteras, sino que vaya por todas partes como «globe trotters» enseñando la belleza y la armonía de los pueblos.

Esto no lo entienden esos señores del «ex». Señores de un ayer lapidario, de un ayer enterrado en los jardines mismos de la academia, de la grave academia alejada del mundo que sabe reír porque tiene derecho a la risa...

Paso, señores de cera, del «plastrón», de los discursos cinerarios, de las historias con tufo de congelamiento, a esta época que sabe respetar el pasado enalteciendo el presente. Nada de ese enojo frente a la nueva manera de pintar siempre que ésta tenga emoción; nada de amargura frente a la interpretación biológica del grave personaje que vivió enterrado como un simple torso de adorno familiar; nada de tristeza frente a la figura que hay que tirarle barro porque así lo determina el análisis sereno de su vida; nada de oraciones fúnebres en las tumbas de los poetas: mejor es llevarle el pan de su obra...

La vida exige y apremia. Las alas pegadas con cera se caen pronto. Es necesario el remache a martillo sobre las alas del pájaro metálico que hoy debe ser el hombre para poder acercarse al dios que sólo vive de día...

Así como estáis, de cera, no es posi-

LA historia espeluznante de la tragedia de Charles Henry Schwartz, químico, administrador de una planta y promotor del Pacific Cellulose Company, tiene las trazas de una de las páginas de un libro de cuentos extravagantes. La escena tiene lugar en California y los principales hechos se desarrollaron en Martínez, en Walnut Creek, y luego en una casa de apartamentos de Oakland. Todo el que conocía a Schwartz habría dicho sin abrigar la menor duda, que este hombre tenía ante un futuro prometedor. Poseía las más extraordinarias cualidades como promotor, pero su verdadera vocación estaba en el laboratorio en donde se dedicaba a hacer experimentos desconocidos para el profano en esos asuntos.

El día 30 de julio de 1925, fué una fecha dramática en la carrera de este hombre extraordinario. Ese día permaneció más tiempo del acostumbrado en el laboratorio de la compañía que él había ayudado a organizar y en la cual tenía puestas sus esperanzas de volverse rico. Uno por uno se fueron retirando los hombres que con él trabajaban en la planta, pero Schwartz estaba tan absorbido en su trabajo que apenas notó que gradualmente se iba quedando solo. Todo parece indicar que se encontraba en el mejor estado de ánimo en el atardecer de esa noche, llena de acontecimientos. Charles Henry Schwartz era un hombre sossegado, pensativo, y tan preocupado de sus experimentos que a veces parecía no darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Esa es, tal vez, una de las características de la mayoría de los químicos e inventores.

Pero este sujeto genial, tenía en cambio todas las cualidades de un individuo normal. Era un hombre apacible, con absoluto control de sí mismo, no vestía extravagantemente y mucho menos se mostraba abandonado en su apariencia personal. Tenía una esposa devota y sentía particular cariño e interés por los niños. Su principal entusiasmo estaba íntegramente dedicado a la empresa que ahora dirigía. Estaba seguro de que de la misma podía derivar millones. Era su propósito perfeccionar ciertos detalles de su planta y éste tal vez era el objetivo que perseguía el permanecer hasta muy tarde en la noche a que nos referimos. La señora Schwartz se alarmó, como era natural, al ver que su esposo no aparecía a la hora de costumbre, pero cuando ya empezaba a intranquilizarse sonó el timbre del teléfono. Su esposo llamaba para decirle:

—Siento mucho haber tardado, pero estaré contigo dentro de veinte minutos.

NO REGRESO A SU CASA

Pero el químico no volvió más a su casa. Cinco minutos después de haber recibido el mensaje telefónico se escuchó una tremenda explosión en los laboratorios de la Pacific Cellulose Company, y cuando la densa nube de humo se fué disipando, de la planta sólo quedaba una ruina. La policía acudió inmediatamente al lugar del siniestro y los bomberos también vinieron al rescate, pero nada pudieron hacer. En breve tiempo todo se redujo a unos cuantos escombros y a un andamiaje de hierros carbonizados. La espantosa noticia postró a la pobre esposa de Schwartz. Esta informó a la policía acerca de la llamada telefónica, e inmediatamente se procedió a la búsqueda del cadáver por entre los escombros. Ahora surgía el problema de si Schwartz había abandonado el laboratorio antes de ocurrir el accidente o no. Como luego no regresó a su casa, se admitió como posible el hecho de que aun permanecía en el laboratorio en el momento de ocurrir la desgracia.

Se estableció la teoría de que en ese momento el químico estaba trabajando con sustancias peligrosas y que sucedió lo imprevisible. Es muy fácil admitir esta posibilidad si se tiene en cuenta lo inflamable que es una materia como la celulosa. Los hombres que acudieron al rescate discutían el asunto y el consenso se inclinaba a opinar que Charles Henry Schwartz era sencillamente uno más en la interminable lista de inventores que dan la vida por la causa de la ciencia. Fué una búsqueda laboriosa, pero cuando ya todo parecía infructuoso, cuando ya los hombres iban a abandonar



LA MISTERIOSA

EXPLOSION EN EL LABORATORIO DE SCHWARTZ

desanimados la tarea, varios trabajadores alcanzaron a ver una pierna humana cerca de la puerta del laboratorio en que Schwartz venía llevando a cabo sus experimentos. Era el cuerpo de un hombre. Con sumo cuidado fué sacado de entre los escombros y colocado sobre una camilla, que con ese propósito había sido traída. Luego fué llevado al depósito de cadáveres en donde se procedió al penoso ejercicio de identificación.

Aquel cuerpo mutilado y achicharrado no era fácilmente identificable. Las facciones habían sido recibidas tales quemaduras que nadie hubiera sido capaz de decir qué aspecto tenían anteriormente. Pero el resto del cuerpo correspondía fielmente a las medidas de Schwartz. Los restos del mostacho y otros detalles satisficieron a los examinadores que se vieron obligados a reconocer que se trataba de Schwartz. La clave final era la cavidad de un diente que faltaba al inventor y que era una de sus más conspicuas características. Esta correspondía a una idéntica cavidad que mostraba el cadáver encontrado. La señora Schwartz se desmayó cuando la llamaron para que identificase los despojos.

UNA IDENTIFICACION COMPLETA

Habiase realizado la más completa identificación que, dadas las circunstancias, era factible. En primer lugar, fué la viuda la primera en expresar su creencia de que aquellos despojos eran los de su marido; en segundo lugar, fué su abogado el que dió testimonio de que todas las probabilidades propendían a indicar que aquella masa de carne mutilada y huesos achicharrados eran los de Schwartz y finalmente su médico llamó más la atención en cuanto a la semejanza entre el cuerpo encontrado entre las ruinas y el cuerpo de su paciente.

En una palabra, el cuerpo que fué encontrado entre los escombros del siniestro, fué generalmente aceptado como el cuerpo de Charles Henry Schwartz.

La primera reacción general fué la de una sincera pena de que el mundo se viera privado de los servicios de un hombre que pudo haber realizado una grandiosa labor en el campo de la investigación científica. El desastre en sí habría sido una cosa lamentable, pero lo era

más cuando destrozaba una vida que significaba tanto para el progreso humano.

Pero la sensación de pesar quedó abruptamente detenida con la inesperada aparición de una sórdida nota. Se supo que Schwartz poseía una póliza de seguro por una cantidad fantástica. Las opiniones divergían en cuanto a cuál fuera esa cantidad. Pero muchos estimaban que fuese cien mil pesos. Los agentes de la compañía de seguros se mostraban un tanto intrigados, por no decir excépticos. Estos quisieron asumir por su cuenta la investigación de los hechos. Necesitaban, no que se le demostrase, sino que se les convenciese.

La policía había abrigado sus dudas desde principio y una más minuciosa investigación condujo a la sorprendente, pero positiva conclusión, de que aquel cadáver no era el de Charles Henry Schwartz.

Había una serie de pequeños detalles que llevaban a este razonamiento. Una era que una de las puntas de los dedos había sido cortada. Otra era que tanto la cara como los dedos habían sido empapados de un ácido que hacía difícil su identificación, y por último, y no por eso menos interesante, el diente que faltaba había sido recientemente arrancado.

CONVENCIDOS DEL FRAUDE

La teoría de la policía era que Schwartz había utilizado el cuerpo de otro hombre para poder cobrar la fuerte suma de la póliza. En cuanto a los medios de que se valiera para llevar a cabo sus planes es algo que jamás pudo determinarse, pero todas las investigaciones que se realizaron desde el momento de la explosión hasta el hallazgo del cadáver tendían a fortalecer tal teoría. Se alegó que Schwartz había llevado a cabo considerables gestiones para encontrar a un hombre que se le pareciese en estatura, en la conformación muscular, y en otros detalles menos importantes, e hizo a esta infortunada persona la víctima de una conspiración minuciosa planeada de antemano.

Lo que sucedió después de esto revela una fase muy curiosa de la vida nor-

teamericana. Tan pronto como fué anunciado que la policía sospechaba la existencia de fraude, la opinión pública se dividió en dos sectores: aquellos que creían que Schwartz pereció en el siniestro, y los que creían en la posibilidad de que el químico hubiese utilizado una víctima para llevar a cabo su plan. Poco a poco las discusiones iban tomando incremento. Hombres y mujeres que jamás oyeron el nombre de Schwartz hasta la publicación de la catástrofe del laboratorio, discutían como si fuese un asunto que les concerniese íntima y personalmente.

Era éste el tópico principal en miles de hogares a la hora de la comida. Los maridos establecían disputas enojosas con sus esposas, los padres con sus hijos. Personas que no tenían conocimientos de los hechos, excepto aquellos que informaba la Prensa diaria, emitían opiniones absolutas y positivas acerca de la materia. Era, en fin, el tema único que apasionaba todos los ánimos.

La policía, incapacitada para resolver estos misterios en la forma fácil y sin complicaciones como suele hacerlo el comentario público, se tropezaba con dos grandes incógnitas. Primera: ¿quién era el hombre cuyo cadáver fué encontrado entre las ruinas? Segunda: Si no era Schwartz—de lo que la policía estaba absolutamente convencida—, ¿cuál era el paradero; qué había sido del inventor? Se procedió a difundir por todas partes la descripción del hombre. La policía de otras ciudades y de otros Estados fué invitada a participar en la búsqueda. Ninguno de los empleados de ferrocarriles recordaba haber expedido un boleto a ningún individuo que respondiese a las señas de Schwartz. Pero, siendo humanos y falibles, ¿no podía ser posible que no recordasen a todos los clientes que fueron despachados durante las 24 horas subsiguientes a la explosión?

A principio la policía pensó que el desaparecido podía haber huido hacia Alemania. Luego se encontró una pista que sugirió la posibilidad de que se refugiaba en Méjico.

EL HOMBRE MISTERIOSO

El paso más importante de la solución de este problema era la identificación

cadáver hallado entre los escombros, uno de los exámenes que se le practicaron se determinó que el cráneo había sido quebrado con un instrumento contundente. Esto pudo haber sucedido en el momento mismo de la explosión, pero la policía prefirió considerarlo como evidencia más de un acto fraudulento. En su empeño de dar con el cuerpo de la víctima, utilizaron el procedimiento de eliminación. Esto no era difícil, ya que en la factoría de la Pacific Cellulose Company había muy pocas personas empleadas. Schwartz estaba interesado en la venta de la planta. Como el negocio no se presentaba próspero, el dueño estaba desalentado. Los investigadores llegaron a la conclusión de que Schwartz estaba afrontando un período crítico financiera y ésta era la razón por la cual había planeado y llevado a cabo su siniestro propósito. No tardó mucho tiempo sin que se pudiese localizar a uno de los empleados, con excepción de un tal Joe Rodríguez, un obrero que era de la planta. Era muy curioso este individuo era de la misma estatura y de la misma talla de Schwartz, recordaba que Schwartz trataba a Rodríguez con íntima familiaridad. Nadie pudo precisar con certeza si éste había estado en la planta esa noche fatal, pero recordaba haberse visto por última vez la tarde del día en que ocurrió la explosión. Con tal motivo, se informó a toda la policía de California una detallada descripción de Joe Rodríguez, el objeto de que se le buscara, si es que todavía existía en el mundo de los vivos.

Transcurrieron cuarenta y ocho horas que se recibiera una respuesta de alguna de las ciudades cercanas. Se publicaron los periódicos que radiaban la noticia de que se solicitaba la comparecencia del individuo, pero tampoco hubo respuesta.

SE COMIENZA DE NUEVO

La policía, por tanto, llegó a la conclusión de que el cuerpo hallado entre las cenizas no podía ser de otro que el de Joe Rodríguez. De acuerdo con lo que pudo averiguarse, el hombre carecía de antecedentes o amigos íntimos. Esto hacía el asunto un poco difícil. No se tenían fotografías, y las descripciones utilizadas para la investigación estaban basadas en la declaración verbal de aquellos que habían estado en contacto con el sujeto en su trabajo en la planta.

Muchachos —dijo uno de los detectives a cuyo cargo estaba el esclarecimiento del caso dirigiéndose a un grupo de periodistas—ustedes pueden dar casi seguro que Joe Rodríguez es la víctima inocente en este caso. Su vida ha sido sacrificada como parte del método para estafar a una compañía de seguros.

Este razonamiento pareció convincente, pero los acontecimientos de ese mismo día destruyeron completamente esa teoría.

Joe Rodríguez, ennegrecido como una ceniza, y con una franca sonrisa en los labios llegó al Cuartel de la policía a informar a las autoridades que él estaba dispuesto a abandonar el pueblo la tarde siguiente en que ocurriera la explosión. Él había caminado a pie hasta llegar a la comunidad en donde encontró un trabajo, que, aunque no mejor remunerado, le era pagado con más regularidad. Él solía leer los periódicos con frecuencia, pero luego se enteró de la explosión y de que se le buscaba como parte de la víctima. Por esta razón, y con esa calma y sosiego que le era característica, regresó a Walnut Creek, con el propósito de asegurar a la policía de que la noticia de su muerte había sido un poco exagerada.

El labor de identificación del cadáver desapareció entre los escombros tenía que ser comenzada de nuevo. Entretanto se hizo un descubrimiento de vital importancia. Los hombres que acudieron al lugar encontraron entre las ruinas algunos libros religiosos. Varios de ellos eran himnarios, como esos que llevan los misioneros. También había entre ellos varias tarjetas pequeñas conteniendo lecciones dominicales; muchas de ellas tenían apuntes manuscritos con letra clara y legible. ¿A quién pertenecían estas cosas? Con toda seguridad se afirmaba que no pertenecían a Joe Rodríguez, ya que éste jamás reveló de-



masiado fervorosas inclinaciones religiosas. Se recordó entonces que cierto misionero había visitado la vecindad pocos días antes de que ocurriera la catástrofe y no tardó mucho tiempo sin que se determinase que los restos hallados en el lugar del siniestro eran los de George W. Barbe, «un misionero vagabundo, graduado de colegio y andariego pacífico y refinado». Las futuras investigaciones determinaron que se trataba de un nativo de Pennsylvania. Era una persona rara, un poco excéntrica, pero muy devota de la carrera que había escogido. Hacía el bien en la humilde medida de sus fuerzas, pero, sobre todas las cosas era él hombre incapaz de causar mal a nadie, no importa lo grave de la provocación que se le hiciera.

Como una ironía del destino, fué él la víctima propicia para el sacrificio.

Una vez probada la identidad del cadáver en una forma que no daba lugar a ningún género de dudas, la policía concentró todas sus actividades en la persecución de Schwartz. Existía la sospecha, correcta o equivocada por parte de las autoridades, de que Schwartz, luego de encontrar al hombre que serviría para sus propósitos, le hizo visitar el laboratorio y allí golpeó la cabeza con una barra de hierro y produjo la explosión que haría volar la planta. Su esperanza era, sin duda, que las llamas consumirían de tal suerte los restos que nadie sospecharía que aquél no fuese su cadáver. Y tal hubiese sido el caso a no ser por la pista que ofreciera el diente arrancado. Precisamente el mismo detalle que él suponía corroboraría la suposición de que se trataba de su propia persona.

Y al llegar a esta etapa de esta historia de la vida real, nos trasladamos a otro escenario, a la pintoresca ciudad de Oakland, que como muchos de vosotros sabréis, está situada en la costa oriental de la bahía de San Francisco. Muchos de los industriales y comerciantes de la gran ciudad tienen sus residencias en Oakland, que es un bonito paraje residencial. A una distancia de sólo cuatro millas, en Berkeley, está la Universidad de California. Son muy fáciles los medios de comunicación entre San Francisco y Oakland y después de todo un día de trabajo en «Frisco» el obrero siente

el grato placer de regresar al poblado de Oakland, que sólo tiene tres calles sombreadas y en donde se vive una vida tranquila y placentera. Pero es lo suficientemente moderno para tener casas de apartamentos de primera clase y en el tiempo a que esta historia se refiere existía una de ellas conocida por «Apartamentos Nottingham», administrada por un tal C. W. Hayward. En sus frecuentes paseos por la ciudad conoció este señor a un individuo que decía llamarse Harold Warren. El forastero tenía una sonrisa agradable y modales cordiales. En la tarde de la noche en que ocurriera la explosión éste vino a ver a Hayward.

—Yo quisiera alquilar un apartamento que sea cómodo y fresco. Tal vez tenga usted alguno vacante.

—Seguramente —fué la respuesta—tendría sumo placer en ofrecer a usted un buen alojamiento.

Harold Warren sólo dió un ligero vistazo al apartamento que le fuera mostrado e inmediatamente dijo que lo tomaría. No estaba seguro de la hora en que se mudaría, pero dijo que probablemente sería un poco tarde en la noche. Ambos hombres se separaron con mutuas expresiones de amistad y el administrador de los apartamentos olvidó el incidente. Pero a las cuatro de la madrugada del día siguiente el nuevo inquilino se presentó intempestivamente y despertó a Hayward de su sueño. Mientras se frotaba los ojos y se desperezaba, el administrador notó que Warren venía todo desaliñado. Su ropa estaba destrozada y coqueaba al andar. Mostraba, además, quemaduras en la cara y en las manos.

—Quiero pasar a mi apartamento—dijo.

—Muy bien, pero, ¿qué le ha pasado a usted?—preguntó Hayward intrigado.

—He tenido un choque con la policía de Santa Clara—respondió muy excitado.—Luego sufrí un accidente automovilístico. El auto se incendió. Tres hombres me acompañaban. Qué ha sido de ellos, no lo sé. Pero he logrado salvarme con un tobillo destrozado. Creo que me tendré que recluir por varios días.

Esto no pareció muy lógico al administrador de la casa de apartamentos

pero aceptó la situación filosóficamente y escoltó al nuevo inquilino hasta sus habitaciones. A la mañana siguiente Harold Warren apareció limpio, recién afeitado, con sus ropas planchadas. Sus modales eran gentiles, por lo que se le hacía sumamente fácil conquistar amigos, y convino con la familia Hayward en que tomaría su desayuno y sus comidas con ellos. Mas, de acuerdo con su original declaración continuó recluido. A ratos se paseaba cautelosamente por los pasillos y ocasionalmente atisbaba por las ventanas. Por momentos se le veía muy nervioso, pero siempre su conversación era afable y cariñosa. A los pocos días fué desapareciendo su aprensión.

Cuando más confiado se sentía era a las horas de la comida. Un día la discusión giró en torno de la misteriosa explosión, que era el tópico principal en todos los hogares. Hayward dijo que, en su opinión, el cadáver encontrado debía ser el de un hombre a quien Schwartz había matado de antemano. Pero el nuevo inquilino no quiso aceptar esa teoría.

—Usted está completamente equivocado —protestó;—un hombre como Schwartz no hubiera sido capaz de cometer un crimen de esa naturaleza. Todos los razonamientos inducen a creer que el hombre fué víctima de un experimento que venía realizando.

La confianza y el aplomo con que fueron dichas estas palabras sorprendió a sus oyentes. Suponían que esa opinión estuviese basada en algún conocimiento especial que él pudiera tener acerca de tan discutido asunto. Pero él explicó sonriendo que él fundaba su razonamiento sobre una base de causa y efecto y que no veía razón alguna para que se tratase de envolver a Schwartz en un crimen de aquella índole.

El nuevo inquilino fué ganando simpatías en la familia. Su conversación seguía siendo amena y grata. Incidentalmente mostraba interés en los temas de crímenes y criminales. No parecía tener demasiada confianza en la habilidad de los modernos detectives y de la policía y se reía de la generalizada noción de que todo crimen al fin y al cabo es descubierto.

—Todo depende—aseguraba a sus oyentes—de la pericia y de la ingeniosidad del criminal.

A medida que pasaban los días, la nerviosidad y la inquietud de Harold Warren iban desapareciendo.

Todas las noches jugaba a las cartas con los miembros de la familia y era particularmente popular entre la gente joven. Una noche se celebró una fiesta en la casa. Era un «asalto» en honor de la señorita Marjorie Hayward y el nuevo inquilino participó activamente en los festejos. Tuvo a su cargo la preparación de los refrescos para los participantes, introdujo nuevos juegos de salón para divertir a los concurrentes y presidió la «gran marcha». Luego una de las chicas le invitó a bailar con ella.

—Le siento, señorita—fué su respuesta, pero el tobillo lastimado me lo impide. Realmente lo lamento porque el baile es algo que me gusta de veras.

SOSPECHA

El señor C. W. Hayward, el administrador de los Apartamentos Nottingham, se interesaba cada vez más en su nuevo inquilino. Instintivamente se iba dando cuenta de que no se trataba de un hombre ordinario. En distintas ocasiones habló a sus amigos de Harold Warren. Una noche en que comía fuera, mencionó incidentalmente el hecho de que uno de sus inquilinos se había visto en ciertos aprietos y que se ocultaba en sus apartamentos. Explicó que el hombre sufrió un accidente automovilístico y que en el auto fueron encontradas luego varias botellas de whiskey. Todos se mostraron interesados en la narración y en el curso de la conversación el tema giró en torno del caso Schwartz. Uno de los hombres del grupo trajo un periódico con la fotografía de Schwartz. Hayward lo miró rápidamente, pero algo le impidió a examinarlo más detenidamente. Los ojos y la nariz le atrajeron en particular. Aquella mirada le era extrañamente familiar. Se llevó la mano a la boca en un gesto de asombro. Como una ráfaga sus sospechas se tornaban en una imprevista realidad. Casi inconscientemente relacionaba al hombre del retrato con

(Continúa en la página 24)

GRETA GARBO NO QUIERE TENER HIJOS, PORQUE SE LOS LLEVARIA LA GUERRA

AL RETORNAR A NUEVA YORK, TRAS UNA PROLONGADA VACACION POR SU PATRIA, LA «DAMA MISTERIOSA» DEL CINE, NIEGA SU PRETENDIDO MATRIMONIO CON LEOPOLDO STOKOWKI

Nueva York, octubre de 1938.

GRETA Garbo no quiere tener hijos, porque cuando sean grandes, se los pueden llevar a la guerra.

Esa fué una de las declaraciones que la gran actriz de todos los miterios nos hizo al arribar a Nueva York en el trasatlántico «Kungsholm». Por su puesto, la entrevista que la Garbo concedió a la prensa, en forma colectiva, causó toda una sensación. Como se trataba de hablar, por fin con la mujer que se había propuesto siempre ser una esfinge!

No tenemos inconveniente en confesar que mientras esperábamos la aparición de la célebre actriz, nos sentíamos un tanto atemorizados. Porque sabida es la aversión que Greta siente por los periodistas, una aversión, que según se dice, nació cuando unos reporteros indiscretos, «echaron a perder», uno de los capítulos más románticos de su existencia, su idilio con el desaparecido galán de la era silenciosa John Gilbert.

Pero esta vez la Garbo, estaba decidida a enfrentarse con el «enemigo» y a hacerlo «con la sonrisa en los labios». Y eso que sabía que los chicos de la Prensa la iban a someter a un bombardeo de preguntas, sobre su pretendido enlace con Leopoldo Stokowski el director de orquesta que la acompañó en sus excursiones por distintos países de Europa.

Mientras esperábamos la llegada de la gran actriz, nos pusimos a recordar sus comienzos humildes, allá en la nativa Estocolmo. Ya desde la niñez, Greta Lovisa Gustavsson había sido hurafia, concentrada en sí misma, ajena a todo lo que la rodeaba. Sus compañeras de colegio renegaban de aquella pretenciosa que a pesar de su gran pobreza, nunca que-

ría compartir las risas y los juegos de las demás. Cuando murió su padre en 1919 —ella tenía entonces 15 años— tuvo que trabajar en una barbería, donde uno de sus deberes consistía en barrer el establecimiento. Quien se hubiera aventurado a pensar que aquella rapazuela habría de tener el mundo pendiente de sus actos.

La entrada de la Garbo en el salón del «Kungsholm», es sensacional. Con majestad de realeza, desciende por la escalera, poniendo a la vista de todo un ejército de periodistas y fotógrafos su atavío poco femenino. Su melena lacia parece haber sido cortada por los bordes con una navaja; su boca, ausente del bermellón del «lipstick», tiene un color grisáceo; sus uñas, no solamente no llevan pintura, sino que están cortadas demasiado breves, con un desprecio absoluto hacia los cánones que rigen la belleza de una fémica moderna.

Pero hay algo en la Garbo, que no tiene que ver con su traje varonil y oscuro, o con su desaliño aparente; algo que subyuga y hasta sobrecoge, como si de repente nos encontráramos ante una diosa.

Algo semejante le debió de ocurrir a Petschler, el autor y director de películas, cuando el año 1922 se encontró por primera vez ante aquella joven de 18 años que trabajaba en el departamento de sombreros de una tienda de la capital de Suecia. Su sola presencia lo impresionó de tal modo, que la no desahó hasta que la incorporó al elenco de «Pedro el Vagabundo».

Pero ya los periodistas han comenzado a interrogar a la Garbo, que procura adaptarse al interrogatorio, aunque su boca tiembla a veces, como si se encontrara bajo la presión de una fuerza desconocida y misteriosa. Y la primera

trazera. Tampoco hubo respuesta del hombre acorralado.

—Abra la puerta en nombre de la justicia—gritó uno de los policías. Hubo silencio.

—Abra la puerta o la derribaremos—gritó otro agente.

—Bien, muchachos—fué la orden al no recibir respuesta—manos a la obra.

UN DISPARO DE PISTOLA

Se colocaron en disposición de forzar la puerta y en ese mismo instante se escuchó un disparo de pistola en el interior. Todos los policías se miraron sorprendidos entre sí. Al instante se repusieron de su asombro y arremetieron contra la puerta que cedió al impulso de seis hombres fornidos. Irrumpieron precipitadamente en la habitación, pero sólo pudieron ver en aquel instante la tenue nubecilla de humo que produjo el disparo ascendiendo hacia el techo. Volvieron la vista en torno de ellos y vieron a un hombre tendido sobre un camastro que sangraba profusamente a consecuencia de una herida que mostraba en el ojo derecho. Este solo espectáculo es suficiente para explicarlo todo.

El herido era Charles Henry Schwartz, el inventor a quien la policía venía persiguiendo desde hacía algún tiempo.

Se había dado cuenta del significado de aquella llamada, temprana en la madrugada, y en el breve tiempo que transcurrió entre los primeros golpes dados en la puerta y el allanamiento de la policía, había resuelto hacerse justicia con su propia mano. Inmediatamente fué trasladado al Hospital de Emergencia de Oakland, pero al ser colocado en la mesa de operaciones expiró.

EN BUSCA DE UNA PISTA

El inventor había seguido a su víctima hasta la eternidad. Cuando su esposa fué informada de los sucesos sufrió un colapso. Es evidente que tan trágicos aconte-



pregunta se refiere a Stokowski: ¿Es verdad que se casó secretamente con el músico...?

La artista replica con frialdad:

—Nunca hablo acerca de mis asuntos privados. No lo he hecho hasta ahora ni lo pienso hacer en el futuro.

—Pero se ha dicho que usted se casó con él...

—Sí, más de una vez. Pero les ruego que no insistan en la pregunta. Si me hubiera casado, ustedes lo sabrían.

—¿Pero se casará algún día?

—Si encontrara un hombre apropiado, me casaría. Pero no tiene que ser un músico. No importa quien fuera, con tal de que mereciera el sacrificio de la libertad.

La artista hizo fuerza en el hecho de que no ha cambiado, que sigue siendo la misma, que «quiere estar sola».

Cuando los periodistas se enteraron que durante la travesía del «Kungsholm» Miss Garbo se había sentido muy interesada por un «baby» nacido a una pasajera de tercera, uno de ellos le preguntó si le gustaría tener niños suyos. La actriz le respondió:

—El mundo me parece difícil, lleno de peligros de guerra. No me gustaría criar un hijo para que me lo llevaran a las trincheras...

Al llegar a Nueva York, procedente de su nativa Suecia, Greta Garbo, por una vez, le concedió una entrevista a la Prensa. Al preguntársele si era verdad que se había casado con Leopoldo Stokowski, contestó: «Si me hubiera casado ustedes lo sabría». También expresó: «No me gusta hablar de mis asuntos privados».

«Acto seguido me atacó. Yo le di un fuerte golpe en la cabeza. Cayó al suelo y le di otro golpe. Nunca pensé que debí haber informado a mi abogado acerca de este asunto. Decidí huir, pero lo hice de una manera pésima. Encerré al hombre en el closet. No conozco al hombre. No me fijé cómo iba vestido, si quiera, no le volví a tocar después de eso.

«La única cosa que hice fué tratar de quemar su cadáver, destruirlo y huir—huir a no sé dónde.

«¿Puedes imaginarte mi horrible sufrimiento durante todo este tiempo al pensar que tenía que perderte a ti y a los chicos? ¡Oh, Dios mío, cuánta amargura!

«De no haber sido por esa maldita demanda de Mrs. Ad (se refería a una demanda radicada contra él por Elizabeth Adams, de Oakland, por incumplimiento de promesa) tal vez nada de esto hubiera sucedido. Pero era imposible.

«Nada de esto había planeado yo de antemano. No. ¡Estaba tan contento con mi trabajo! Me sentía feliz con mi esposa y con mis hijos. Pero vino el final de tan bello sueño.

«Fuí a casa a tomar todas mis fotos. Lo único que deseaba era hablar contigo por última vez. Di un beso de despedida a los chicos, pero no pude despedirme de ti. Besó esta para que llegues hasta tí con mi último pensamiento».

A todas luces ésta era la confesión de un moribundo y por esta razón había que aceptarla, pero era inútil hacer creer a la Policía que aquel asunto no fuera cuidadosamente tramado de antemano, o que, deliberadamente no escogiera al infortunado Barbe como la víctima propicia para llevar a cabo su plan. El suicidio del culpable fué el epílogo de esta historia.

Pagó con la muerte el precio de su culpa.

George BARTON

LA MISTERIOSA...

(Continuación de la página 23)

su inquilino. Uno tenía mostacho; el otro no, pero eliminando ese detalle, todo lo demás era idéntico. Hayward se dirigió inmediatamente a la caseta del teléfono y llamó a los Cuarteles de la Policía. El sargento de policía que estaba de guardia a esa hora no pareció dar importancia a principio al asunto, mas, cuando descubrió cuáles eran los informes que se le iban a dar, fué todo oídos.

—No hay tiempo que perder—gritó muy excitado el informante. —En este momento salgo hacia mi casa de apartamentos y quisiera me esperasen allí varios agentes de la policía.

Dijo adiós a sus compañeros y salió precipitadamente hacia su casa. Al llegar allí le esperaba un escuadrón de policías. Dos de los hombres estaban apostados en la parte trasera del edificio y dos en el frente. El capitán Clarence Lee, de la estación de Berkeley, cuidó de que todos los medios de escape fueran bloqueados. Eran las tres de la madrugada y era, por lo tanto, necesario proceder con precaución y rápidamente, si era que se pretendían alcanzar los mejores resultados. Hayward y el agente Foodwin se dirigieron a la puerta del frente del apartamento. Trataron de escuchar y oyeron que alguien se paseaba nerviosamente de un extremo a otro de la habitación. ¿Sería, acaso, que sospechaba que estaba en peligro? Hayward tocó la puerta. No tuvo respuesta. Volvió a tocar más fuertemente diciendo:

—Harold, es Hayward. Abre la puerta y déjeme pasar. Tengo algo muy importante que comunicarle.

Los pasos cesaron, pero tampoco hubo respuesta. Entretanto otros dos agentes llamaron fuertemente por la parte

UNQUE lejos de los Países Bajos, el séptimo arte nos ha hecho seguir, en sus fases más diversas, el sano regocijo con que los

pequeños de Guillermina de Holanda han seguido su llegada a los cuarenta años reinando sobre ellos. Dichas escenas de alegría popular también deben haber sido contempladas en la Habana por el mismo vehículo del cinematógrafo.

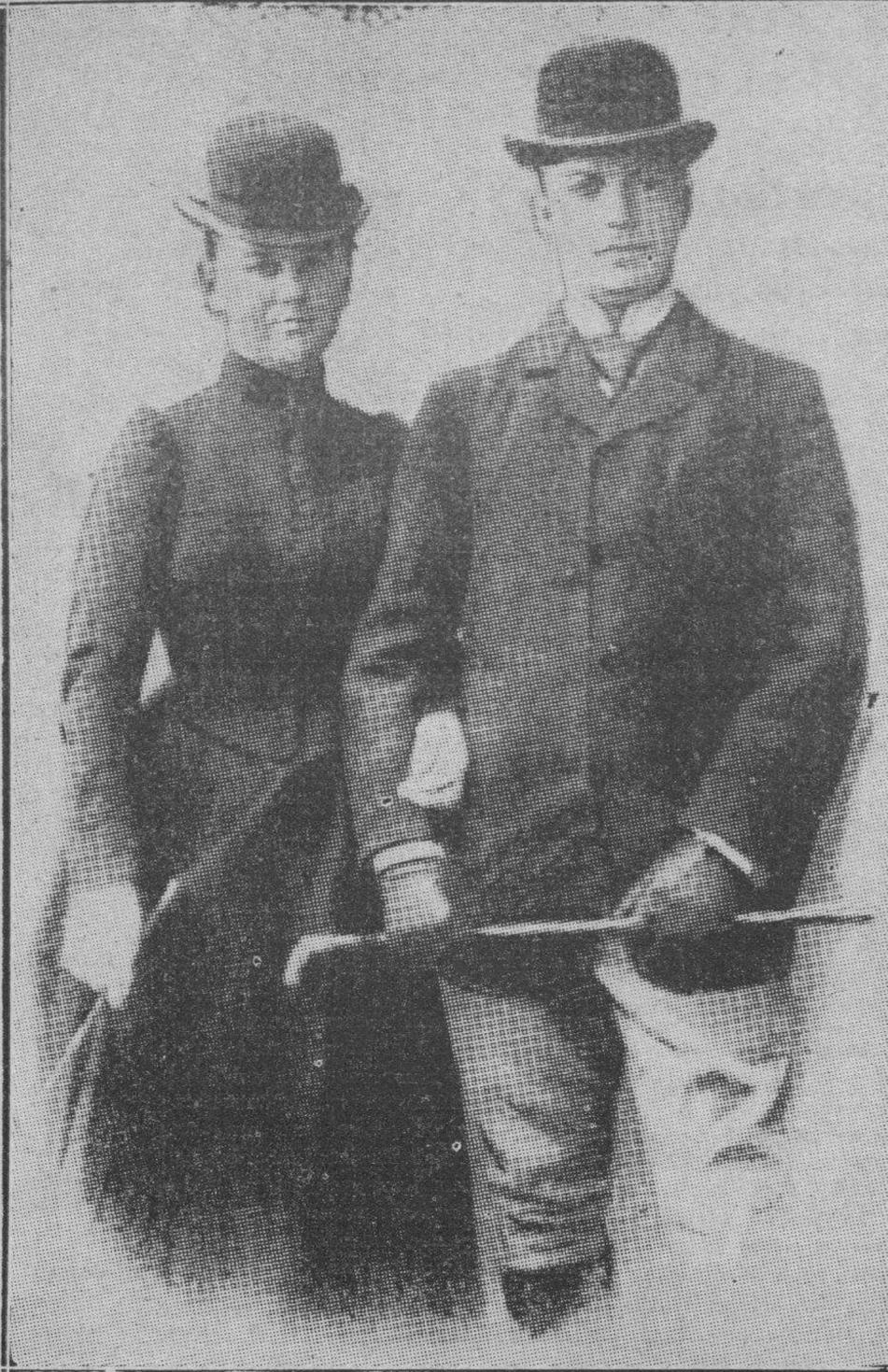
Europa, en los minutos en que estos acontecimientos se realizan, no está patética. La vida, en su creciente materialismo, urge más que nunca. La vida del porvenir hila con materiales de tragedia. Y, sin embargo, a pesar de la horrible fiebre que nos circunda, a los pasos de levantarse el telón para presenciar el más espeluznante de los dramas que haya vivido el mundo, produce una dulce serenidad en el angustiado espíritu esta demostración de cariño que acaba de dar el pueblo holandés.

Hace cuarenta años, cuando esta extraordinaria mujer de hoy sólo contaba diez y ocho, aunque un poco infantil todavía y llena de un comprensible miedo cénico, entre la severidad de los encofrados señores que representaban a los Estados Generales, con voz clara y firme, en que el acento de la sinceridad absoluta dominaba todos los matices, expresó el siguiente juramento, pidiendo una a una la importancia de las palabras:

«Yo juro al pueblo holandés que guardaré y mantendré la Constitución. Juro defenderé con todas mis fuerzas la independencia y el territorio del Imperio que protegeré la libertad general y privada, los derechos de todos mis súbditos y que, para mantener y aumentar la prosperidad general, aplicaré todos los medios que las leyes ponen a mi disposición, como un buen rey debe hacerlo. Así habló hace cuarenta años la muchachita de diez y ocho. Bien lejos en el tiempo parecen resonar tales palabras. Los ocho lustros transcurridos de entonces a hoy, no han empalidecido un solo día la vitalidad del juramento. Ni en la sola de las doce horas diarias que dura Guillermina, el eco de sus frases ha huído de su espíritu. Por eso cuarenta años más tarde el cariño de su pueblo se ha robustecido, en la hipótesis de que ésto fuera posible. Y por eso también sesenta millones de holandeses desperdigados en los cuatro ángulos del mundo, no han sido más que un solo eco para dar salvos a su soberana. ¡Viva Guillermina! ¡Viva Guillermina!», las palabras que ha escuchado Europa en estos días.

Los cuarenta años de trono de la reina esta crónica para hablar de ellos, ni necesidad tampoco de recordarlos: están presentes en las mentes de todos, unidos en cada momento a la honorable acción del Imperio holandés en lo que ha transcurrido el siglo XX. Pero, en cambio, veamos a la gran reina cuando era solo una niña y una jovencita; cuando recibía la educación en que ha apoyado su ciclo de soberana; cuando amaba más las muñecas que el estudio del mapa-mundi; cuando, en fin, traviesa chicuela correteaba por los jardines de La Haya.

Orange, de la que ella más tarde dijo «que no puede jamás hacer suficiente por los Países Bajos», debía convertirse en la persona de aquella «gaceta» de mejillas rosadas y ojos azules que después habría de ser una bella mujer, una buena esposa, una madre cari-



Guillermina y el Príncipe consorte Macklembourg

H O L A N D A

CELEBRA LOS 40 AÑOS DE TRONO DE SU REINA

ñosa, una abuela feliz y una soberana

El estudio de idiomas, como en todo futuro soberano, formó parte principalísima de la educación de Guillermina. Profesoras de inglés, francés y alemán, rodeaban a la niña desde su más tierna infancia. Aunque aplicada, era traviesa. Miss Saxe-Winter, oriunda dama de Londres, fué la encargada de hacerle aprender la lengua en que cantaron Lord Byron y Shakespeare. Pero entre la discípula y la profesora no reinaba buena armonía. Guillermina gustaba mortificar a Miss Saxe-Winter, cuya flema inglesa no se alteraba jamás. Sin embargo, las maldades reiteradas de la próxima soberana exigían correctivo. En una ocasión en que el «corset» de la maestra apareció una mañana provisto de alfileres que se le clavaron en la cintura, Guillermina recibió el castigo de tener que dibujar un mapa de Europa. Al terminar la tarea la presentó a Miss Saxe-Winter, y ésta pudo observar con asombro que la pequeña había cumplido con éxito su cometido.

Una vez su madre la llevó a Inglate-

rra para presentarla a la Reina Victoria. La visión práctica que Guillermina tenía de las Islas Británicas estaba circunscrita a la persona de Miss Saxe-Winter. A poco de llegar, alguien en la Corte le preguntó su impresión sobre las gentes inglesas. Y rápida, con un relámpago de alegría en los ojos, contestó: «Lo que más me gusta de Inglaterra es que los ingleses no se parecen en lo absoluto a mi institutriz...» Tales rencillas entre maestra y discípula, no impidieron que años después, y cuando Miss Saxe-Winter se alejó definitivamente de La Haya, Guillermina llorara abrazada al cuello de su maestra, rozando así la hiperestesia del protocolo, y que la colmara de regalos y recuerdos personales.

Sus caprichos de infante le hacían odiar el uso de guantes. Sus manitas no se hallaban a gusto engoladas en las pieles de rusia. Pero la reina Emma no podía consentir que su hija—la pequeña soberana de Holanda—saliera de Palacio sin estos adminículos sobre las manos. Con Guillermina no había nada que hacer. Cada vez que podía evitaba el en-

gorroso uso de los guantes. Una estratagemata bien hilvanada cambió el concepto de la pequeña. La cosa sucedió así. Un bizarro soldado, emplazado siempre a la puerta del Palacio, tenía la obligación de presentar sus armas cada vez que la pequeña Guillermina salía o entraba. En una ocasión que los guantes no orlaban sus manos, al cruzar la diminuta soberana frente al inmóvil centinela, éste no presentó las armas como era de rigor. Guillermina observó la falta, volvió sobre sus pasos y entre curiosa e irritada preguntó al soldado:

—¿Por qué no me presenta usted las armas?

El centinela guardó un silencio de sarcófago. Guillermina, francamente indignada, interrogó de nuevo:

—¿Pero es que usted no sabe que yo soy la Reina?

El gallardo alarbadero mira a la diminuta Guillermina. Y con serenidad inmutable contesta con lentitud:

—Usted no puede ser la soberana de Holanda. ¿Se ha visto nunca a una reina sin guantes?

La lección surtió el efecto deseado.

Amiga de coleccionar sellos observó que los holandeses representaban su retrato cuando tenía seis años. No satisfecha con tal anacronismo que no halagaba a su actual silueta de doce años, irrumpe un buen día en la sala en que celebraban Consejo los Ministros

—Encuentro muy sorprendente, señor Ministro, que los sellos de correos presenten siempre mi retrato cuando yo tenía seis años de edad. Deseo que sean renovados, y que lleven mi fotografía tal como yo soy actualmente.

Esta anécdota es muy popular en Holanda, y demás está decir que el Primer Ministro cumplió en el acto

Hoy Guillermina es la decana de las reinas, si no en edad, en tiempo de reinado. Cuando comenzó su ciclo de soberana y sólo era la más joven de las reinas de Europa, ya en plena mujer tuvo un gesto que por su delicadeza sacudió al mundo. Kruger, el viejo boer vencido, se vió obligado a abandonar su patria. Guillermina envió uno de los acorazados holandeses a buscarlo, para que el errante apátrida tuviera un pabellón que lo protegiera. Esta sensibilidad conmovió al entristecido ex Presidente de la República Sur africana e hizo aplaudir a los pueblos civilizados.

Tal es la mujer que reina sobre Holanda desde hace cuarenta años. Su divisa siempre ha sido: «La salud del pueblo es nuestra ley suprema». Su actuación recta le ha deparado un destino amable. Rodeada del afecto de su hija, la Princesa Juliana, hace pocos meses tuvo la satisfacción de sentirse abuela. Las sonrisas de la pequeña Beatriz son los mejores rayos de sol en la actual vida de la Reina de los Países Bajos. La gloriosa diadema de su reinado acaba de engarzar el cabuchón número cuarenta. Holanda ha hervido de demostraciones de júbilo. La anciana mujer con lágrimas en los ojos recibió el homenaje de un pueblo que ama a su reina y que sabe agradecer sus bondades y sus desvelos. Mujer ejemplar y reina admirable es merecedora de estas demostraciones. Y su vida sigue. Su influencia perdura. La luz buena de su estrella debe iluminar todavía algún tiempo los destinos de la simpática Holanda. Las aspas de los románticos molinos rumian para la soberana una dulce canción. Dios te salve, Reina Guillermina...

París, septiembre de 1938.

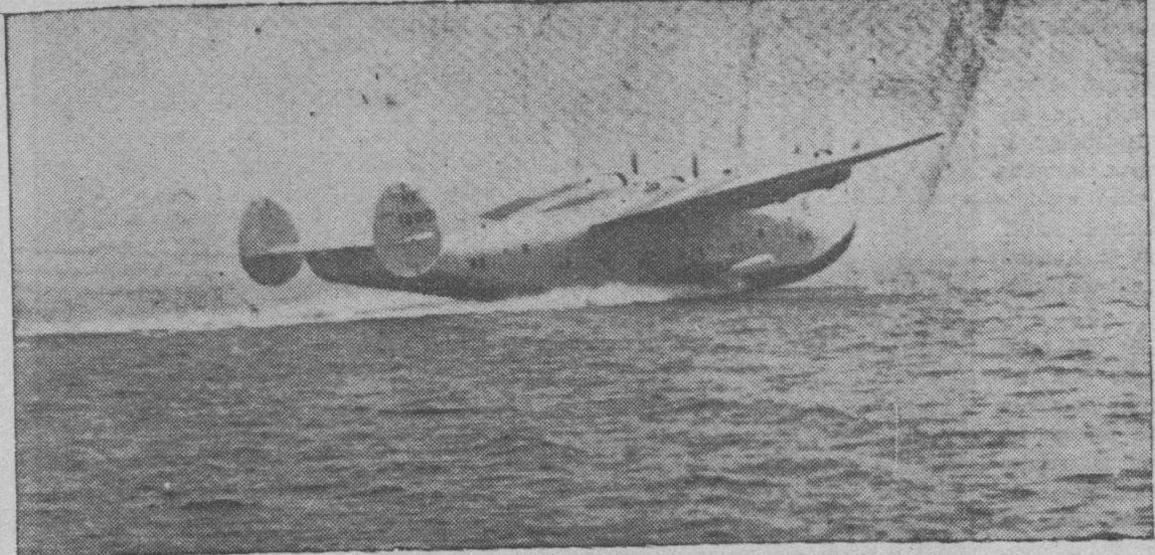
ENORMES AVIONES...

Continuación de la Pág. 19.)

Así fué que al terminarse los estudios meteorológicos de Lindbergh y las expediciones a Islandia y Groenlandia, la Pan American se dispuso sin demora a trazar los planos para los aviones que se habían de utilizar en esta ruta, limitándose el verano pasado a tres vuelos experimentales por el «American Clipper». Uno de estos vuelos, que alternaban con los de la Imperial Airways, fué por la ruta del Norte, y los otros por la del sur, o sea vía las Bermudas.

Mucho se ha dicho de la reñida competencia por parte de la Pan American, Lufthansa, Air France e Imperial Airways para obtener la supremacía del Atlántico del Norte. Es cierto que existe rivalidad y que seguirá existiendo una vez que se establezcan los servicios trasatlánticos, pero también hasta ahora ha existido una base de cooperación realmente asombrosa en cuanto a la asistencia mutua en la exploración, investigación meteorológica y compartimiento de bases aéreas entre las cuatro empresas. Se explica esta reciprocidad con el hecho de que ninguna de las empresas, por razones económicas y por la misma naturaleza de la investigación científica—que al fin y al cabo es para el bien común de la aeronáutica en general—ha querido hasta ahora actuar por su cuenta en la etapa experimental del servicio trasatlántico del norte.

Al parecer, la Pan American es la primera empresa en condiciones de iniciar dentro de poco el servicio trasatlántico de pasajeros en avión. Además de haber terminado los experimentos meteorológicos y de poder contar con la práctica en la aeronavegación de sus pilotos y técnicos, la Pan American es la única empresa que dentro de pocos meses tendrá dos aviones adecuados para un servicio de esta índole. Según la propia Imperial Airways, sus aviones para pasajeros y correo no estarán listos hasta el verano



EL NUEVO «CLIPPER» DE LA «PAN AMERICAN»

La inmensa aeronave transatlántica marca «Boeing», más grande que las carabelas de Colón, toma vuelo en el Lago Washington, cerca de Seattle, durante el reciente período de prueba. En este avión, que pesa 42 toneladas y media y vuela a 200 millas por hora, 50 pasajeros podrán cruzar el Atlántico del Norte en 24 horas.

entrante. El «Cambria», «Caledonia» y «Cabot», no son más que laboratorios aéreos, actualmente sin espacio suficiente para pasajeros. La Lufthansa ha dado a saber que por ahora sus aviones no llevarán pasajeros. La opinión general es que, lo mismo que en el Atlántico del Sur, la empresa alemana se empeña solamente por ahora en establecer un servicio de correo aéreo, utilizando algún día sus nuevos dirigibles para el servicio de pasajeros.

«Air France», en cambio—y al igual que la Pan American y la Imperial—se interesa principalmente en el servicio de pasajeros. Así es que aunque los aeronautas franceses dedicarían otro verano a los vuelos experimentales, ya el ministerio del Aire francés ha iniciado un proyecto para la construcción de aviones gigantes, de unas 60 toneladas, velocidad de 200 millas por hora o más, y capacidad suficiente para unos treinta pasajeros. Se calcula, sin embargo, que estos aviones no estarán listos para el servicio en menos de dos años.

Ciertas fases de los vuelos experimentales de este verano, aunque muy originales, no establecen en medio que se utilizará para el servicio de pasajeros,

sino que han servido para explorar las rutas y para experimentar en cuanto al transporte de correo y carga. El vuelo del avión «dorsal» «Mercury»—según los expertos—sirvió para comprobar que un avión cargado más allá de su capacidad normal puede tomar vuelo con la ayuda de otro avión «madre» que lo lleve encima hasta cierta altitud, pero es muy improbable que este método se utilice para el transporte de pasajeros. Igualmente, el sistema alemán de lanzar aviones por medio de catapultas, es inadecuado para el servicio de pasajeros, principalmente por la incomodidad que causa el impulso súbito de la catapulta, y además por el gasto que representa tener «buques bases» a cada extremo de la ruta. Los alemanes se sirvieron de este método novedoso porque hasta ahora carecen de la clase de hidroplanos adecuados para el servicio trasatlántico de pasajeros. Sin embargo, se cree que a pesar del gasto, el sistema de catapulta tal vez les sirva para carga y correo.

La razón por qué la Imperial Airways tiene el proyecto de experimentar con aeroplanos en vez de hidroplanos, es que durante el invierno el hielo de la bahía

de Botwood impide que los aviones acuatien allí.

De acuerdo con su empeño en ser la primera empresa que disponga de aviones adecuados para llevar pasajeros por el Atlántico del Norte, la Pan American está construyendo seis inmensos aviones en la planta de Boeing en Seattle, Estado de Washington. El primero de ellos, denominado por ahora «Boeing 314», ya está casi listo para ser trasladado a New York después de rigurosas pruebas en Lake Washington y el Estrecho Puget, cerca de Seattle, y el segundo de esta serie se cree que estará terminado dentro de dos o tres meses. El resto de estas aeronaves gigantes serán utilizadas para el servicio transpacífico.

Los «Boeing 314», que son los aviones comerciales más grandes que existen en el mundo actualmente, podrán llevar con toda comodidad 50 pasajeros, de Norte América a Europa, en 24 horas. En una travesía más corta tienen espacio para 75 pasajeros. Estas inmensas naves, de mayor tamaño que las carabelas de Colón, pesarán 42 y media toneladas con su carga máxima, o sea 50 por ciento más que los «Clippers» marca «Martin» que la Pan American utiliza en la ruta del Pacífico. Serán impulsados estos aviones sobre el océano a una velocidad de 200 millas por hora, por cuatro motores marca Wright, tipo «Cyclone», cada uno de 1.500 caballos—los motores más poderosos que se han construido hasta la fecha. En las tres cubiertas habrá mayor amplitud que en cualquier otro avión del mundo y tendrán camarotes particulares, y lujoso comedor construidos a prueba de ruidos. Los pasajeros también gozarán de un sistema de refrigeración y calefacción que mantendrá la temperatura a un grado agradable lo mismo en el invierno que en el verano.

Los Boeing también llevarán a bordo la mayor tripulación de un avión comercial. Diez pilotos y técnicos, encabezados por un capitán que actuará lo mismo que el capitán de un buque, supervisando durante la travesía todo el manejo del avión en vez de dedicarse solamente al timón, según es corriente en otras rutas aéreas.

La Pan American, además, ha solicitado de ocho de los fabricantes principales de los Estados Unidos, que presenten planos para aviones que carguen el doble y superen en cien millas por hora la velocidad de los actuales «Boeing». Estos super-gigantes del aire serán, en cuanto a su capacidad de carga, diez veces mayores que los «Clippers» transpacíficos de hoy—la realización del sueño que un día se incluirá en el segundo capítulo de la «Epopeya aérea del Atlántico del Norte».

LA FIEBRE acabará con Ud. si no empieza a tomar QUINIUM LABARRAQUE



El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS
Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)



O historias de amor que cambiaron la faz del mundo

OS miradas se encuentran, y he aquí cambiados el destino de millones de seres, el aspecto de las civilizaciones, la faz de los continentes... Amor de hombres, aventuras del mundo.

Cleopatra

Si la nariz de Cleopatra hubiera sido corta, Antonio, soldado encadenado por el amor, no hubiese huido jamás a Egipto, siguiendo las galeras de la reina que lo traicionaba sin dudar. Augusto no hubiera sido vencedor de su peligroso rival; no habría fundado la unidad del Imperio romano. La Galia no hubiera sido conquistada por la omnipotente Roma; no hablaría tampoco de César. Extraño poder de una pequeña mujer que, burlando, coqueteando, engañando, hizo un imperio, edificó todo un mundo!

Khadidja

En la Meca, en el siglo VI, vivía por entonces un hombre que se decía portador de las revelaciones del Todopoderoso. Al principio, no encontró más que seguidores. No era alto ni buen mozo, y sin embargo, un poder misterioso lo hacía temerario. Una rica viuda, perteneciente a una de las grandes familias de la ciudad, se casó con él en el mercado; ella creyó que su corazón ardía con un fervor desconocido. Se casó con él, y le dio el apoyo de su tribu. La dama se llamaba Khadidja, el esposo, Mahoma. Su boda abrió en su vida, un nuevo período. Fué reconocido Profeta, y los árabes, siguiendo su ley, impusieron el Islamismo al tercio del Universo.

Clotilde

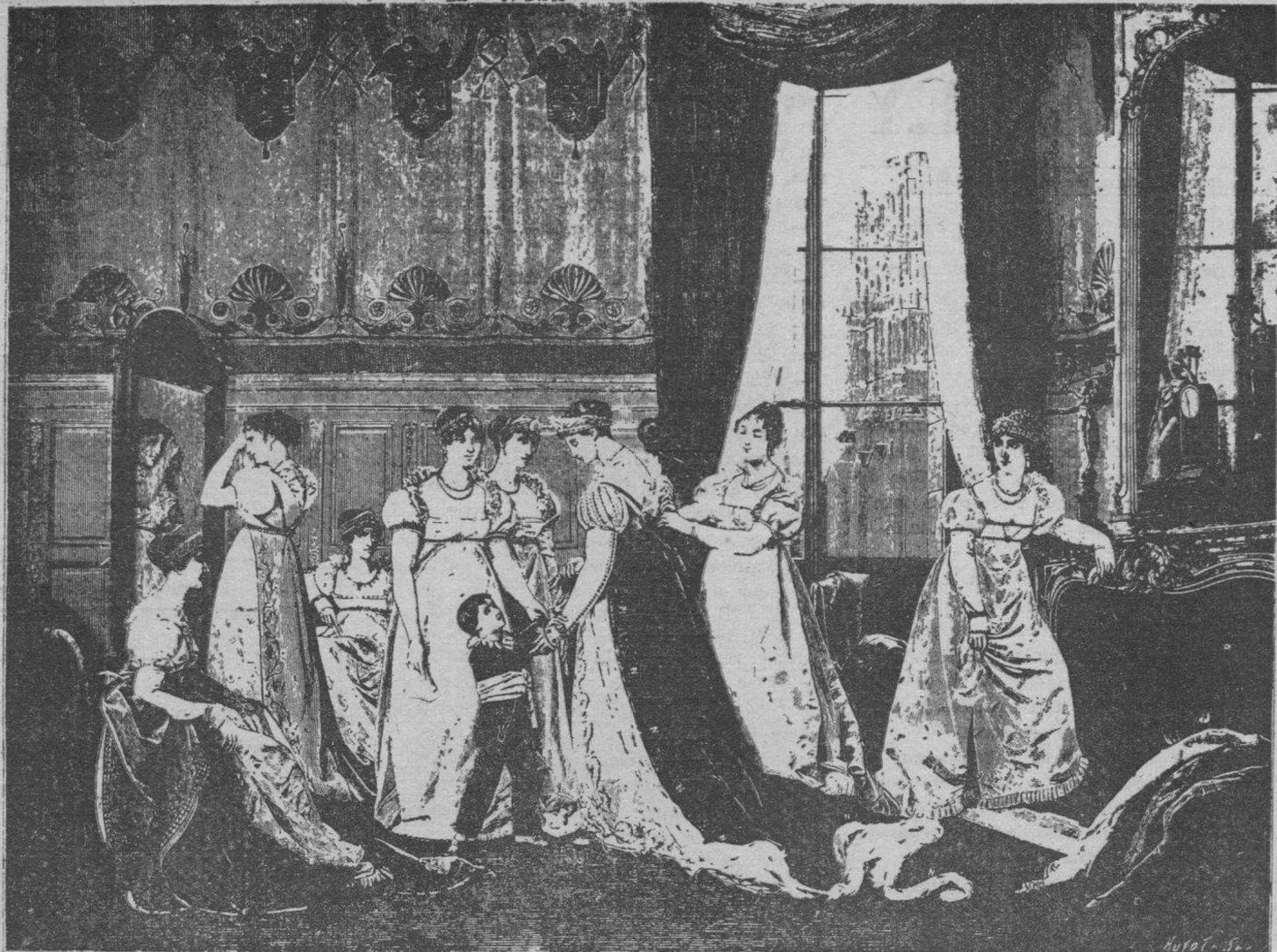
Fué un amor milagroso, que puso a Francia, el pagano, bajo la influencia de la esposa Clotilde, princesa cristiana. Cuanto se casó, el rudo guerrero aprendió a distinguir, de sus ídolos con ritos sangrientos, la figura suave y amorosa del dios de los cristianos. En medio de una batalla desesperada, pensó pronto en esa divinidad de Clotilde y juró para que le diera la victoria; obtuvo la victoria. Fué la señal de conversión, que provocó la conversión general de la Galia. Así se fundó la Francia francesa, así nacieron (nacimiento lejano) los monasterios, las peregrinaciones, las Cruzadas, que dieron su impulso a la Edad Media y a Francia.

Isabel de Baviera

Hay amores fatales, y cuando sufren el sortilegio aquellos mismos de quien depende la suerte de los imperios, los maestros que acumulan y precipitan a los reyes enteros en la desgracia. Cuando sobre Carlos V escaló el trono, Francia se hallaba floreciente: de Felipe-Augusto a Felipe el Bello, sus reyes la habían gobernado con amor. Cuando dejó el cetro su esposa Isabel de Baviera, (1371-1418), Francia estaba en el borde del declive, y la reina, traicionando hasta su propio hijo, entregó la corona a los ingleses, muriendo despreciada por éstos y por sus súbditos. Había pasado allí una mujer innoble...

Ana Boleyn

El monstruo que durmió largo tiempo el corazón del rey Enrique VIII de Inglaterra, no había nacido todavía. El rey se casó simplemente con Ana Boleyn, una jovencita con ojos de ángel, y quiso casarse con ella. Pero necesitaba, en primer lugar, obtener el divorcio de su primer matrimonio, y solicitó licencia papal. Este rehusó. Furioso el rey —cuyos sentimientos religiosos fueron siempre bastante inciertos—, se separó de la



La emperatriz Josefina disponiéndose para la ceremonia de la coronación. (Cuadro de M. Viger-Duvigneau).

¿DE TODAS LAS DEFINICIONES DEL AMOR, CUAL ES LA SUYA? (DE NUESTRA REDACCION EN PARIS)

Iglesia católica, convirtiéndose en Inglaterra, en el campeón de la Reforma. Los lindos ojos de Ana Boleyn, son responsables —¡oh, ironía!— del puritanismo anglo-sajón.

Ana de Austria

¿Sabíais que Ana de Austria se había casado secretamente con Mazarino, que no era sacerdote aunque fuese cardenal? Estaba ligada así a él, ante los ojos de toda la Corte y del país mismo, y este amor de la Reina de Francia, no hizo más que agravar los odios que los años habían acumulado contra el ministro italiano. Ana de Austria, defendió su amor como una leona. Mazarino, que se servía de su ascendiente sobre ella para realizar indirectamente sus voluntades, se consagró a hacerle reconocer la autoridad más extendida.

Así se elaboró el poder absoluto de Luis XIV, Luis XV y Luis XVI. Así se preparaba la Revolución Francesa.

Maria Antonieta

No amaba a su marido, pero él, había sido seducido para toda su vida por esa gracia de ave, ese aire de majestad sonriente, esa ligereza soberana que Maria Antonieta supo componer a los dieciséis años y conservar a los treinta. El no vivía más que para ella. Le importaba poco el poder, y de buen talante, si hubiera dependido de él, hubiese cedido una parte de su autoridad a las asambleas nacionales. Pero Maria Antonieta, austriaca, elevada en una corte hostil a todo liberalismo, lo persuadió de resistir y de buscar auxilios extranjeros. Para Luis XVI, y para ella misma, es la guillotina: retó a Europa, que provoca las guerras de la Revolución Francesa.

Josefina

Un pequeño corso, de cabellos lisos, un soldado de la Revolución francesa, como tantos otros, se encuentra un día con Josefina de Beauharnais, una criolla de la Martinica, de belleza exótica y una adorable mujercita de caprichos encantadores. ¡Se siente perdidamente enamorado! Es para ella, indudablemente, que desea conquistar la gloria; para encadenar a la caprichosa, le promete un porvenir de oro. No le mintió. Para Josefina lleva a cabo, en forma vertiginosa, la campaña de Italia; vuela de victoria

en victoria, para deslumbramiento de Francia; loca carrera a través de Europa, preludio del Imperio.

Amada de Coigny

Cuando los Borbones regresaron a Francia, a la caída del Imperio, no hubieran encontrado las puertas del país abiertas de par en par, si el trono no les estaba reservado desde largo tiempo atrás... Este trono estaba madurando a la vista de Napoleón. Sin que él se dudara de nada... Es que el cómplice, era el ministro de Relaciones Exteriores del Emperador, Talleyrand, el antiguo obispo de Autún, príncipe de Benevento, el hombre más sutil de la época. Pero en realidad, este cómplice, era una mujer, que había sabido conquistar el corazón del célebre diplomático: Aimée de Coigny, que él amó ciegamente.

Maria de Mancini

Si Luis XIV, en lugar de casarse con una infanta de España, hubiera seguido el dictado de su corazón y dado la corona de Francia a Maria Mancini, nieta de Mazarino, los Pirineos habrían continuado existiendo entre Francia y España, pero las finanzas del rey hubiesen sido administradas con mayor cuidado, el descontento del pueblo, menos grave, el siglo dieciocho, menos dispuesto a hacer esa crítica del poder absoluto, que dió una doctrina a todas las revoluciones que estallaron en Europa... y en América, en el lapso de ciento cincuenta años.

La sobrina de un cardenal que causó el revuelo de dos o más continentes y cambió el curso de la historia.

De todas las definiciones del amor, ¿cual es la suya?

—El amor? Es...

—El egoísmo de dos personas. (Boufflers).

—Un comercio borrascoso que termina siempre en bancarrota. (Chamfort).

—Un mal que comporta tres remedios: ayunar, esperar y ahorcarse: el hambre, el tiempo o la cuerda. (Cratés).

—El genio de la razón (Toussenel).

—No sé qué, que viene de no se sabe dónde, y que termina no sé cómo (Mademoiselle de Soudery).

—De todas las pasiones, la más fuerte, porque ataca simultáneamente, la ca-

beza, el corazón y el cuerpo (Voltaire).

—El primer autor del género humano (Vauvenargues).

—La ocupación del hombre ocioso, la distracción del guerrero, y el escollo del soberano (Napoleón).

—Un tirano que no persona a nadie (Corneille).

—Como las enfermedades epidémicas, cuánto más se les teme, más expuesto se está (Chamfort).

—Una conquista para un alma común, un sacrificio para un alma elevada (Custine).

—La poesía de los sentidos (Balzac).

—La historia de la vida de las mujeres... un episodio de la de los hombres (Madame de Staël).

—Un estado de guerra continuo; es por ello que se dice indudablemente: amor vencedor, amor vencido/ y amor invencible, etc. (Madame Necker).

—Una cosa que no se parece a ninguna

—Para los hombres, no un sentimiento, sino una idea (Madame de Girardin).

—Un deseo de ser amado de lo que se ama (Rabutin).

—Una cosa que no se parece a ninguna otra (Richelieu).

—Ser dos y no ser más que uno; un hombre y una mujer que se funden en un ángel; es el cielo (Victor Hugo).

—Esa cosa que da espiritualidad a los que no tienen, añade a los que tienen un poco, y quita a veces a los que tienen mucha (X...).

—Esa cosa que nos da al principio alas para atar, luego (D. Smith).

—La aspiración santa de la parte más etérea de nuestra alma hacia lo desconocido (George Sand).

—La dicha que nos damos mutuamente (George Sand).

—El primer capítulo del gran libro de las ingratitudes (J. Sandeau).

—Un milagro (Emilio Zola).

—La dulzura de vivir (Marcelle Tinayre).

—El privilegio de darse uno al otro los más grandes dolores (Sainte-Beuve).

—Un misterio (Platón).

—Una ley (anónimo).

—Una fiebre (Stendhal).

—Una flor rara (André Theuriet).

—Un gran maestro (Molière).

—Un accidente (Coulangeon).

—La combinación de dos sentimientos: deseo y cariño (O. Cícero).

París, septiembre de 1938.

FUERA DE TODA LEY

(Continuación de la Pág. 17)

arbustos cercanos a su choza, porciones de la humana anatomía.

—Debimos quedarnos con él—le dije—Si creía que el atentado podía ocurrir me pareció tan raro, tratándose de las posesiones de un levantino o de un holandés tornado nativo, que me puse a estudiarla con el mayor interés.

Representaba una docena de oficiales de un regimiento famoso con un personaje de sangre real en el centro. Uno de los rostros me parecía vagamente familiar, pero no podía recordar de dónde lo conocía.

Habiendo hecho un nudo en el extremo de la almohada, de manera que su contenido animal no pudiera escaparse, me quedé dormida al cabo, y fui despertada por un ruido que me oprimía la garganta y me hizo sentir una emoción de miedo en la misma espina dorsal.

En una de las otras cabañas que se levantaban sobre una extensión de medio acre, alguien estaba gritando. Era un sonido horrible que hizo que mi corazón se llenara de espanto.

Me pareció evidente que alguien estaba siendo asesinado o—me dije a mí misma—sufriendo agudamente por una causa desconocida.

Cogiendo con mano fría y crispada mi revólver, salí de la cabaña y me encaminé a través de la tierra sin más resguardo que las medias, hasta que estuve a una yarda o dos de la choza donde continuaba oyéndose quejas incoherentes.

—Tal vez se trata de un caso de apendicitis—me dice a mí misma, tratando de quitarle importancia al asunto. Pero los suspiros y gritos rotos parecían más un caso de locura.

Cuando penetré en la cabaña temblaba de tal modo que tuve que apoyarme contra la pared. Una cucaracha que debía ser, por su tamaño, el padre de todas las del lugar, caminó sobre mi pie, pero por lo demás la choza estaba desierta y con excepción de una figura tumbada y durmiente que descubrí en la esquina más distante, nadie se encontraba en ella.

Una voz, en inglés, gritó un nombre; y antes de que me hubiera repuesto de la sorpresa, pude advertir en la pared de enfrente, la fotografía de una mujer. Se trataba de un rostro bellissimo, tan bello como el nombre exótico que el durmiente seguía repitiendo.

Conteniendo el aliento atravesé el suelo de tierra. El hombre, que yo había imaginado levantino u holandés, se había puesto boca arriba, y pasada la pesadilla, que a juzgar por sus gritos debía haber sido terrible, su rostro se había devuelto a una expresión apacible, que ahora me hacía recordar otro rostro extrañamente conocido.

De vuelta a mi propia choza comparé la faz de aquel hombre extraño, conocido por el Mago, con la del oficial más joven en el grupo militar del retrato. Y llegué al convencimiento de que las dos eran idénticas, de manera que confíe a

la memoria las iniciales y el apellido compuesto escrito debajo del retrato.

La salida del sol me trajo la visita del policía y el misionero, el último montado en un cuadrúpedo en el que parecía que algo se había omitido por error. Su noche había sido más feliz que la mía, porque toda la villa había venido a visitarlo con sus tambores y sus lanzas.

—Fue un buen espectáculo—dijo el misionero con satisfacción.

—Debía haberlo oído hablar—expresó el policía, de quien yo supe que habían sido palabras y no balas las que lograron su victoria.

—Todo irá bien ahora que he eliminado de sus pechos el resentimiento—continuó el joven alto a quien sugerimos que una vacación no le vendría mal.

No vi a nuestro anfitrión aquella mañana, aunque pospuse nuestra partida hasta que la impaciencia del policía lo hizo expresar:

—Si está aguardando por el Mago, debo decirle que no está en condiciones de dejarse ver. La botella lo hace intratable. Vive vendiéndole alcohol a los nativos, que le pagan con marfil, plumas y pieles. Pero una buena parte de la mercancía que tiene en el almacén pasa por su garganta. Más vale que nos vayamos antes de que arme una bronca. Cuando se emborracha se pone inaguantable.

Todo esto ocurrió en junio de 1914. Retorné a Inglaterra poco antes de que se desencadenara la guerra. E inconscientemente me puse a buscar el rostro de una mujer que no había de encontrar hasta un año después.

Por entonces yo guiaba una ambulancia en Francia y al pasar por París, una tarde, me encaminé a un teatro. En un palco, tapizado de rojo, una mujer observaba la escena y yo la reconocí inmediatamente. Afortunadamente tenía varios amigos en la sala y uno de ellos me dijo:

—Pero usted debe saber quién es... Y a continuación me dió toda clase de detalles biográficos.

Se trataba de una señora muy famosa, casada con un Creso que le llevaba 30 años de edad.

Contemplando la porcelana delicada de su rostro sobre el marco de la cortina grana, me dije:

—¡Qué cosas más extrañas pasan en el mundo!...

El hombre sentado a mi lado, estaba locuaz. Y continuó contándome:

—Estaba comprometida con otro hombre, según creo, y ella lo dejó y él se dió a la bebida. De todas maneras, ahora ocupa el lugar que le correspondía. Un caso de destino.

—¿Cuál es el nombre de él?—le pregunté.

Me lo dijo. Era el del hombre que en la tierra zulú había gritado una noche, presa de horrible pesadilla.

Eso es todo lo que sé de cierto, pero siendo absurdamente joven entonces me puse a planear un final sentimental. Me temo que envié a Creso a la tumba, y restauré al Mago a su puesto de oficial de un destacado regimiento.

Todo aquello era obra de mi imaginación, pero al final de la guerra, leyendo las víctimas, me encontré las iniciales y el apellido compuesto que le había confiado a mi memoria cuatro años antes, en una choza del Africa.

Pertenecía a un militar australiano

Aun a Ciegas,
se DISTINGUE el

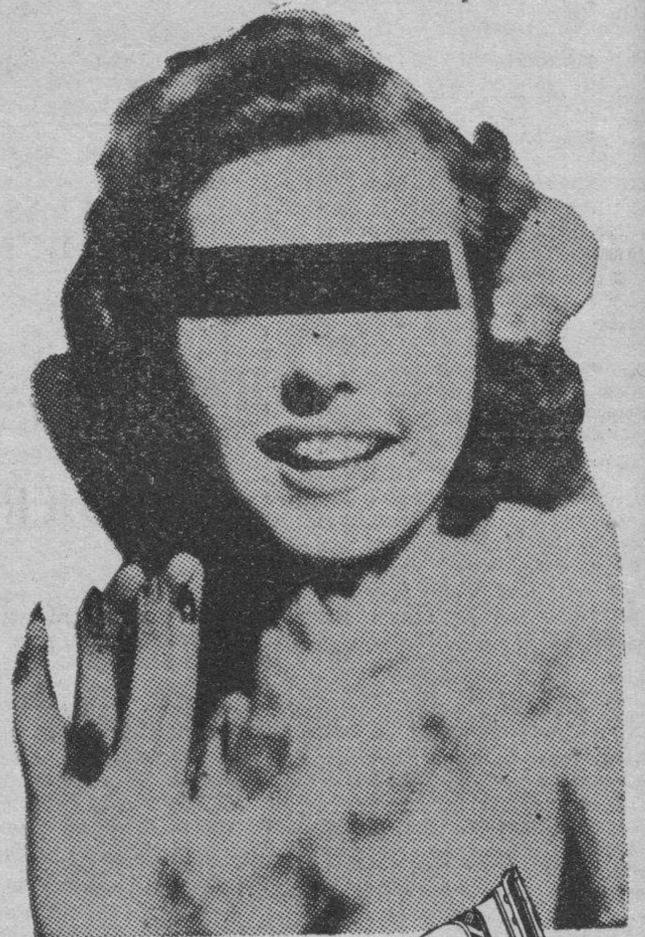
Dentol

Por su sabor agradable,

Por su perfume discreto,

Por su superioridad incomparable.

Fabricado según los trabajos de Pasteur, el DENTOL destruye todos los microbios nocivos de la boca y en pocos días da a los dientes, una blancura resplandeciente.



Tubo mediano \$0.20

Tubo grande \$0.40

Representantes Exclusivos:

APARTADO 2143

Habana

muerto en Palestina.

Más tarde supe también que el hombre conocido como el Mago había desaparecido unos cuantos meses después de

mi visita; y recordé del mismo modo satisfacción que habían muchos que hacían la ruta de Australia el Africa del Sur.

SUSCRIBASE Y ANUNCIESE EN
EL «DIARIO DE LA MARINA»

Hasta las aficiones cambian de moda

Por ARAL

LOS cazadores de autógrafos están pasando a la historia.

Otra clase de cazadores que, armados de su cámara indiscreta, toman instantáneas en los sitios más inesperados y en los momentos más inoportunos. La moda se ha extendido hasta el punto de que las estrellas de Hollywood ya no pueden escaparse del lente de la cámara, sino cuando duermen. En los estudios están constantemente frente a la cámara cinematográfica, y fue de ellos, a la merced de los aficionados con su cámara indiscreta.

A Joan Crawford, por ejemplo, le pasó una cosa muy curiosa en días pasados. Regresaba de los estudios más temprano que de costumbre, cuando notó varios automóviles estacionados frente a su casa. Al encaminar su coche hacia el garage, se formó una algarabía... sonaban las bocinas de los automóviles y se oyeron voces llamando. Joan se detuvo creyendo que alguna persona amiga la



Entusiasta aficionado a la fotografía es James Stewart.

llamaba y sacó la cabeza por la ventanilla del coche. Antes de poder retirarla, un individuo, a pocos pasos de distancia, le tomaba una fotografía, dándole las gracias al retirarse apresura-

damente. Lo más extraordinario del incidente es que pocos días después recibió Joan varias copias de la fotografía con la súplica de que las firmara y devolviera a su dueño.

A Myrna Loy le ocurrió algo semejante al ver un aeroplano volando muy bajo sobre su quinta. El piloto la saludó con un ademán del brazo y ella contestó el saludo por broma. Pero cuál sería su sorpresa al recibir poco después varios retratos de ella en el jardín de su casa, inclusive una en que aparecía con el brazo levantado en actitud de saludar. Con las fotografías iba una nota dándole las gracias por haberse «prestado» a que la retrataran y explicando que las instantáneas habían sido tomadas con un poderoso lente telescópico.

Hay dos artistas en Hollywood, que han tomado represalias contra los furtivos fotógrafos, Maureen O'Sullivan y James Stewart. Ocultos detrás de la pared de sus respectivas casas, que por cierto están contiguas, toman instantáneas de los aficionados que tratan de fotografiarlos a ellos. Algunas de sus mejores fotografías son de los aprendices a jinetes, que pasan a caballo por la pista frente a su casa.

Cecilia Parker estaba cierta tarde muy divertida flotando en el mar cerca de Santa Mónica, en una de esas tablas que usan los nativos de las Islas Hawaii. De pronto oyó el ruido característico del obturador de una cámara indiscreta. Dos jóvenes remando en un bote se le habían acercado silenciosamente para fotografiarla. Todo lo que Cecilia les exigió fué que le permitieran ver los negativos antes de sacar las copias.

El lugar predilecto de los adictos a la fotografía es la puerta principal de los estudios, por donde entran y salen los artistas. Provistos de lentes telescópicos, los aficionados retratan a las estrellas sin que ellas se den cuenta. Fernand Gravet, que siempre anda en coche descubierto, es blanco perfecto, y ha sido fotografiado centenares de veces.

Los autógrafos ya no tienen interés. Ahora se aprecian más las fotografías, que son tanto más valiosas cuanto más trabajo haya costado tomarlas.

MAS tonterías se han escrito sobre las mujeres casadas que trabajan que sobre todo otro aspecto del tema femenino. Esto me pare-

ció a mí una especie de supervivencia de los viejos días cuando las mujeres carecían de sufragio, no podían firmar cheques ni contratos, no podían ir a la Universidad, estaban excluidas de todas las profesiones y ni siquiera tenían derecho legal sobre sus hijos.

Un inglés, menos de cien años atrás, podía arrebatarse a su mujer sus hijos por testamento. En una ocasión un niño aún no nacido fué legado a un primo de alguna edad, pero bastante fortuna. Esa mujer tuvo que llevarse todas las agonías de la maternidad para en seguida entregar su vástago al hombre «legatario» que disgustaba.

Durante cincuenta u ochenta años lucharon las mujeres para establecer sus propios derechos de seres pensantes. La batalla está ganada ahora. Una batalla de derramamiento de sangre, como serán las de las mujeres. Pero todavía investigadores, escritores y periodistas mantienen abierta la cuestión de si una mujer casada tiene derecho a trabajar por remuneración. Naturalmente, que jamás le ha negado su derecho a trabajar sin salario. Nunca se le impidió fregar sillas o lavar la loza. Jamás un diario ha levantado su voz para protestar de que la dueña de casa cocine diariamente para una familia de seis; arregle, limpie y cuide a cuatro hijos y los cuide cuando enfermos todos de tos convulsiva, el padre fué a otra casa para que la confusión doméstica no afectara a sus reposos.

Ha habido, en cambio, tempestades de opiniones cuando se habla de que este trabajo doméstico sea remunerado. La madre o esposa tiene su techo, alimentos y vestido de cuando en cuando y eso es suficiente. No tiene simpatía periodística por el agobio que sea su tarea. Es de lamentar, y nadie más sufre las consecuencias, si su marido sólo trabaja a intervalos si su hijo mayor es paralítico, si su hermano padre y su difícil suegra se han ido a vivir a su casa. La opinión pública reacciona cuando la mujer sale de los confortos de su hogar para tomar un empleo remunerado. Entonces dicen los periodistas: «La mujer casada no debe tener empleo». Pero las cosas están cambiando; ya se reconoce que es la eficiencia de una mujer y no su estado civil o

¿DEBE TRABAJAR LA MUJER CASADA?

«La opinión pública reacciona sólo cuando la mujer sale de los confortos de su hogar para tomar un empleo remunerado. Entonces dicen los editoriales: «La mujer casada no debe tener empleos».

en el hogar la que determina si debe o no desempeñar empleos. El hombre realmente capaz tendrá siempre mejores probabilidades de encontrar trabajo

Cuando un hombre busca empleo, el empleador no le pregunta si hay en su casa otra gente que pueda mantener la familia o si su trabajo es necesario en el hogar. El empleador no tiene derecho a hacer estas preguntas a una mujer que busca trabajo. Cuando una soltera me escribe que «los mejores empleos se los están dando a mujeres casadas que tienen maridos que las sostengan», me doy cuenta de que no entiende la situación. Lo que hay es que ella no tiene las cualidades que las otras; las mujeres casadas adquieren mejores hábitos de trabajo, pero no

hay razón para que una soltera no los tenga también. Las casadas aprecian mejor la importancia de su empleo; lo toman más en serio que las jóvenes.

Me escribe una mujer casada: «Teodoro es un excelente marido, lo he amado desde hace doce años que nos casamos, y lo amo aún. Tuvimos días difíciles; él es artista pintor. Con los hijos vinieron las miserias; el trabajo doméstico y las humillaciones e inquietudes arruinaron mi físico y mi salud; por fin creo que quebraron mis nervios. Una tragedia cambió todo. Mi hijo menor fué atropellado por un camión. La compañía propietaria trató de entenderse con nosotros sobre indemnización. Convinimos en que me darían un empleo de supervigilante, que lue-

go se transformó en algo realmente importante en que trabajo ahora. Vivimos en una casita confortable de los alrededores; mis dos hijas se educan bien, tienen los trajes y diversiones que desean; son felices. Mi marido puede dedicarse a su arte por el arte, sin prostituir su profesión. Yo me he rehecho física y moralmente. Nuestro hogar es un modelo de quietud y felicidad».

Pero esos prejuicios no son victorianos, van mucho más atrás de la Reina Victoria. Esa soberana trabajó y desempeñó ella su función de reina. Cuando se casó con Alberto, el elegido de su corazón, quedó bien establecido con él y su tío Leopoldo que sería ella la que trabajaría; su empleo era gobernar a Inglaterra.



KATHLEEN NORRIS 10-9



Una de las tragedias de la muchacha moderna ocurre cuando comprueba que no tiene suficiente dinero para comprar la prenda que ha visto en la vidriera.



La muchacha simple cree que cuando su amiga afirma que su novio «la carga demasiado», quiere decir que al muchacho le gusta llevarla en sus brazos.



Las guerras actuales entre las naciones se parecen a las guerras domésticas en que empiezan «sin una declaración».

Del Buen HUMOR AJENO

VICTIMA.—Suena el teléfono en el distrito de policía; el oficial de guardia oye una voz que clama auxilio; ha entrado un ladrón a la casa de dos damas solteronas. Pero la voz es masculina y tiene tonos de angustia, pide la intervención inmediata de la policía.

—¿Pero quién es el que habla?—pregunta el oficial.

—Soy yo, el ladrón—Socorro... Se oye al otro extremo de la línea. (Holite Humour).

ENTRE AMIGAS.—¿Y cómo sabes que ese señor es un domador de víboras?

—Muy sencillo; he visto como te mira fijamente cuando te hace la corte. (Famina).

SABER.—¿Pero que no sabe usted tocar su bocina señora? increpa irritado un señor que ha sido derribado en la calle por una ciclista.

—Por cierto que sé, lo que no he aprendido todavía es a andar en bicicleta. (College Humour).

PREFERENCIA.—Si a tí te fuera dado vivir de nuevo tu vida ¿qué preferirías ser?

—Soltero. (Picallili).

DEFINICION.—Experto en carreras de caballos es el hombre que sabe exactamente el día antes de la carrera qué caballo va a ganar y al día siguiente exactamente por qué no ganó. (Turf).



La llamada telefónica que más le agrada recibir a la muchacha de hoy, es aquella que puede contestar con un piadoso «lo siento». Ello quiere decir que ha recibido otra petición más interesante.

LO INCREIBLE EN LA CIENCIA



LOS RAYOS CÓSMICOS BOMBARDEAN LA TIERRA CON UNA ENERGÍA DE 40 BILLONES DE VOLTIOS, 40 VECES MÁS ALTA QUE LA DE CUALQUIER OTRA RADIACIÓN PENETRANTE.

A PRUEBA DE RESBALONES.

UN TRIANGULO DE GOMA ARRUGADA, COSIDO BAJO CADA ESQUINA, HACE LAS ALFOMBRAS «A PRUEBA DE RESBALONES».

LAS NOTAS ALTAS NECESITAN FUERZA EL HACER UNA NOTA CINCO OCTAVAS MÁS ALTA REQUIERE UNA FUERZA VEINTICINCO VECES SUPERIOR.



Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York

CONYUGALES.—Mi mujer está feliz aunque se ha impuesto de que guarde todas sus cartas.

—Pues tú deberías ser el feliz; a mi mía me araña continuamente porque guardo las que me entrega para echar al correo. (Le Courier).

ENVIDIOSO.—Señor, dice el empleado a su patrón, quería ausentarme del trabajo mañana; deseo asistir a los funerales de mi suegra.

—Yo también lo desearía, mi amigo, responde e jefe, vaya no más. (Humorist).

LO INCREIBLE EN LA CIENCIA



LA ELECTRICIDAD DE LOS RAYOS.

LOS RAYOS REPRESENTAN UN CUARTO DE MILLÓN DE CABALLOS DE FUERZA DE ENERGÍA, DESCARGADA CONTINUAMENTE SOBRE LA TIERRA.

Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York

CAFÉ SIN CAFEÍNA

UN CAFÉ QUE SE CULTIVA EN EL ÁFRICA DEL SUR, NO CONTIENE CAFEÍNA.



LOS SAPOS SE COMEN A LOS CAIMANES.

UN SAPO DE SEIS PULGADAS DE UN MUSEO, SE COMIÓ A UN CAIMANCITO DE ONCE PULGADAS QUE HABÍAN ENCERRADO CON ÉL.



Don Lupe

Por Schus

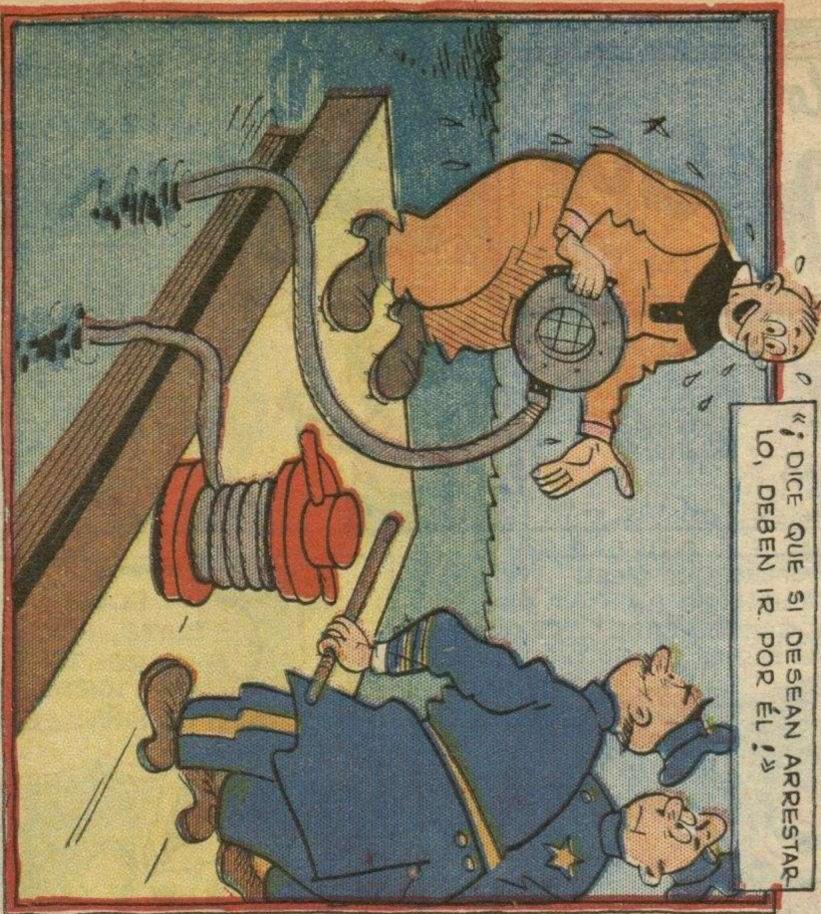


DON LUPE CONTINÚA BUSCANDO UN NOMBRE PARA SU PERRO GRACIAS A LAS SIGUIENTES PERSONAS POR MANDAR NOMBRES.
 ADELINA PLAZA, PONCE, P.R.
 BENITO SUAREZ, CAMAGÜEY, CUBA
 LAURA SAMPER, MÉXICO, D.F.
 ENRIQUE GOITÍA, SAN JUAN, P.R.
 LUCILA PONTE, HABANA, CUBA
 DIONISIO LEMA, CARACAS, VENEZUELA.

MANDE UN NOMBRE PARA EL PERRO A DON LUPE,
 ROOM 1504, 220 EAST 42ND ST.
 NEW YORK, E. U.A.

LA VIDA ES ASI...

Do^r FRED NEHER.



«¡ DICE QUE SI DESEAN ARRESTAR LO, DEBEN IR POR EL !»



PERINQUILLA

«¡ ME PASO LA VIDA ENTRE MUJERES ! ¡ MAMA, LA MAESTRA, Y MI TIA SINFOROSA !»



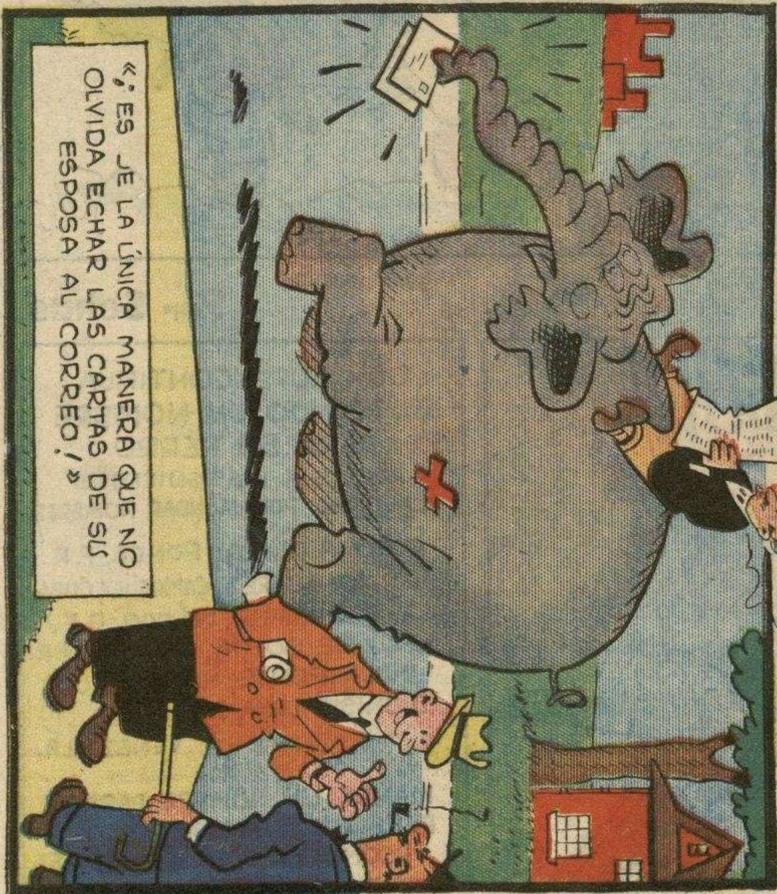
«¡ LA MUCHACHA MODERNA NO SABE NADA DE COCINA, EXCEPTO FREGAR A LOS SOUTERONES RICOS !»



«¡ LO TENEMOS HACE 15 ANOS ! ¡ RECUERDA MUY BIEN LAS VECES QUE HA TENIDO MOTIVOS PARA CANTAR !»



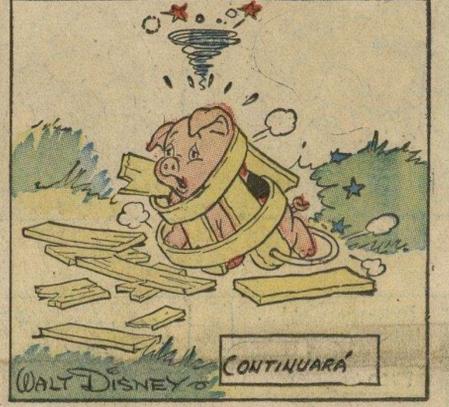
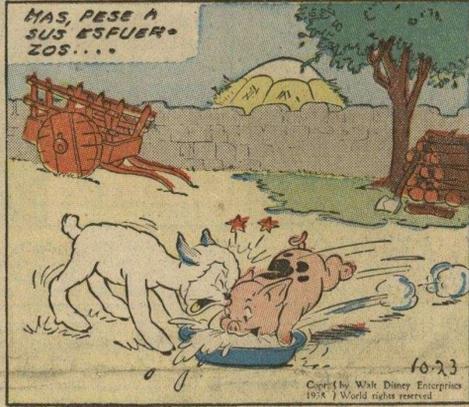
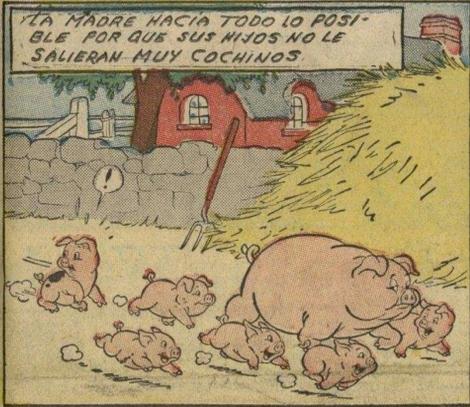
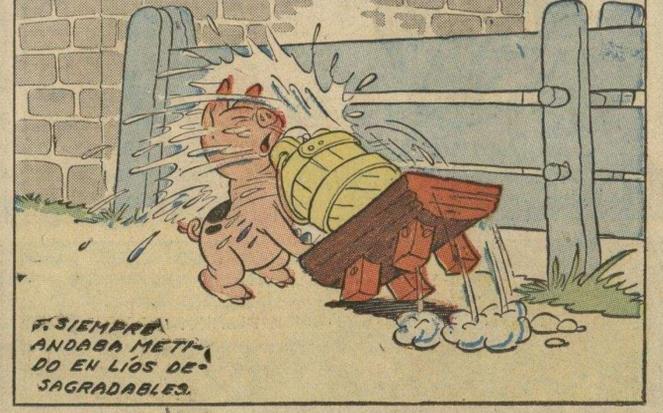
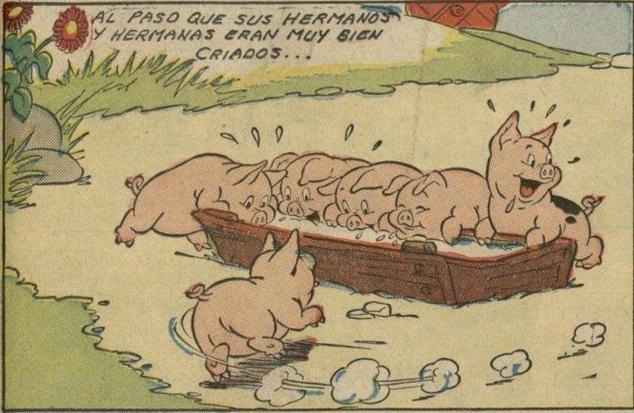
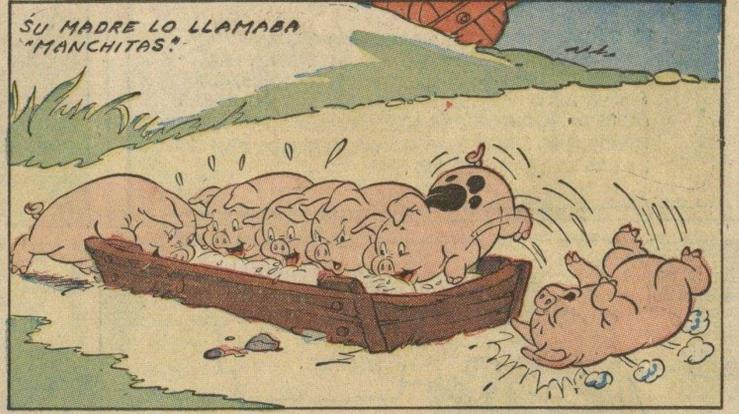
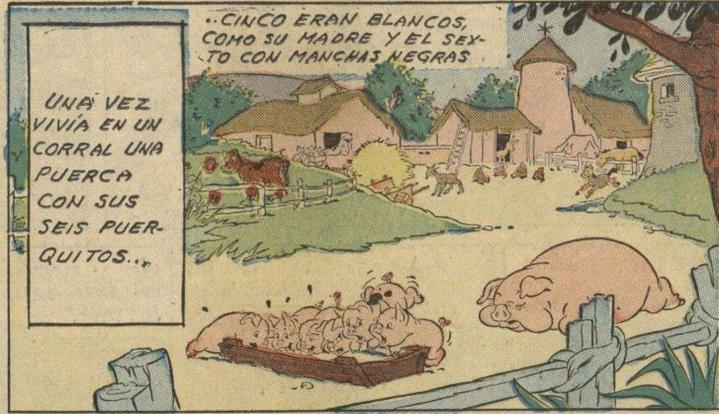
«¡ TENGO UNA OFERTA PARA ENTRAR EN LA POLITICA CUANDO SALGA DE AQUI !»



«¡ ES JE LA ÚNICA MANERA QUE NO OLVIDA ECHAR LAS CARTAS DE SUS ESPOSA AL CORREO !»

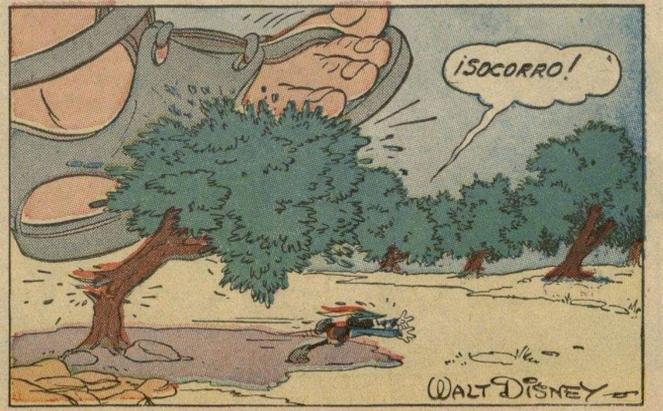
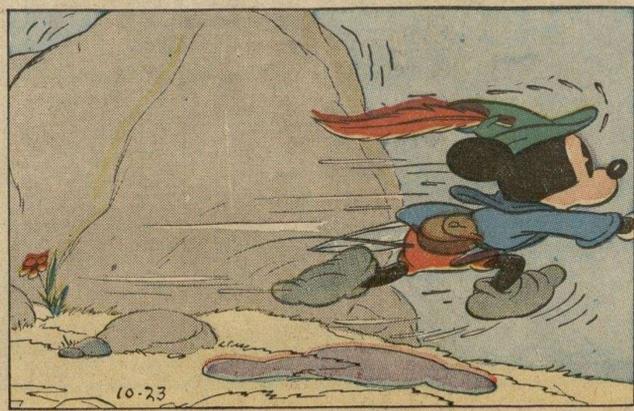
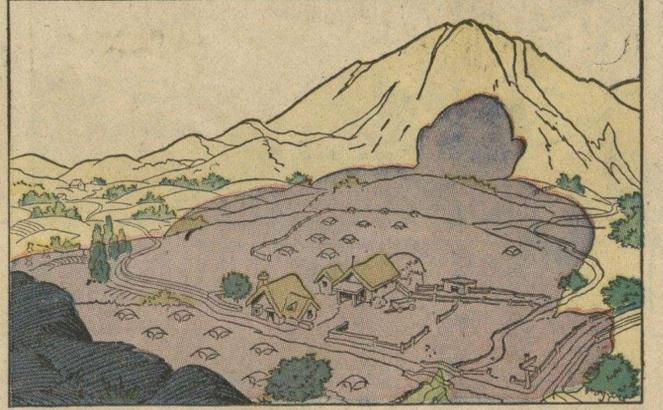
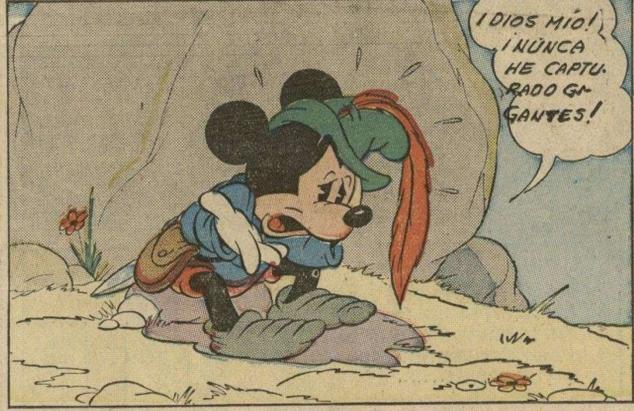
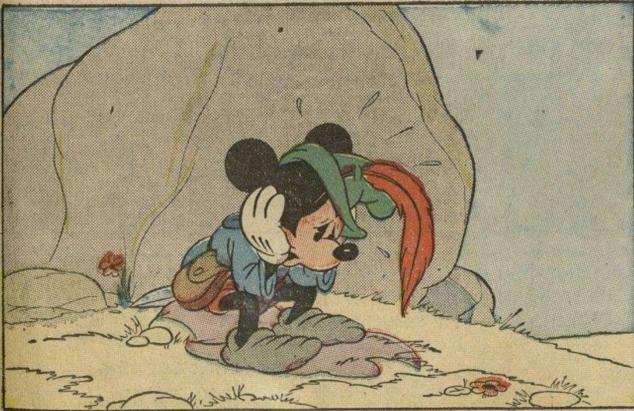
DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 30 DE OCTUBRE DE 1938



EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE



WANG-LA

POR

BRANDON WALSH

WONG Y LOS INDIENAS CAPTURAN A CHANG HO Y SUS PIRATAS; PERO ÉSTOS SE LES ESCAPAN, Y LA LLEGADA DE UNO DE SUS JUNCOS OBLIGA A NUESTROS AMIGOS A REFUGIARSE EN LAS CAVERNAS SAGRADAS. ALLÍ SON ASEDIADOS POR LOS CORSARIOS, QUE NO IGNORAN LA EXISTENCIA DE VALIOSÍSIMOS OBJETOS DE ORO EN LAS CAVERNAS.



¡YO MISMO HE VISTO ALLÍ BASTANTE ORO PARA LLENAR MIL BARCOS! ¡CAMARADAS, UN TESORO FABULOSO NOS AGUARDA EN ESAS CAVERNAS! ¡VAMOS A RECOJERLO!



¡AHORA MISMO!

¡CONDÚCENOS AL TESORO!

¡AHORA MISMO! ¡QUÉ ESPERAMOS!



¡SILENCIO, MISERABLES! ¡UN MURMULLO MÁS, Y ESTA BOMBA LOS HARÁ CALLAR PARA SIEMPRE!



¡LOS DIOS ESTÁN ENCENDIENDO LOS FUEGOS VENGADORES! ¡PRONTO VERÁN POR QUÉ LLAMAMOS A ESTA SALA LA DE LAS LLAMAS!

¡HUELE A GAS!... ¡ESTAMOS ENCIMA DE UN VOLCÁN!



PERO ¿SI EL VOLCÁN COMIENZA A ARROJAR LAVA?

¡ESTA HUMILTE PERSONA LECUELA QUE SÓLO LOS NECIOS ESPERAN VIVIR MIL AÑOS!



SE HA PLOCLAMALO QUE A VECES UN PAL LE PIES VALE MÁS QUE UNA LOCENA LE CABEZAS. ¡AHOLA NOS LETILALEMOS LAPILAMENTE!



¡QUE LOS LIOSÉS VILENTES ALLANEN EL CAMINO DELANTE DE NUESTROS PIES!



ATRAPADOS EN UN ARDIENTE INFIERNO, LOS PIRATAS OLVIDAN SU DODIO, SU CODICIA, SU ESPERANZA DE TRIUNFAR. ¡SU ÚNICO PENSAMIENTO ES COMO ESCAPARSE DE LAS LAMAS!

10-23 CONTINUARA

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

By Brandon Walsh



¡BUENOS DÍAS!... ¡PERDÓNEME EL HABER ELEGADO UN POCO TARDE!

¡SON LAS NUEVE Y OCHO MINUTOS!



¡POR FAVOR, MATILDE... PERDÓNALA! ¡DESPUÉS DE TODO, SU VIDA PASADA LE HACE DIFÍCIL COMPRENDER LA IMPORTANCIA DE UNA BUENA EDUCACIÓN!



¿A QUÉ VIENEN TANTOS GRUÑIDOS? ¡CUALQUIERA PUEDE RETRASARSE UN POCO!

¡ENRIQUE!



PUES SÍ, QUERIDA... YO IBA A DECIR...

¡GUÁRDATE LO QUE IBAS A DECIR HASTA QUE YO HAYA TERMINADO DE HABLAR! ¡LO QUE YO IBA A DECIR CUANDO SE ME INTERRUMPIÓ TAN DESCORTÉSMENTE...!



SI QUIERES INSINUAR QUE YO TE INTERRUMPI, PERMÍTEME QUE TE DIGA ALGO. ¡ESTOY HASTA LA CORONILLA! ¡TUS PRETENSIONES DE SUPERIORIDAD! ¡LA MERA CIRCUNSTANCIA DE SER HERMANA DE CALVO!...



¡MENOS MAL QUE RECUERDAS QUE SOY HERMANA DE ESTEBAN CALVO, EN CUYA CASA CREO TENER DERECHO A QUE ME ESCUCHEN!

¡POR EL AMOR DE DIOS, NO ARMEMOS OTRA RIÑA!



¿RIÑA? ¿COMO TE ATREVES A DECIR QUE YO TE REÑÍA?

¡NO ERAS MUY AMABLE!

¡PERDÓNEME, POR FAVOR!



¡PALABRA, HUESITO, QUE NO ENTIENDO ESTO! ¡YO SIEMPRE HABÍA CREADO QUE LOS RICOS ERAN FELICES!



¡PERO ÉSTOS NO LO SON! AQUÍ NO FALTA NADA; PERO TODOS LOS PARIENTES DEL SR. CALVO SE ENFADAN UNOS CON OTROS... Y NUNCA ESTÁN DE BUEN HUMOR. TAMBIÉN A MÍ NO ME QUIEREN...

10-23 NATIONS!



MODESTO RIZOS



¡ESPERA, MANDATAS! ¡ACABA DE ENTRAR GENTE EN LA TIENDA DE TABLADA!

¡SOCORRO! ¡SOCORRO!

¡QUIETO, RIZOS! ¡CÁLESE O...!



¡DEZA! ¡ALGUIEN PIDE SOCORRO DESDE ABAJO!

¡DESE PRESO TABLADA! ¡ENSEÑENOS LA ESCALERA DEL SOTANO!

¡SI!... ¡HAY UN ESCOTILLÓN! ¡SE LO ENSEÑARE!



PUM

PUM

¡EH, TETANO! ¡AYÚDAME!



PERO CANO, EL SUPUESTO FALSIFICADOR, NO QUEA A TETANO DE UN PUNETAZO...



¿TE SIENTES BIEN CON ESPOSAS?

¡OIGAN... ¿QUIEN ES ESE CANO?

UN AGENTE SECRETO... BUEN AMIGO MÍO... QUE LLEGÓ OPORTUNAMENTE.



¡SIEMPRE SOSPECHE QUE USTED ERA AGENTE SECRETO CANO!

NO... SOY AGENTE DEL MINISTERIO DE JUSTICIA, EN EL DEPARTAMENTO DE FALSIFICADORES. AHORA, VAMOS A PRENDER A TURÓN!



¡SEÑOR JUEZ, ESE INDIVIDUO TURÓN ES EL VERDADERO JEFE DE LA BANDA!

¡MIENTE! ¡NO LO PUEDE PROBAR!



¡ESTE ES UN BORRADOR DEL ANUNCIO QUE DEJARON LOS FALSIFICADORES EN "EL CAÑÓN"! ¡LO ENCONTRAMOS EN LA OFICINA DE TURÓN; EL PAPEL LLEVA SU MEMBRETE!



TURÓN Y SUS SECUACES ESTAN A BUEN RECAUDO, MODESTO Y "EL CAÑÓN" ESTA ORGULLOSO DE SU REPORTERO MAS JOVEN.

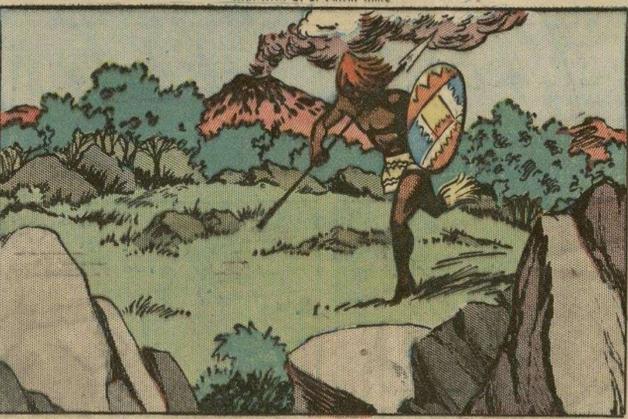
¡GRACIAS, SEÑOROS! ¿TIENE ALGUNA OTRA MISION PARA MI?

AVENTURAS DE AGUILUCHO

By Lyman Young



LA ALDEA DE LA REINA LORO NO ESTA AL ESTE DEL VOLCAN.



SI MI HERMANA SUPIERA EL FRACASO DE SU INTENTO DE HACERME MATAR POR EL GORILA, HUIRIA PARA EVITAR QUE YO LE QUITARA EL MAPA DEL TESORO DEL VALLE NEGRO.

VA SE PONDRÁ RECELOSA AL VER QUE NO VUELVE EL MONO!



¡REINA LORO... VUESTRO HERMANO ALROOD VIVE! ¡LO VI CON DOS GUERREROS BLANCOS!



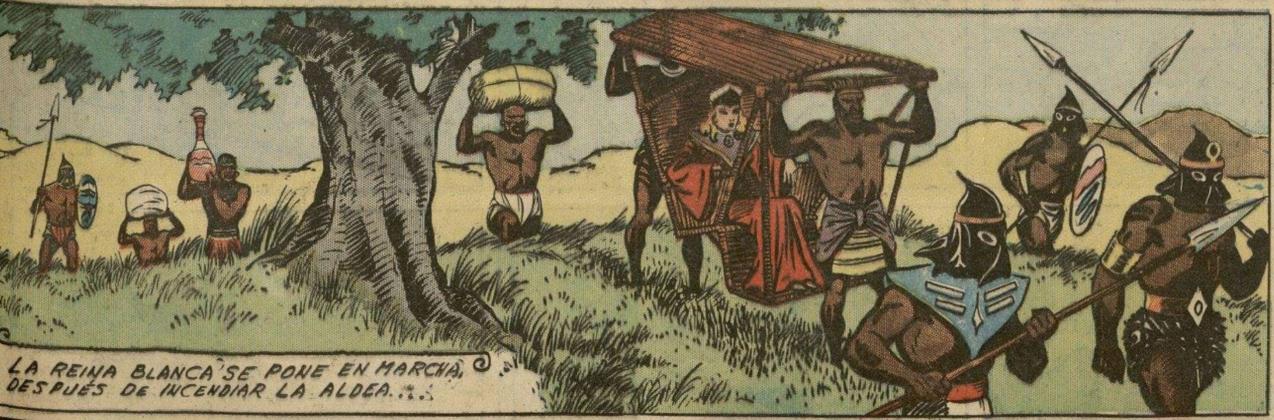
MALOOKA

¡PREPARA COMIDA Y AGUA PARA UN VIAJE LARGO; SAQUEN LA SILLA DE MANO! ¡SALIMOS EN UNA HORA PARA EL VALLE NEGRO!

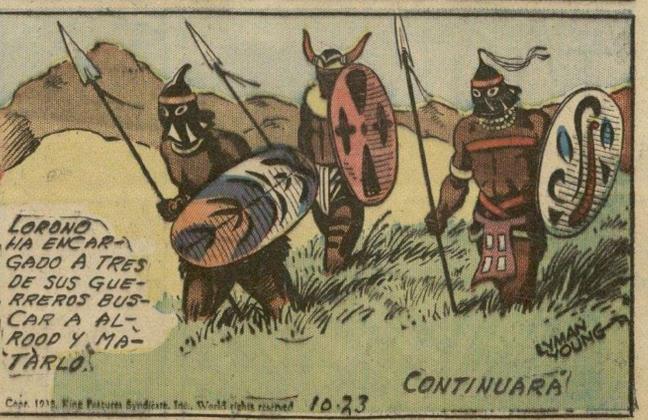


SI, PEPE. TODO ESTA EN DESORDEN. GUERREROS Y ESCLAVOS CORREREN DE UNO A OTRO LADO!

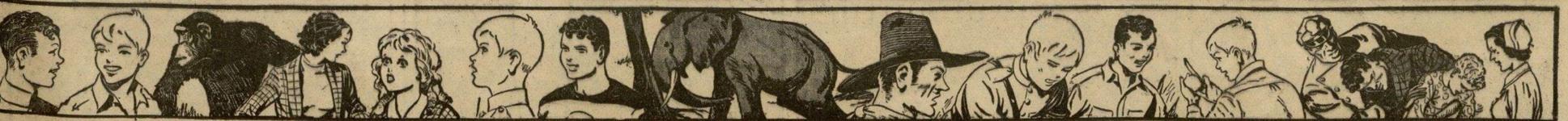
¿PUEDE VER LA ALDEA ALROOD?

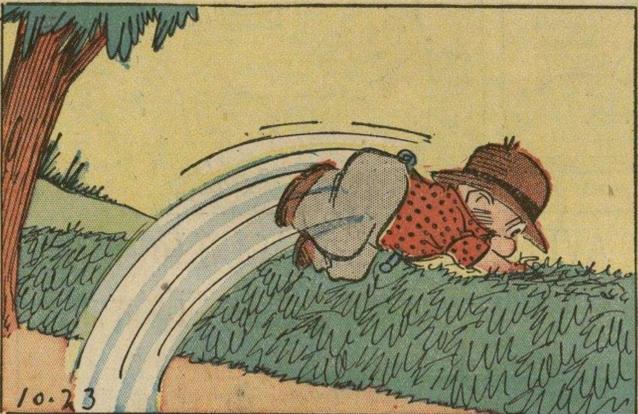
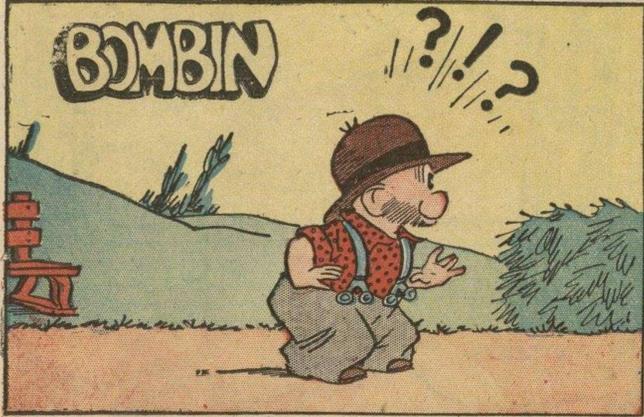


LA REINA BLANCA SE PONE EN MARCHA DESPUES DE INCENDIAR LA ALDEA...



LORO NO HA ENCARGADO A TRES DE SUS GUERREROS BUSCAR A ALROOD Y MATARLO.





PEDRO HARAPÓS

